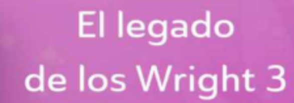

ELIZABETH BOWMAN


Magnolias
para el
corazón


El legado
de los Wright 3

Selecta

# Magnolias para el corazón

SERIE

El legado de los Wright 3

*Elizabeth Bowman*

*Selecta*

# Prólogo

*Hampshire, en la actualidad...*

Emma Swamson era una joven resolutiva.

Siempre lo había sido.

En realidad no le quedaba de otra.

Llevaba buscándose la vida por sí misma desde los diecisiete años, cuando sus padres perdieron la vida en un trágico accidente y ella se encontró de pronto sola en el mundo.

Por fortuna, una de las mejores amigas de su madre, una mujer solitaria y excéntrica con reminiscencias a los míticos hippies de los sesenta, decidió enseguida hacerse cargo de ella, por lo que Emma abandonó su Hoboken natal en New Jersey para cruzar el Atlántico rumbo a la vieja Europa. El pintoresco condado de Hampshire, en Inglaterra, pasó a convertirse desde entonces en su nuevo hogar, o al menos en lo más parecido a uno después de la terrible tragedia descendida sobre la tímida e introvertida adolescente.

La tía May, tal y como siempre se empeñó su tutora en que la llamara, resultó ser una mujer cariñosa y amable, aunque tan singular como suelen serlo las personas habituadas a vivir solas en su propio espacio y sin rendir cuentas a nadie. Su casa, de hecho, era un colorido santuario repleto de plantas, carrillones de viento, una peluda tribu de gatos ronroneadores, decenas de óleos que ella misma pintaba

y que jamás acababan colgados de la pared, velas de distintos colores y fragancias desperdigadas por todas partes y un sempiterno aroma a incienso flotando en el ambiente.

En tan idílico entorno realizó Emma el tránsito a la madurez, siempre tutorada por una mujer que ejerció perfectamente su rol de tía paciente y amorosa. Madre, abuela, amiga, maestra y lo que fuere menester, eso supuso May al fin y al cabo en la vida de Emma.

Quizá fuera de ella de quien la joven heredara al fin y al cabo su amor por las plantas, o tal vez se trataba de algo innato que la buena de su tía tan solo se había encargado de despertar, pero lo cierto fue que en las plantas, en su cultivo, cuidado y ornamento, acabó por encontrar Emma su profesión. Una profesión que amaba de verdad y a la que decidió dedicar su vida.

Por ello, una vez rebasada la veintena y terminados sus estudios, con la ayuda incondicional de la tía May, Emma arrendó un coqueto adosado de estilo victoriano en un tranquilo vecindario de Hampshire. Con paciencia y creatividad convirtió el bajo en tienda, almacén y lugar de trabajo, un local con cuidado aire decimonónico que aceptó con gratitud la influencia decorativa de su tía; con idénticas dosis de perseverancia y originalidad la planta alta se transformó en un pequeño apartamento que, aunque lleno de carencias y estrecheces dimensionales, a Emma le encantaba, puesto que se convirtió en su primera vivienda como mujer independiente y emprendedora. Su sanctasanctórum privado y propio.

Kristen Watson, una de las escasas amigas del instituto, por no decir la única, se unió a ella en un proyecto en el que ambas volcaron todas sus ilusiones y ahorros; al fin y al cabo se trataba del primer trabajo para cualquiera de las dos y todo un logro a la vista de su juventud y su escasa experiencia laboral.

Al principio todo fue bastante bien, o al menos la ilusión de los inicios se lo hizo ver de ese modo, pero lo cierto fue que en seguida el negocio pasó a no resultar demasiado rentable. O nada rentable, si se trataba de ser sinceros.

Casi nadie regalaba flores; y el hecho de que estas tan solo se vendieran en fechas puntuales como el Día de Difuntos, San Valentín, el Día de la Madre o algún que otro cumpleaños no servía para salvar económicamente el resto del año. Había meses que no conseguían

reunir un sueldo digno para ninguna de las dos, y Emma se las veía y deseaba para poder pagar el alquiler y comprar mercancía. Al fin y al cabo las flores eran material perecedero y sobrevivían frescas durante muy poco tiempo. Aunque no llegaran a venderse, Emma debía tirar las estropeadas, con la consiguiente pérdida económica que eso suponía, reponer el *stock* y ofrecer flores nuevas cada tanto.

A la vista de que ninguna de las dos conseguía reponerse con dignidad a la última quincena de cada mes, Kristen decidió mudarse con su socia y amiga para ayudarse entre las dos, y de ese modo consiguieron ir tirando durante dos años, en realidad con más ilusión que pragmatismo, sufriendo notables restricciones y privándose de bastantes comodidades, de aquellas frívolas y banales que harían feliz a cualquier adulto joven.

Pero en ese momento, sentada frente al escritorio de su habitación, con la calculadora en una mano y los extractos bancarios en la otra, Emma no podía hacer otra cosa que descansar la cabeza en una palma y resoplar.

Acumulaban demasiadas deudas con los proveedores, los impuestos las desangraban por los cuatro costados y sin ninguna clemencia, y el alquiler del adosado se volvía cada vez más insostenible. Mantener a flote todo aquello —y mantenerse a sí mismas, en realidad— podía empezar a considerarse una auténtica quimera.

Siempre había sido una joven resolutiva…, pero empezaba a dudar de que El Paraíso Perdido, y por tanto su propio sueño, pudiera llegar a salvarse si no conseguían rápidamente un contrato que lo reflotara.

Con esos pensamientos en la cabeza y la desazón devorándola por dentro, Emma escuchó el característico doble toque en la puerta y la voz de Kristen, alta, clara y cantarina, anunciándose del otro lado.

—¡Em, Em, ¿puedo pasar?! —En base a la confianza mutua, un vendaval afroamericano invadió la pequeña estancia sin esperar respuesta o permiso—. ¡Creo que acabo de encontrar la solución a todos nuestros problemas!

# Capítulo 1

—¿Te acuerdas de Jamie?

Emma miraba a su socia con una ceja arqueada y expresión de desconcierto. De hecho llevaba observándola de ese modo desde que irrumpiera en la habitación con el ímpetu de un ciclón, comportamiento, por cierto, que no tomaba a Emma por sorpresa, teniendo en cuenta la criatura desmesurada de la que procedía.

A la vista de que no decía nada, Kristen continuó hablando con toda la urgencia y el desparpajo que la caracterizaban, agitando mucho las manos en el proceso.

—El chico que conocimos hace un par de semanas en el pub —informó con impaciencia.

Emma por fin asintió con la cabeza mientras replegaba los labios al interior de la boca en la dificultosa contención de una sonrisa.

—¿El que se vino a dormir a casa la noche siguiente a haberlo conocido?

Kristen puso los ojos en blanco y resopló.

—Sí, ese mismo, doña Regañona. —Cruzó los brazos con firmeza sobre el pecho y elevó la barbilla en dirección a su amiga—. El hecho de que tu vida sexual sea idéntica a la de un galápago no significa que el resto no podamos divertirnos.

La ceja de Emma, que aun permanecía alzada, se elevó todavía

más mientras componía una expresión de escepticismo y reprimía las ganas de soltar una risotada.

Kristen jamás había dejado de divertirse. A pesar de las adversidades, de las estrecheces y los problemas que revoloteaban constantemente alrededor de ambas como exasperantes colibríes en busca de su maná, la joven jamás había dejado atrás su ánimo despreocupado y exageradamente festivo; de eso podía dar ella buena fe como amiga y compañera de apartamento.

Siempre era la primera a la que invitaban a todas las fiestas, la última en abandonarlas y, de las dos, la que tenía especial éxito con los chicos.

O algún éxito, a secas. Emma se limitaba a llevar la contabilidad y a centrarse en el trabajo físico mientras que Kristen actuaba como relaciones públicas.

Alta, atlética, con un tono de piel similar al de la arena mojada, una melena de abultado estilo afro y rasgos exóticos a la par que hermosos, Kris sin duda nunca había tenido problema a la hora de relacionarse, acaparar miradas y atención. Y pretendientes, por supuesto. Su bonito exterior, sumado a un carácter sociable y divertido, hacía de ella el alma de las fiestas y la persona que todos deseaban incluir en sus planes.

—Jamie trabaja en un *cottage* a las afueras de Hampshire —continuó Kristen, que no tenía la más mínima intención de guardarse para sí la importante información que custodiaba—, en plena campiña, al servicio de un aristócrata. ¿Te lo puedes imaginar? ¡Un noble de los de rancio abolengo y todo eso, Em! —Una sonrisa enorme, radiante y llena de perfectos dientes blancos ensanchó el rostro de Kristen—. Como los que aparecen en las novelas de época y en las series de la BBC.

Emma suspiró agotada. Deslizó una mirada rápida sobre el escritorio y la visión de todas las facturas, de los números rojos que destacaban en los extractos del banco y de los impagos que se acumulaban en el archivador azuzaron su impaciencia. No entendía cómo aquella información podría de algún modo tener relevancia en medio de tantos problemas financieros y, de hecho, no tenía intención de esperar a comprobarlo.

—Me alegro por él, supongo —concluyó encogiéndose de

hombros; ya se disponía a girarse en la silla para dar por finalizada la conversación y regresar a la contabilidad cuando su amiga se inclinó sobre ella para encararla y frenar su viraje descansando ambas manos en los muslos de Emma. Los grandes ojos negros de Kristen permanecían fijos en las pupilas azules de su compañera. Ni siquiera parpadeaba ninguna de las dos; el aliento de ambas, también contenido.

—Anoche me dijo que su jefe está organizando el cumpleaños de su hermana pequeña y que necesitará todo un despliegue floral para adornar el *cottage* y la entrada de la finca —anunció lentamente, enfatizando cada sílaba—. ¿No te das cuenta, Em? ¡Es justo lo que necesitamos!

Al comprender que por fin había conseguido la atención de la siempre sensata Emma Swamson, Kristen la liberó despacio para enderezarse frente a ella, satisfecha consigo misma y con el notición que acababa de compartir.

—Es la oportunidad que estábamos esperando, Em —apuntó, esta vez en un tono que pretendía sonar persuasor en lugar de imperativo.

De nuevo Emma suspiró, incluso más largo y profundo, agotada ante la insistencia de Kristen. La visión de las facturas por el rabillo del ojo que, como un corazón delator[1], parecían reclamarla de forma silenciosa aunque notoria desde el escritorio provocaba una ansiedad fluctuante en su pecho.

—Un noble… —Su voz revelaba un cierto retintín y bastante más disgusto—. De los de rancio abolengo… —Arrugó la nariz—. O sea, un engreído esnob que mira al resto de la humanidad por encima de su aristocrático hombro.

—Te falta lo más importante: ¡uno con muchísimo dinero, que es lo que ahora nos interesa!

—Muchísimo dinero y todavía más vanidad, claro está —remató Emma.

Kristen chasqueó la lengua y pateó el suelo con el talón de sus Converse negras. Rebosaba impaciencia y parecía muy poco dispuesta a darse por vencida ahora que por fin parecía haber encontrado la gallina de los huevos de oro en un remoto *cottage*.

—¡No seas prejuiciosa, Em, porque ni siquiera te pega! —protestó —. A estas alturas no podemos andarnos con remilgos ni permitirnos

el lujo de despreciar una oportunidad tan brillante.

Lamentablemente era cierto; y el hecho de que fuera Kristen, la alocada de aquella sociedad, la que tuviera que recordárselo resultaba un tanto frustrante y todavía más vergonzoso.

Emma sabía que tal y como se encontraban las finanzas de El Paraíso Perdido deberían aferrarse a cualquier oferta que surgiese en el horizonte, aunque la oportunidad procediera de un odioso petimetre con ínfulas de caballero decimonónico.

Los papeles que permanecían desperdigados sobre el escritorio, la cuenta corriente del banco —tan vacía como su nevera—, las continuas llamadas de los proveedores y la tienda desierta y silenciosa a diario no le permitían olvidarlo.

Sin embargo...

—Sabes que no los soporto, Kris. —Se repantigó en la silla giratoria para cruzar las manos sobre el regazo y observar fijamente a su amiga, quien a su vez empezaba a mirarla a ella con ceño—. Esos aires de presunción, esa chulería innata, ¿quiénes se creen que son, la reencarnación de Darcy?

Kristen volvió a colocar los brazos cruzados sobre el pecho para observar con suficiencia a su amiga.

—Ni que conocieras a muchos para permitirte juzgarlos de ese modo...

—¡No, por suerte! —Jadeó—. Pero veo la televisión y la prensa del corazón... —Consciente de la expresión de incredulidad que componía Kristen y de la sonrisa burlona que curvaba los labios de su amiga, Emma remató con atropello, blandiendo a la desesperada un pobre argumento—. ¡Por Dios bendito, ¿no los has visto en las carreras de Ascot con sus fracs y sus sombreros de copa?! ¡Parecen muñequitos de tarta!

—Este no es de esos—apuntó Kristen con calma—, al parecer es un solitario que no abandona el campo en todo el año. Ni fracs ni sombreros de copa, y mucho menos ostentosas carreras o partidos de polo.

Emma arqueó ambas cejas. ¿Ni fracs ni sombreros? ¿Nada de ostentación cual pavos reales extendiendo su vistosa cola?

—¡Peor aún! —resopló, enarbolando su último cartucho, uno por cierto sin la menor credibilidad—. Un ermitaño barrigón y colorado,

rodeado de sabuesos y trofeos de caza, bebiendo brandy a todas horas y fumando asquerosos habanos.

Kristen no había aflojado el cruce de brazos, en cambio empezaba ya a patear el suelo con la puntera de las zapatillas en un insistente tic nervioso.

—¿En serio, Em?

Emma frunció el ceño con rudeza mientras componía un mohín con los labios para mostrar, sin pretenderlo, una estupenda e hilarante actuación pueril. Sabía que estaba comportándose como una cría y que los alegatos que exhibía resultaban tan vacuos como absurdos.

—¿Eso es todo lo que tienes?

La joven replegó los labios al interior de la boca y frunció el ceño. En realidad no poseía argumento alguno, o al menos ninguno con fundamento, para explicar el porqué de su repulsa innata por los tipos de alta cuna que se consideraban a sí mismos mejores que la mayoría, cuando en verdad gran parte de estos herederos no poseían más que un título rancio y obsoleto y propiedades que apenas podían mantener. Las arcas florecientes, por lo general, habían sido fundidas alegremente dos o tres generaciones atrás. No obstante, ellos continuaban enarbolando sus blasones como si pretendieran exigir de los demás una adoración que ni siquiera les pertenecía ya a esas alturas del siglo XXI.

—Todo el día con las botas de agua, cruzando la campiña montados en sus Land Rover mientras una jauría de sabuesos va ladrando detrás a modo de estrafalario séquito —murmuró bajito manteniendo un ánimo gruñón—. Antes por lo menos montaban a caballo, lo cual resultaba más regio y les aportaba una cierta heroicidad. —A la vista de que Kristen la observaba con una mueca de incredulidad dibujada en el rostro, cambió totalmente la táctica de la protesta en voz alta para empezar a bisbisear para sí misma—. Un noble de rancio abolengo… en fin… —repitió—, un tipo engreído, tonto, aburrido y que ni siquiera entenderá de plantas, aunque, por supuesto, tiene el dinero suficiente para que le debamos pleitesía…

—Pues a mí no me importaría rendir toda la pleitesía del mundo a uno que se pareciera al príncipe William, aunque no reconociera ni una rosa si la tuviera delante —apuntó Kristen, quien de pronto descruzó los brazos para componer una expresión soñadora.

A la vista de que el gesto serio de Kris mudaba para derivar de pronto en una risa mal contenida, la propia Emma bajó la guardia —y los hombros en señal de rendición— para suspirar con teatralidad y entremezclar su suspiro con una sonrisa conciliadora.

—¡Oh, pobrecito Jamie si ha de competir con un noble al estilo del príncipe de Gales!

Sin dejar de mirarse fijamente y en ademán retador durante interminables segundos, por fin ambas abandonaron la reciente belicosidad para dejarse llevar por el innegable regodeo del momento y estallar en carcajadas.

En ese estado de extravío permanecieron bastante tiempo; una, haciendo rodar la silla giratoria entre risas y jadeos; y la otra, abrazando la barriga y doblegándose sobre sí misma para tratar, en vano, de reprimir las carcajadas.

—Bueno, ¿qué me dices? —preguntó Kristen al cabo de un rato, cuando ambas se hubieron recompuesto y las lágrimas fruto de la hilaridad empezaban a secarse—. ¿Lo intentamos?

Emma la miró fijamente y sin contestar.

—Unos cuantos centros, algunos arreglos colgantes, quizá guirnaldas de rosas y gardenias y mucho *limonium* y *paniculata*...[2] —insistió Kristen—. No puede ser tan complicado.

—Gastaremos el poco remanente que poseemos en comprar flores y follaje verde. —Emma se expresaba con precaución, pues a pesar de que reconocía la necesidad de conceder razón a su socia, lo cierto era que el pragmatismo y la truculenta realidad la superaban. No tenían ni un penique.

Kristen exhaló profundo.

—Bien, pues nos lo jugaremos todo a una última carta, Em —sentenció muy seria—. ¡Todo o nada! Si no sale bien echamos el cierre y se acabó. Ya estoy cansada de vivir apretada y sin saber qué nos deparará el mañana. —Por un instante Emma creyó distinguir un velo acuoso en la mirada oscura de Kristen—. El éxito siempre ha sido de los valientes, ¡y por mi vida que yo soy una mujer afroamericana valiente!

Emma tragó en seco. Echar el cierre y se acabó.

Barajar aquella alternativa, por cierto que tan verídica como cercana, suponía un doloroso navajazo en su corazón. Una jarra de

agua fría a sus esperanzas. El fin de un sueño.

—Pero si sale bien —continuó Kristen, manos en puños a los costados— será nuestra oportunidad de resurgir de nuestras cenizas como el glorioso fénix. ¡Ni te imaginas la buena publicidad que nos proporcionará decorar la fiesta de un noble, Em, barrigón y todo!

Emma esbozó una sonrisa. Por fuerza debía de hacerlo ante el entusiasmo de su amiga y la explosividad que concedía a sus palabras.

—Ni siquiera sabemos si nos va a contratar, Kris —dijo sin demasiado entusiasmo—. Esta gente tiene de mano a sus propios empleados: decoradores, jardineros y un largo etcétera de trabajadores a su servicio. ¿Por qué iban a llamar a alguien de fuera?

Kristen sonrió enigmática. El velo acuoso brillaba aún en su mirada de ónice.

—Porque resulta que Jamie ya le ha hablado de nosotras y el bendito lord quiere conocernos para ver qué le podemos ofrecer.

Emma boqueó sorprendida y, aunque se negaba a reconocerlo, íntimamente esperanzada.

—¡Oh, el bueno de Jamie! Creo que le debes una muy gorda.

Kristen sonrió con picardía, barbilla en alto.

—Sé perfectamente cómo saldar esta deuda, querida.

# Capítulo 2

Thomas Wright consultó su elegante reloj de pulsera por segunda vez en los últimos cinco minutos. Las chicas de El Paraíso Perdido se retrasaban; y aunque solo se trataba de diez insignificantes minutos, si algo no toleraba él era la impuntualidad.

Y la falta de profesionalidad.

Jamie, el cochero, le había ofrecido muy buenas referencias de ellas y de su trabajo, asegurándole que una de las principales consignas de aquellas jóvenes floristas era la puntualidad.

La otra, al parecer, la formalidad.

Tras consultar por tercera vez su reloj y observar el resultado, espurreó una risotada sarcástica. ¿Qué primera impresión podía o debía formarse acerca de ellas a la vista de las evidencias? ¿Cómo podía esperar un trabajo serio y eficiente de su parte cuando ni siquiera se presentaban a la hora fijada para una inofensiva primera entrevista?

Encajó la mandíbula con dureza y meneó la cabeza en negación. Jamás había esperado arrepentirse tan pronto de apostar por dos completas desconocidas en el campo de la jardinería ornamental, si bien era cierto que siempre había concedido prioridad a las nuevas promesas —máxime cuando pertenecían al condado— para facilitarles el camino en un mundo competitivo y poco amable con los jóvenes

empresarios anónimos; nunca se había mostrado prejuicioso ni elitista, ¡todo lo contrario!, pero a la vista de las circunstancias empezaba a dar pábulo a la creencia de que la juventud solía caminar a la par de una marcada irresponsabilidad y una terrible falta de organización.

Un sonido sordo sobre la grava del patio llamó de pronto su atención, alejándolo por el momento de sus reprobadoras impresiones.

Con dos amplias zancadas cruzó la estancia para dirigirse a la ventana y observar el exterior a través de los livianos visillos. Un ceño oscuro sombreó de pronto la profunda mirada obsidiana, fija e imperturbable en la visión que acababa de alterar la tranquila composición que ofrecía el frontal de su propiedad.

Un mini Cooper de color azul eléctrico y techo en blanco acababa de aparcar en mitad del atrio y, según pudo observar, dos mujeres jóvenes se disponían a bajarse del automóvil en aquellos momentos.

***

La vivienda de aquel esnob rural asomaba tras un corredor de tujas centenarias que ofrecían una elegante y solemne bienvenida al visitante. Tan altas, tan magníficas y tan imponentes en su presencia que imitaban la apariencia de un ejército de centinelas atemporales custodiando una mansión que debía mantenerse oculta al resto del mundo.

La construcción de piedra oscura, tejado de pizarra, bucólica buhardilla y majestuosas ventanas ojivales decorando la fachada emergía al final del corredor arbóreo, escoltada alegremente por generosos bancales de rosas blancas, rojas y rosadas que se desplegaban formando una U a ambos lados de la casa y hasta la entrada al atrio, protegidos tras un verde murado de boj a media altura. Todo aquel vistoso despliegue de color y aromas le conferían a la vivienda la idílica apariencia de una casita de cuento de hadas.

Emma no pudo dejar de apreciar todo aquello —tampoco fue capaz de cerrar la boca, abierta desde el inicio de pura fascinación— y sin duda le sorprendió que alguien dedicara tanta atención y espacio a la zona ajardinada, restando importancia a otras edificaciones que ella

hubiera esperado en un individuo de semejante naturaleza, tales como pabellones deportivos, garajes para coches de alta gama o tal vez una pista de tenis encajada a la fuerza y con muy poco gusto en mitad del campo.

No obstante, lo único que descubrió allí fue el colorido decorado que ofrecían las rosas escarchadas al sol, el alegre canto de cien mil pajarillos ocultos entre el follaje y el dulzón aroma que acudió enseguida a recibirlas.

—Bienvenida a Hollybrook Cottage —anunció Kristen tras cerrar la puerta del auto. Su mirada risueña permanecía fija en la vivienda que se alzaba frente a ellas—. Jamie dijo que el propietario es un conde. La cuarta generación, de hecho.

—¿Debería sentirme impresionada? —preguntó Emma cerrando la boca al fin.

—No lo sé, dímelo tú —comentó Kristen—. Yo al menos sí me siento tremendamente impresionada. —Miró en torno—. ¡*Wow*, impresionada de veras!

Emma puso los ojos en blanco. Debía reconocer que, de hecho, ella también se sentía muy impresionada, aunque no precisamente por el peso de un absurdo título transmitido de generación en generación, tal y como debía sucederle a Kristen. Lo que la asombraba de veras a ella era la belleza natural que las rodeaba. La sobriedad de aquella fachada oscura, la elegancia serena del tejado de pizarra, el aire gótico y misterioso de aquellas ventanas en ojiva, las flores bien cuidadas, enormes y aromáticas...

De todos modos no reconocería en voz alta nada de todo ello. Si estaba dispuesta a aceptar aquel trabajo era por la urgente necesidad que acuciaba las arcas de El Paraíso Perdido, única y exclusivamente, jamás por gusto o decisión propia.

De hecho nunca hasta entonces se había visto en la tesitura de tener que alternar con individuos de semejante estatus social, legendario linaje y, estaba convencida de ello, un ego más alto que la propia torre de Londres.

Con todo el temple que fue capaz de rescatar de su interior, compuso una mueca de indiferencia, alzó la barbilla con displicencia, exhaló en profundidad y dio un paso al frente, decidida a terminar con aquel trance lo más pronto posible.

—Vamos, no hagamos esperar al señor conde. Ha de tener una agenda muy ocupada.

***

Thomas barajó seriamente la posibilidad de sentarse y hacerse el sorprendido cuando la doncella anunciara la presencia de aquellas dos mujeres o tan solo permanecer de pie, en una pose lo suficientemente formal e imponente al lado de la chimenea, como para impresionar a las recién llegadas. Teniendo en cuenta la pobre primera impresión que las de El Paraíso Perdido le habían ofrecido en base a su impuntualidad, prefirió permanecer de pie, a la defensiva, tan intocable como distante. De ese modo también se evitaría el tener que levantarse de inmediato para ofrecerles un recibimiento cortés.

—La señorita Swamson y la señorita Watson —anunció la doncella minutos después, asomando muy digna bajo el umbral.

Thomas cambió rápidamente la posición del brazo, que había dejado en reposo sobre la mesa de la chimenea y que a su parecer le concedía un aspecto demasiado desenfadado, para descenderla y reunirla con la otra a la espalda. Se cuadró, enfatizando con ello su elevada estatura y su atlética constitución, y se dispuso a encarar a aquellas dos impuntuales e informales floristas con un rictus de sobriedad lo suficientemente intimidante.

La primera en irrumpir en la sala fue una joven morena de exagerada melena afro a la que no parecía alcanzarle la vista para mirar en todas direcciones. Sus voluptuosos labios permanecían abiertos formando una O enorme que ella no se molestaba en disimular y que alternaba con una sonrisa fascinada, mientras devoraba con los ojos el mobiliario, las cortinas de terciopelo y los numerosos óleos que adornaban las paredes, revestidas a media altura con un zócalo de caoba. Posiblemente, tras semejante radiografía visual, no hubiera quedado en aquella sala ni un rinconcito sin examinar por la exuberante morena.

A su lado, y ligeramente rezagada, surgió una muchacha muy pálida, de media melena rubia ligeramente despeinada en uno de esos

cortes desfilados con mechones alborotados tan de moda entre el sexo femenino. Su flequillo ladeado ocultaba buena parte de su mirada, pero lo que podía vislumbrarse a través de los lacios mechones dorados se representaba tan azul y vivaz que recordaba a los límpidos y cristalinos lagos del norte. Esta joven poseía también labios voluptuosos y nariz respingona, aunque su belleza resultaba más discreta y sencilla que la de su amiga.

La morena, que parecía, dados sus ademanes resueltos, ser la que llevaba la voz cantante, vestía un colorido suéter corto de lanilla que dejaba ver su ombligo, y *shorts* vaqueros deshilachados en los bajos, tan reducidos en tamaño que dejaban al descubierto unas piernas largas y bien torneadas. Su socia y compañera vestía una chaqueta fina, larga hasta media pierna, una discreta y sencilla camiseta blanca de escote en V y vaqueros largos, rotos en las rodillas. Unas desgastadas Converse negras completaban su estilismo.

Thomas las miró a las dos y frunció el ceño. Su intento de parecer intimidante debía de haberse ido al garete tras aquel primer vistazo, pues perplejidad —una absoluta y resonante— era lo que sentía en aquellos momentos.

¿Consideraban acaso que aquella vestimenta era la apropiada para tratar de impresionar a un posible cliente? ¿De ese modo acostumbraban a abordarlos a todos? Siendo así no le extrañaba que no acabaran de despuntar. ¡Por el amor de Dios, si parecía que acababan de salir de un pub a media tarde!

—Señoritas —indicó alargando un brazo hacia ellas—, bienvenidas a Hollybrook. Hagan el favor de tomar asiento, pediré enseguida que nos sirvan el té.

# Capítulo 3

Emma no daba crédito.

Conforme subía al coche y se disponía a arrancar el motor, trataba de asimilar lo que acababa de suceder allí dentro. Pero todo aquello resultaba tan difícil de digerir que a esas alturas se sentía igual de aturullada que incrédula. Y tan boba como una niña a la que acababan de entregarle en mano el maravilloso obsequio con el que soñaba desde hacía mucho, pero que jamás había esperado conseguir. Al menos no tan fácilmente.

¡Por el amor de Dios! El tipo, al parecer conde de Haworth..., ¡acababa de contratarlas!

Así, sin más. Y eso después de ver el *book* fotográfico que ella le había mostrado a modo de referencia; un repertorio tan pobre que apenas incluía los adornos florales de una boda celebrada la primavera pasada, unos cuantos centros funerarios y algún que otro arreglo de cumpleaños. Al fin y al cabo, los trabajos más notorios y elaborados de El Paraíso Perdido.

No se trataba de que no alimentara la esperanza de, en efecto, ser contratadas. ¿Qué sentido tenía negarlo? Para eso habían acudido a aquel apartado *cottage*, después de todo, tan cargadas de esperanzas como de ilusiones... y miedo; ¡ay, sí!

Debía reconocer que no las tenía todas consigo en lo que a la

consecución de aquel anhelo se refería. Al menos no sin verse en la necesidad de rebajarse y casi suplicarle una oportunidad a aquel gran personaje acostumbrado seguramente a que le doraran la píldora.

A pesar de las ilusiones que Kristen había alimentado en nombre de las dos y de los numerosos alegatos que había vertido en favor de El Paraíso Perdido, pese a lo mucho que había acicalado las bondades de aquel noble, que a decir de su Jamie era al parecer muy distinto a todos los demás, resultaba imperativo reconocer que aquella gente no solía confiar en cualquiera, y que ellas, por mucho que le pesara reconocerlo, eran todavía noveles en su profesión y, desde luego, nadie las consideraría a la altura de un aristócrata como parecía ser Thomas Wright II.

¡Santo Dios, ¿quién en pleno siglo XXI usaba un número ordinal en su tarjeta de presentación?!

—¿Y bien? ¿Qué tal la primera impresión? —preguntó Kristen mientras abrochaba su cinturón de seguridad y se sentaba de medio lado, fija su atención en la conductora del vehículo—. ¿Qué te ha parecido nuestro primer conde?

Emma permanecía concentrada en realizar la maniobra de marcha atrás, para ello alternaba la mirada del retrovisor interior a los espejos laterales. No quería golpear ningún jarrón de piedra, derribar alguna estatua y mucho menos destrozar con las ruedas los bonitos parterres florales. No obstante, la mirada ceñuda que mostraba no se debía precisamente a la concentración exigida para la maniobra.

¿«Nuestro primer conde», de verdad había dicho eso aquella alocada?

—*Nuestro cliente*, quieres decir —enfatizó aposta el término para corregir a Kristen una vez enfilada la vereda arbórea con el fin de abandonar la propiedad—, parece un tipo correcto.

—Un tipo correcto… —La morena compuso un divertido mohín con los labios para formar una boca de pato mientras cabeceaba muy despacio, sopesando la forma tan fría con la que su socia describía al conde sexy.

—Conciso, educado y correcto, debo añadir. —Emma se esforzaba en no apartar la mirada de la vereda con tal de no fijarla en su amiga, quien a juzgar por su tono burlón estaba claramente mofándose de ella.

—Perfectamente correcto, ¡oh sí! —concluyó Kristen, extendiendo una mano ante los ojos para contemplar su manicura de un llamativo rojo fuego—. De hecho tan correcto y perfecto que da hasta miedo —suspiró en tono soñador—. ¡Ay, no sabía que existieran hombres así en la campiña! —de nuevo suspiró con teatralidad—. ¡Y qué solito debe sentirse en este *cottage,* tan lejos del resto del mundo! —Si seguía suspirando de ese modo Emma estaba segura de que Kristen acabaría desinflada—. Desde luego hay que reconocer que no es el típico barrigón colorado que decías; no, no, no.

Emma también suspiró.

En eso debía concederle la razón a Kristen, pues en su cabeza había idealizado la imagen de un aristócrata solitario entrado en años y en kilos; tal vez un tipo aficionado a la caza —como solían serlo estos personajes esquivos y particularmente asociales cargados de blasones y afectados de una vanidad intocable—, al brandy y a los buenos asados. Un hombre tal vez bastante desaliñado que apestara a tabaco y que se rodeara únicamente de su alborotadora jauría de sabuesos.

Sin embargo…

¡Ay! Sin embargo, Thomas Wright apenas rebasaba la treintena y estaba segura de que su anatomía no albergaba ni una libra de grasa de más.

Alto y atlético, de abundante cabellera rizosa oscura peinada con la raya a un lado, marcada mandíbula cuadrada y ojos oscuros, profundos como pozos sin fondo, aquel hombre era lo más distante a la idea de noble rancio y descuidado que podría haberse formado en su absurdo magín.

Las había recibido en una impresionante sala de estar, vestido con pantalón de traje color marino —seguramente confeccionado a medida, a juzgar por el corte y la caída impecable que marcaba su cintura y se adaptaba a sus atléticas piernas— y una camisa en tono celeste cuyas mangas abrochadas al puño permitían hacerse idea de los bíceps que albergaban debajo. Es probable que esa fuera su idea de atavío informal, teniendo en cuenta lo cómodo que el conde parecía sentirse en todo momento y lo bien que lucía una indumentaria que a cualquier otro mortal no le hubiera sentado tan… tan…

Emma parpadeó con rapidez tratando de alejar de su mente

aquellos pensamientos que no servían para nada más que para distraerla, mientras era consciente del severo ceño que sombreaba su mirada.

—¿El siguiente paso, Em?

Ella jadeó, sorprendida ante la pregunta.

¿El siguiente paso?

¡Pensar fríamente, desde luego! No podía permitirse divagar y distraerse, esbozar castillos en el aire y tratar de instalarse después en dichos castillos, eso solía ser cosa de Kris.

Emma siempre había sido la cara sensata y racional de El Paraíso Perdido, la que se encargaba de cuadrar números, cortar tallos, mancharse el delantal y hacer que todo funcionara; no la que fantaseaba con un cliente que, a decir verdad, parecía un actor de Hollywood.

—Mañana me pasaré de nuevo por el *cottage* —explicó, tratando de recuperar el aire profesional que parecía haber olvidado segundos antes, mientras rememoraba la visión de aquel perfecto maniquí masculino... «Oh, cielos, ¿está sucediendo otra vez?»—. Debo ver los lugares que nuestro cliente tiene en mente decorar para poder realizar después un boceto con lo que podemos ofrecerle.

Kristen suspiró de nuevo, pero esta vez de forma sonora y exagerada.

—A un hombre como él podríamos ofrecerle cuanto él quisiera —apuntó, repantigándose en su asiento.

Emma puso los ojos en blanco y resopló.

—Kristen, esto es serio —amonestó, empezando a perder la paciencia. ¿Por qué? ¿Qué había dicho su amiga esta vez, distinto a las otras veces, como para agobiarla de ese modo?—. Espero que no lo arruines con tu... desparpajo; quizá sea la última oportunidad que tenemos para reflotar El Paraíso Perdido.

Kristen se arrellanó en el asiento y cabeceó despacio, mirando al frente.

—Está bien, está bien, doña Regañona, me portaré bien.

Emma enarcó una ceja. Odiaba que la llamara «doña Regañona» y lo cierto era que la morena la llamaba de ese modo muy a menudo. ¿Tan seria y aburrida la consideraba?

—Además, ¿qué pasa con Jamie? —Aquel alegato sonaba a

descarado desvío.

Kristen espurreó una risotada.

—Que yo sepa, el hecho de que una se encuentre a dieta no implica que no pueda entretenerse echando un ojo al menú, ¿verdad? Especialmente cuando este incluye caviar del bueno.

Otra vez puso Emma los ojos en blanco mientras suspiraba lento y profundo.

—No tienes remedio, Kristen Watson —murmuró.

—Y por eso me quieres, admítelo, mi querida Emma.

***

Hacía un buen rato que el pintoresco mini Cooper azul había abandonado el atrio y Thomas continuaba aún parado de pie frente a la ventana, observando el exterior y la amplia vereda por la que el auto había ya desaparecido tras una discreta nube de polvo, mientras mantenía la misma pose hierática del principio: manos recogidas a la espalda y hombros perfectamente encuadrados.

Las había contratado, sí.

A pesar de su falta de puntualidad.

A pesar de su indumentaria tan poco profesional.

A pesar de su precario *book* laboral.

A pesar de la cháchara incesante e insustancial de aquella morena que parecía mirarlo todo, incluso a él mismo, con aires golosos y poco o nada disimulados.

Suspiró en profundidad al sopesar todo aquel cúmulo de *contras* en la balanza de la consideración.

Pudiera ser que la otra socia, la rubia pálida y tímida, le transmitiera buenas vibraciones y que tal vez por ello, y solo por ello, se hubiera decidido a mostrarse benévolo y claudicar.

¡Qué diablos! En realidad debía reconocer que estaba deseando claudicar; siempre prefería dar una oportunidad a las almas jóvenes y con proyectos innovadores en mente en lugar de a las viejas glorias ya consolidadas y con el camino hecho.

Todo el mundo merecía su oportunidad dentro del mercado

laboral..., aunque se tratara de dos jovencitas sin el menor respeto por las normas de etiqueta. Y sin medida a la hora de parlotear.

Exhaló por completo.

Pero aquella joven —Swamson, creía recordar— parecía muy distinta de su compañera. En ningún momento había levantado la mirada de la alfombra ni había abierto la boca, concediendo ventaja y palabra a la morena parlanchina, y estaba claro que se encontraba cohibida y muy lejos de su zona de confort, a juzgar por la presión con la que sostenía el *book* entre sus manos —los nudillos se mostraban blancos y los dedos tensos como prensas— o el tic nervioso que hacía bailar sus rodillas de forma ininterrumpida. Cuando él tomó el álbum para echar un vistazo a sus trabajos, las cubiertas de cuero todavía revelaban las hendiduras que los dedos de la joven habían dejado en la superficie.

Esperaba no equivocarse.

Nunca le había sucedido, de hecho.

Su intuición, y ese sexto sentido que todo el mundo le atribuía en exclusiva al sexo femenino, solía acompañarlo; y aunque al principio, mientras era consciente del imperdonable retraso de diez minutos con el que habían tenido el descaro de presentarse, no hubiera ofrecido ni medio penique por ellas, una vez cara a cara con Emma Swamson algo había hecho ¡clic! en su interior.

Quería confiar.

Y estaba dispuesto a hacerlo.

Aquellos ojos azules que apenas había podido vislumbrar de forma fugaz no podían mentir.

## Capítulo 4

Thomas Wright siguió con la mirada el movimiento del mini azul eléctrico mientras este aparcaba a la mañana siguiente, con gran cuidado y medición, en un rincón discreto del atrio, perfectamente pegado a un pequeño murado vegetal de boj.

Cuando se fijó en la silueta de la conductora que se apeaba del vehículo, una sonrisa asomó a sus labios por dos motivos bien distintos.

Primero: ella había acudido con agradable puntualidad, lo que generaba sin duda que su sonrisa inicial se ampliara.

Segundo: la joven señorita Swamson había acudido sola en esa ocasión, asunto que, por algún motivo desconocido, agradó especialmente a Thomas.

Abandonó el umbral para avanzar con paso firme y decidido hacia la joven, dispuesto a darle la bienvenida a medio camino.

***

Emma cerró el portón del coche y sujetó con firmeza el portafolio que sostenía en la mano justo antes de suspirar, girarse y caminar en

dirección al bonito *cottage*. No obstante, ni siquiera pudo dar un solo paso, pues la visión del hombre que caminaba decidido en su dirección la obligó, sin pretenderlo, a permanecer estática en su posición, como una más de las estatuas de piedra que adornaban el jardín, aunque, estaba segura de ello, su cara representara mayor pasmo que el de las hermosas imágenes pétreas.

Thomas Wright... II caminaba con paso firme como el dueño del lugar que en verdad era. Vestía de nuevo, en aquella ocasión, un pantalón de traje color gris oscuro que le sentaba de maravilla y un suéter fino de color negro que se ceñía de forma canalla a unos hombros demasiado amplios, a unos bíceps bien marcados y a un torso que, como poco, debía de haber sido esculpido en mármol. Las mangas remangadas hasta el codo permitían la visión de unos brazos fuertes pincelados de vello oscuro y de un elegante reloj de pulsera que remarcaba, en conjunto, la masculinidad del propietario.

Y fue entonces cuando Emma cerró de golpe la boca que había mantenido abierta durante un tiempo indefinido y sin haberse dado cuenta.

Thomas se paró frente a ella, concediendo entre los dos una distancia correcta. Alargó la mano hacia la joven; y su sonrisa, que jamás había desaparecido, se amplió mostrando, ¡oh, cielos!, una dentadura perfecta.

—Señorita Swamson —la voz grave resonó en la atmósfera tranquila del atrio—, bienvenida de nuevo a Hollybrook.

Emma sintió el calambrazo en el mismo instante en el que su mano quedó atrapada bajo la cálida prensa de aquella mano fuerte, grande y varonil. La mirada de él, tan oscura como un abismo insondable, provocó que las azules pupilas prendieran en el acto en ella, enlazándolas y atrapándolas en una órbita gravitatoria de la que, sospechaba, sería complicado zafarse.

No obstante resultaba obligado recomponerse y continuar con el verdadero —¡y único!— motivo que la había llevado hasta allí. No había tiempo para fantasías absurdas.

—Señor Wright, es un honor volver aquí —respondió al apretón y retiró la mano con rapidez—. Si me indica los lugares que tiene en mente decorar para la fiesta, podré empezar de inmediato a realizar el bosquejo.

Thomas la miró largamente.

—Vaya, no se anda usted con rodeos, por lo que veo.

Emma enarcó una ceja y, por un instante, boqueó sin llegar a articular palabra. ¿Qué había hecho mal? ¿Qué había esperado él?

Thomas Wright despejó sus dudas de inmediato.

—Esperaba poder invitarla antes a un té —explicó—, pero me agrada ver que es usted una profesional entregada a su trabajo. Bien, le mostraré lo que tenía en mente, aunque espero que no me niegue ese té al final del recorrido. —Y estiró un brazo para indicarle el camino, cediéndole el paso como tan solo lo haría un auténtico caballero decimonónico.

Emma tardó todavía unos segundos en reaccionar, pues todo la había tomado por sorpresa.

Los ademanes caballerosos de él, su intención de convidarla a un té antes de empezar la jornada... incluso él mismo con su sola presencia —y en toda su esencia— la había sorprendido desarmada y con la guardia baja.

¡Desde luego, qué equivocada había estado en su percepción de aquel aristócrata rural!

Al percatarse de que él continuaba con el brazo extendido y a la espera, Emma se obligó a reactivarse para caminar hacia el *cottage*, seguida muy de cerca por el asombroso conde de Haworth.

***

Thomas Wright demostró que no solo podía ofrecer un magnífico exterior, sino que además también poseía cerebro, y ese cerebro contenía muy buenas ideas.

De hecho, y mientras Emma tomaba notas con afán, visiblemente sorprendida ante el conocimiento y el buen gusto que él mostraba con respecto a la decoración y a la distribución floral, el conde le habló de su propósito de levantar un arco vegetal en la entrada del atrio para dar una florida bienvenida a los invitados a la fiesta. A continuación, formando dos hileras perfectas hasta la casa, deseaba un corredor de macetas de terracota con jazmines aromáticos que acompañaran con

su fragancia hasta la misma puerta a los recién llegados. Al final de la pasarela su idea era formar una composición con arbustos grandes de boj recortados en forma de bola, en distintos tamaños y coloraciones, y algunos otros de especie arbustiva, trabajados de tal forma que imitaran árboles de pequeño tamaño, estilizado tronco y frondosa copa redonda.

Emma aceptó sus sugerencias de buen grado, de hecho no tenía nada que objetar a sus proposiciones, hasta llegó a encontrarlas encantadoras. El jazmín aromático era una apuesta excelente y su fragancia, al igual que la de los dondiegos de noche —la única sugerencia que ella se permitió apuntar—, resultaba por demás tan dulce como embriagadora. Sus flores blancas, tan delicadas como hermosas, reflejaban pureza e inocencia, eran una apuesta segura y a todo el mundo solían agradarle. No tenía sentido introducir otras olorosas ni extravagantes especies exóticas, teniendo en cuenta la abundancia de rosales de todas las clases que ya poseía el *cottage*; sin duda terminarían por formar un popurrí de esencias demasiado recargado.

Continuaron el tranquilo paseo rodeando el exterior de la vivienda.

Emma no podía evitar, cada pocos pasos, dejar a un lado el portafolio para alzar la mirada y admirar la belleza de la casa, en especial la solemnidad de aquellas piedras centenarias que parecían observar el paso del tiempo con gran dignidad. Algunas de las paredes se revestían de hiedra, en otras el verde se salpicaba con la suavidad que proporcionaban diminutas rosas silvestres que parecían entretejerse por la fachada, rodeando las ventanas para ascender hasta el techo y desplegarse en horizontal.

Jarrones de piedra nutridos de tomillo, lavanda, salvia y romero asomaban en cada rincón, alternándose su disposición con aperos antiguos que sin duda ejercían en la actualidad como mera decoración rústica.

El cántico vibrante de los pajarillos flotaba en el aire como única banda sonora ambiental; y por un instante, permitiéndose cerrar los ojos y aspirar el dulce aroma de la naturaleza concentrada en aquella hermosa parcela, Emma se sintió dentro de una novela, como un auténtico personaje austeniano que se paseara por los jardines de su

propiedad en medio de una constante ensoñación.

Sí, ya se veía a sí misma con un vestido de corte imperio confeccionado en muselina blanca y una chaquetita Spencer, seguramente de un verde intenso, acompañando el ligero atavío.

—Y allí, si a usted le parece bien, me gustaría instalar la mesa dulce. —La voz grave del conde la trajo de vuelta a la realidad, a una realidad ubicada en el mismo emplazamiento del cuento de hadas... solo que doscientos años después.

Emma, forzándose a reaccionar, imitó la dirección que seguía la mirada del señor Wright para encontrar a escasa distancia, en una de las fachadas, un delicioso porche, discreto y recogido, coronado por una amplia visera de glicinia cuya cascada violácea formaba un maravilloso velo.

El jadeo brotó de inmediato de sus labios. La mano derecha que sostenía el bolígrafo acudió rápida al pecho en un gesto de inesperada sorpresa y sentimiento.

Al encontrar a su acompañante sin palabras, con la mirada prendida en el lugar que él indicara y los labios entreabiertos, Thomas consideró que tal vez la sugerencia no resultaba del agrado de la joven.

—Sé lo que está pensando, señorita Swamson —dijo muy serio.

Emma desvió por un instante la mirada embelesada que concediera a la bucólica estampa para dirigirla, esta vez con ceño, al conde. ¿Lo sabía? ¿Sabía lo que discurría por su cabeza?

Tal vez sí, pues su expresión de fascinación debía de resultar lo suficientemente delatora —y digna de burla— como para no ser obviada. Además, el conde debía estar acostumbrado a que vulgares plebeyos como ella quedaran boquiabiertos y estupefactos ante la belleza de su vivienda. Seguramente de *una* de las muchas viviendas que poseía por todo el Reino Unido.

—Soy consciente de que usted tal vez considere que es un auténtico exceso para tratarse de la fiesta de cumpleaños de una niña —continuó él, ajeno a los verdaderos pensamientos de la joven.

Emma parpadeó con urgencia.

¡Desde luego que no se había parado a pensar nada de eso! Es decir, desde el principio había tenido claro que el conde no pretendía limitarse a encargar unos cuantos ramos para obsequiar a su hermana.

Jamie había informado a Kristen que lo que el señor Wright tenía en mente era un auténtico despliegue floral, un gran ornamento y mucho detalle por todas partes.

Lo que Kristen no le había dicho, tal vez porque tampoco ella lo sabía, era que la homenajeada iba a ser una niña. Es decir, Jamie le había hablado de la hermana pequeña del conde; Emma dio por sentado que se trataba de una adolescente, tal vez una jovencita a la que, siguiendo las antiguas etiquetas, deseaba presentar en una sociedad todavía arcaica y apegada a las tradiciones.

—Pero se trata del primer cumpleaños con dos cifras. —Una sonrisa torcida que parecía pretender justificar la actitud de su propietario asomó a los labios de él—. Llámeme sentimental si así lo desea, y seguramente me esté revelando como tal, pero para mí se trata de una fecha importante —el conde jadeó y su gesto se entremezcló con su sonrisa aún duradera—, un cambio de década, nada menos. —Emma fue consciente de la punzada en el corazón y casi se vio obligada a esconder el suspiro que reverberó en su garganta —. Además, es su primer cumpleaños después de...

Thomas se silenció. Y no solo eso; tragó saliva con rudeza, a juzgar por el violento movimiento de la nuez de Adán, encajó la mandíbula y volvió el rostro en otra dirección. Un duro ceño sombreaba su oscura mirada.

Aunque fue consciente del cambio en el gesto de su acompañante, Emma no quiso indagar más. Y no por falta de curiosidad, esta la devastaba, de hecho. «El primer cumpleaños después de...» «¿De qué?».

Pero todavía sentía la terneza en su pecho ante la sensibilidad que parecía derramar un hombretón como aquel, uno que se mostraba conmovido frente a la culminación de los diez años de vida de su hermanita, y consideró que aquella era una parcela en la que no le correspondía adentrarse.

En verdad, solo alguien dotado de grandes sentimientos y un corazón noble consideraría importante un evento como era el décimo aniversario de su hermana; un suceso insignificante e indiferente para tantos otros, incluso en ocasiones para los propios padres de la criatura. Pero nada de eso debía importarle, el ámbito personal debía dejarse a un lado, su obligación se limitaba a realizar un buen trabajo

y cobrar después por él.

Necesitaban a toda costa reflotar El Paraíso Perdido.

—Su interés dice mucho de usted, señor Wright —se limitó a decir—, me parece muy honorable de su parte que desee homenajear a su hermana con un despliegue tan hermoso, digno de una princesa de cuento.

Emma terminó su reflexión con una sonrisa, para su desgracia demasiado trémula.

Thomas la observó largamente y en silencio, tal vez estudiando la expresión de la joven para tratar de dictaminar cuánto había de sincero y cuánto de adulación en su sentencia. Lo que aquellos lagos cristalinos y aquella sonrisa dulce le revelaron debió de agradarle, pues al fin también él se decidió a regalarle otra sonrisa a su acompañante.

—Me alegra que lo vea de ese modo y que entienda mi perspectiva —añadió—. Ahora mismo ella es lo más importante para mí, señorita Swamson, y nada me parece suficiente con tal de verla feliz.

De nuevo Emma se vio obligada a cerrar la boca y apretar fuerte los labios para ahogar el suspiro y el consiguiente *ouch!* que se agitaba en su garganta. Con solo dos días de tratarlo empezaba a sospechar que, si buscaba en Google la definición de «perfección», debía de aparecer la imagen de Thomas Wright en alguna parte.

—Bien, si está de acuerdo con todas mis propuestas, creo que no queda mucho más por decir —concluyó él al fin.

Emma dio un rápido vistazo al bloc de notas y cabeceó su asentimiento.

—Creo que tengo suficiente con las anotaciones que me llevo, señor Wright, con esto puedo hacerme una idea de su objetivo final y empezar a organizarme.

—Perfecto —remató él—, entonces tal vez ahora considere aceptar ese té que le ofrecí al inicio.

# Capítulo 5

Con la mirada prendida en los bocetos que acababa de perfeccionar en su portafolio, Emma se repantigó en la silla y, apoyando apenas los dedos de los pies en el suelo, la hizo girar de un lado a otro mientras continuaba contemplando aquel bosquejo, totalmente absorta tanto en el dibujo como en sus propios pensamientos.

De un modo automático y sin necesidad de seguir el gesto con la mirada, alargó el brazo para alcanzar la taza de café que la aguardaba sobre el escritorio y llevársela a los labios. El café ya se había enfriado, pero no importaba.

Tras un breve trago sostuvo la taza en el regazo mientras continuaba con la mirada inamovible en el trazado sobre el papel.

Siempre había actuado con absoluta profesionalidad en todos y cada uno de sus trabajos. De hecho Emma Swamson se caracterizaba por ser una gran perfeccionista en todos los ámbitos de su vida, a menudo rozando incluso en una devastadora autocrítica; siempre se exigía lo máximo y jamás se conformaría con un trabajo pasable pudiendo alcanzar la perfección. O la semiperfección.

Si había que dedicar horas y tiempo extra a cualquier trabajo, jamás le había importado y jamás había cargado a la factura final esas horas de más que concedía a su tarea. Lo importante, pensaba, era que lo que se hiciera fuera lo mejor y que nadie pudiera tener queja

alguna.

No obstante, en este encargo en particular sentía la imperiosa necesidad de resultar impecable. Quería, *necesitaba*, en realidad, sorprender a Thomas Wright.

—¿Por qué? —se preguntó rozando apenas el susurro mientras la pregunta era lanzada a la silenciosa habitación en penumbra. ¿Por qué necesitaba obtener su admiración y el consiguiente beneplácito?

Durante largo rato ninguna respuesta acudió a su mente; por ello, cuando una vana justificación asomó entre recuerdos de esa misma tarde y posibles alternativas a sus dudas, se aferró a ella con desesperación. Como el náufrago a su tablero a la deriva.

Era consciente de que un individuo como el señor Wright estaría acostumbrado a trabajar con lo mejor del sector; y si ya de por sí la había sorprendido el hecho de que le concediera una oportunidad a El Paraíso Perdido, teniendo en cuenta la escasa notoriedad de su empresa, no quería arriesgarse a ofrecer un trabajo deficiente.

Se trataba de eso, se repitió mil veces, de eso y de nada más. ¿Por qué debería haber algo más? No podía comprometer la reputación de su negocio y mucho menos permitir que un trabajo deficiente les cerrara caminos en el futuro.

Y punto.

¡Cielos, resultaría humillante que el trabajo acabara siendo un fiasco!

Tras tomar un largo trago de café, dejó la taza de nuevo sobre el escritorio en tanto un ceño fruncido elevaba sus cejas doradas.

¡Es que ni siquiera quería pensar en ello! Solo de imaginar un gesto de sorpresa y decepción en el rostro del señor Wright la hacía estremecer. Imaginar aquellos labios apretados en severo gesto o un ceño de disgusto oscureciendo una mirada ya de por sí profunda y penetrante erizaba el vello de su nuca.

Y lo peor de todo era que, al representar la situación, estaba convencida de que el conde no cuestionaría la profesionalidad de El Paraíso Perdido, sino la de Emma Swamson en particular.

De sus labios escapó un suspiro que en realidad imitó un gemido bajo.

Por alguna razón aquel pensamiento la atormentó de tal forma que supo que no podía, ni era justo, seguir alimentándolo. No lo era,

no, por el bien de su salud mental y la de sus tripas, que en ese momento empezaron a revolverse como desquiciadas. ¡Sería horrible que sucediera algo así! Pero ¿qué? ¿El que Thomas Wright la considerara a ella una inútil o una nulidad en su trabajo?

¡Cielos, no podría soportarlo!

Observó el extracto bancario que acababa de imprimir hacía un rato.

Esa misma tarde el conde les había ingresado un jugoso adelanto para costear el material, así que no podía demorarse más. Debía encargar las plantas a su proveedor habitual y ponerse manos a la obra.

Sabía que los viveros se demoraban días en servir la mercancía, así que entre tanto podía empezar por comprar el alambre y los demás materiales necesarios para dar forma a la arcada principal y al atrezo para la mesa dulce. En ella deseaba distribuir pequeñas macetitas con azahares y violetas. Supondrían un contraste precioso.

Debía adelantar trabajo, pues apenas disponían de un mes para tenerlo todo listo.

Deslumbrar a Thomas Wright era *conditio sine qua non* en aquellos momentos.

***

Tres días después, Emma se encontró con una pequeña traba.

Thomas Wright la había informado de las plantas que él mismo había seleccionado para la decoración exterior, pero no había mencionado lo que esperaba que incluyera en la mesa dulce. Emma era consciente de que con una simple llamada podía solucionar su duda, tal vez ni siquiera eso: un correo electrónico sería suficiente para aclararse y continuar con el encargo.

No obstante, por alguna extraña razón se encontró de pronto montada en su mini Cooper, conduciendo durante tres largos cuartos de hora para salvar la distancia que la separaba de Hollybrook Cottage en busca de una respuesta.

Durante el trayecto ni siquiera se había detenido a pensar en lo

vehemente de su decisión ni en lo absurdo de llevarla a cabo; se había limitado a introducir su CD favorito en el reproductor del coche y a seguir la música bailoteando los dedos sobre el volante mientras cantaba a voz en grito el *Bohemian Rhapsody* de Queen.

Tan solo cuando hubo aparcado en el atrio de grava, justo al lado del murado de boj de la última visita, empezó a ser consciente de que tal vez aquello no fuera tan buena idea después de todo. En realidad, observándolo en frío, debía reconocer que era una idea horrible.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo, Emma Swamson? —se preguntó en un murmullo bajo.

Nadie debería presentarse en la vivienda de un noble sin haber concertado una cita previa. ¿Y si la consideraba una descarada? ¿Y si por su ímpetu irracional e injustificado echaba todo a perder? ¿Y si no estaba en la casa?

Estos grandes hombres tenían agendas muy apretadas que no podían alterar por nada ni por nadie, resultaba complicado encontrarlos.

La siguiente cuestión todavía era peor: ¿Y si realmente estaba en la casa? ¿Qué iba a decirle?

—Señor Wright, disculpe, pero no sabía qué tipo de golosinas preferiría usted para la mesa dulce de su hermana —murmuró con retintín mientras movía la cabeza para acompañar su recitado.

¡Cielos, al decirlo en voz alta sonaba todavía peor y más lamentable! Resopló con fastidio. ¡Qué horror, qué idea más absurda había tenido!

Sin embargo, había llegado hasta allí, así que permanecer dentro del coche hablando sola y lamentándose eternamente de una decisión sin duda desacertada la haría quedar como una boba rematada.

Miró de refilón el *cottage* a través de la ventanilla.

También podía arrancar y abandonar el lugar como si la persiguieran los cien mil demonios del Averno, pero si acaso alguien la había visto llegar desde la casa, su huida resultaría tan vergonzosa como humillante.

—Cada acción tiene su consecuencia, Em —se jaleó a sí misma—, así que es hora de que apechugues con la terrible decisión que… —se llevó una mano a la frente—, cielo santo, acabas de tomar viniendo hasta aquí.

Descendió del vehículo tras una exhalación larga y profunda.

Tal vez, consideró, podría dar un pequeño rodeo por el jardín, rememorando los pasos de la última vez, mientras ideaba en su cabeza un pretexto viable para justificar una visita no anunciada. Cualquier cosa con tal de ganar tiempo y fomentar su elocuencia.

Con ese pensamiento en mente bordeó la vivienda, alejándose a posta de la puerta principal. Tal vez la naturaleza en toda su esencia le brindara inspiración… necesitaba confiar en eso.

Efectivamente, los jarrones de aromáticas que rodeaban la casa le dieron la bienvenida mientras el canto de los pajarillos la escoltaba durante su paseo, tan presto a la evasión, y el aroma floral que reinaba en la atmósfera la abrigaba como un suave manto natural.

Y todo, todo resultaba tan encantador como lo recordaba.

Cuando alcanzó el porche de glicinias, aquel que la había fascinado en la anterior visita, y al situarse bajo la cascada de colgantes pétalos violáceos, se apoyó contra la pared de piedra, cerró los ojos, aspiró el dulce aroma y sonrió.

Entendió entonces que de ese modo debió de sentirse Marianne Dashwood, su heroína Austen favorita, mientras correteaba feliz por Barton Cottage.

En un lugar como aquel resultaba sencillo evadirse, un lugar como aquel era lo más parecido al paraíso perdido con el que ellas anunciaban su negocio.

Y entonces, en mitad del paraíso, un pequeño alboroto de follaje procedente de algún rincón cercano la obligó a despertar de su ensoñación.

Consciente de la situación real, del lugar en el que se encontraba y de lo inapropiado de su presencia allí, se obligó a espabilarse, encuadrarse y aprestarse para lo que viniera; justo entonces descubrió un leve movimiento detrás de un enorme árbol de adelfa en flor.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó de forma sistemática, dándose cuenta enseguida de lo ridículo que sonaba cuando ella misma era una intrusa en aquel escenario.

No obstante, su requerimiento obtuvo rápida respuesta. Una cabecita morena asomó entre las afiladas hojas verdes.

Emma, sorprendida por la aparición, quedó literalmente pasmada. Se trataba de una niña menuda de estatura indefinida a causa de su

ocultación, cabello oscuro adornado con flequillo y enormes ojos azules que la observaban con curiosidad.

—Hola —saludó Emma con una sonrisa.

La cabeza asomó un poco más entre las flores rosadas, acuciada por la intriga.

—Hola —respondió la niña—. ¿Quién eres?

Emma boqueó un instante. No había esperado una pregunta tan directa, no cuando aún ni siquiera había pensado en una respuesta capaz de justificarla.

«Soy la florista entrometida, ni más ni menos», sonó en su cabeza; no obstante, se limitó a responder:

—Soy Emma Swamson. —Ladeó el rostro para observar mejor a la pequeña, aunque la posición de la niña impidiera cualquier suerte de estudio—. ¿Y tú quien eres?

La niña se enderezó ya del todo, dejó a un lado la enorme planta tras la que se parapetaba y caminó despacio hacia Emma. Vestía vaqueros de un azul muy oscuro y jersey de ochos en azul celeste. En la parte superior de este asomaba el cuello redondeado de una blusa blanca, ribeteado en azul del mismo tono.

—Alina Wright —respondió, manos enlazadas frente al talle, representando con su pose el saber estar de una anciana en miniatura.

Emma boqueó de nuevo, aunque esta vez de pura estupefacción. ¡Caray! Aquella niña era la hermana del conde de Haworth, la protagonista de la fiesta de cumpleaños que ella debía organizar.

¿Cómo no lo había adivinado? Poseía los mismos rasgos de su hermano y su mismo cabello moreno y rizoso; sin embargo, los ojos de la chiquilla eran tan azules como los de Emma, muy distintos de los insondables pozos obsidiana de Thomas Wright. Pero al igual que sucedía con el conde, y a pesar de sus pocos años y su delgada constitución, la pose de la pequeña destilaba una innegable solemnidad.

Había visto sonreír al señor Wright en varias ocasiones, pero la seriedad que acompañaba a Alina le hacía pensar de inmediato en su hermano mayor. En el porte regio y majestuoso de este.

Para sorpresa de Emma, Alina Wright adelantó la mano derecha, actuando en todo momento como lo haría un adulto. Demasiado lenta en su reacción, Emma respondió al ofrecimiento alargando la suya y

estrechándosela con un liviano apretón.

¿Debería tratarla de usted? Sin duda, pues, aunque se tratara de una niña, continuaba siendo de origen noble.

—Es un placer, señorita Wright.

La pequeña cabeceó, complacida.

—Lo mismo digo —respondió. Acto seguido agregó—: ¿Eres la encargada de decorar mi fiesta?

—S-sí —contestó Emma, forzando una sonrisa—. Y prometo que voy a organizarle una fiesta preciosa, señorita Wright.

La niña, que había mantenido hasta el momento un rostro hierático, rompió al fin en una sonrisa dulce.

—¡Oh, ya lo sé! —Concedió—. Mi hermano me dijo que había contratado a una gran profesional.

Emma boqueó por tercera vez, la tercera en escasos minutos. Y en esta ocasión su expresión se completó además con un acusado ceño de incredulidad.

—¿De verdad? —preguntó. Consciente de lo precariamente que se anunciaba a sí misma y a su negocio con semejante pregunta, se corrigió de inmediato—: Quiero decir, me alegra disponer de la confianza de su hermano para semejante encargo, señorita Wright, lo haré lo mejor posible.

La niña amplió su sonrisa, consciente de la vacilación que denotaba la joven que tenía ante sí.

—Estoy segura de que así será. Por cierto, llámame Alina, por favor —pidió. Y de repente su gesto serio se transmutó por vez primera en el auténtico rostro de una niña a punto de cumplir los diez —. ¿Podemos ser amigas?

Emma se humedeció los labios.

—No veo por qué no —respondió confundida. Nunca antes una niña de diez años había solicitado su amistad al mismo tiempo que la hacía sentir tan pequeña e inexperta como sin duda debía ser su interlocutora.

¿Pero qué decía? Aquella niña tenía todo el aspecto de ser una criatura tan razonable, despierta, educada y competente como cualquier adulto de avispada inteligencia.

«Igual que su hermano», pensó Emma de inmediato.

En ese momento, una voz grave y requirente se hizo eco en el

lugar, captando la atención de ambas.

—¡Alina, Alina Wright! ¿Se puede saber dónde te escondes esta vez?

# Capítulo 6

Thomas Wright apareció en el jardín, junto a ellas, procedente de algún lugar de la parte posterior de la casa.

De un rápido vistazo —tan rápido que enseguida, y después de efectuado, Emma se cuidó de desviar la vista hacia cualquier parte menos comprometida— percibió que vestía un jersey ligero de color blanco remangado hasta los codos, un atuendo que sin duda hacía destacar el bronceado suave de su piel, así como también dejaba a la vista el vello oscuro que salpicaba sus brazos. Por primera vez lo vio vestir vaqueros oscuros y comprendió entonces que aquel atuendo informal le sentaba de maravilla, aunque los pantalones de traje tampoco le restaban apostura, precisamente.

Al descubrirlas a ambas, Thomas se paró en seco, por completo sorprendido, a la vez que ponía los brazos en jarras y alzaba las cejas, deslizando la mirada de una a otra con una expresión que denotaba desconcierto.

—Señorita Swamson, ¿la esperábamos?

Emma tragó seco.

—¡Oh, lo cierto es que no! —farfulló con atropello. Lo que pensaba: debería haber solicitado una cita, debería haber anunciado su visita...—. Lo siento, señor Wright —cerró las manos en puños para abrirlas muy lentamente después, convirtiendo su gesto en un delator

tic nervioso. Bajó la vista. Era incapaz de mirarlo a la cara y asumir su vergüenza y las consecuencias de su osadía—, me surgió una duda con respecto a la fiesta y yo…

Se silenció en el acto, incapaz de continuar.

¿Y cómo continuar? ¿Cómo justificar el ímpetu extraño que la había llevado hasta allí? La mirada permanecía baja, fija en las losetas de pizarra que recubrían el suelo y entre las cuales surgían hiladas de musgo.

«Tonta, deberías haberle escrito un correo, tal como haría una persona normal. Ahora pensará que, aparte de simplona, eres además estúpida… y una descarada».

—¡Oh, pues entonces ha hecho muy bien en venir, puesto que la protagonista se encuentra frente a usted!

Emma alzó la mirada de golpe para toparse con la encantadora sonrisa del conde. ¿No estaba enojado? ¿No iba a juzgarla por su visita inesperada?

—¡Oh, la verdad… acabo de conocerla! —balbuceó confundida, mirando esta vez a la niña, que observaba la escena manteniendo su pose serena y formal—. Es una jovencita encantadora.

Thomas suspiró largo y profundo mientras lanzaba a su hermana una mirada de resignación.

—Lo es, aunque posee el mal hábito de esconderse en el jardín siempre que se le antoja.

La niña ladeó la cabeza en dirección a su hermano y cruzó los brazos con firmeza sobre el pecho.

—Simplemente no quiero dar clases con la señorita Carter —protestó, aunque su tono continuaba siendo apacible.

—El mal hábito de esconderse en el jardín siempre y cada vez que ha de tomar alguna lección, precisamente —matizó Thomas, obligándose a reprimir la sonrisa.

—No me gusta tocar el piano —protestó Alina de nuevo—. Prefiero la batería.

Emma, que había seguido la conversación alternando la mirada de un hermano a otro, elevó las cejas ante la sorpresa que las palabras de la niña acababan de causarle. ¿La batería? ¿Aquella chiquilla menuda y de aspecto delicado? *Wow*…

—La señorita Carter se tiraría de los pelos si te escuchara, Alina —

apuntó Thomas, que también acababa de cruzar sus fornidos brazos sobre el pecho para tratar de ofrecer una imagen de autoridad. Una que parecía no impresionar a la pequeña.

—No podría aunque quisiera —replicó— de tan apretado como lleva el moño.

Esta vez fue evidente cómo Thomas replegaba los labios al interior de la boca y apretaba fuerte con tal de contener las carcajadas que ya amenazaban con desbordar. En efecto Emma también necesitó replegar sus labios e inspirar profundo por la nariz para ahogar las suyas.

—Por suerte acaba de marcharse, a la vista de que su díscola alumna se ha ausentado de la sala de estudio una vez más. —Trató de sonar serio, lo cual empezaba a resultar complicado a esas alturas—. No tengo constancia de ningún tutor que se gane el sueldo de una forma más sencilla que la señorita Carter, desde luego.

Alina esbozó una sonrisa esperanzada.

—¿Se ha ido? Entonces, si se ha marchado ya… —comenzó a decir, sus ojos se iluminaron conforme se ampliaba su sonrisa—. ¿Podemos merendar? —Miró a Emma con ilusión—. ¿Nos acompañas? Nuestra cocinera prepara unos *waffles* deliciosos.

Emma balbuceó su confusión en tanto abría mucho los ojos. Thomas tomó la palabra entonces, a la vista del mutismo de la joven.

—Es una idea excelente —apuntó complacido—. Señorita Swamson, estoy seguro de que jamás habrá probado *waffles* más esponjosos que los que se preparan en Hollybrook.

***

Conforme caminaban en dirección a la vivienda en busca de la merienda prometida, Thomas observó la imagen que ofrecía aquella dispar pareja que iba algunos pasos por delante de él.

Alina le contaba algo en esos momentos a Emma Swamson; y, a juzgar por la sonrisa que ambas compartían, debía de tratarse de algo sumamente divertido.

Observó entonces con atención a la joven florista y una sonrisa de

gratitud asomó de forma inconsciente a sus labios.

La joven parecía prestar una escucha sincera a su hermana y de hecho atendía a sus razonamientos con interés, respondiendo de vez en cuando con sonrisas, cabeceos y algún que otro comentario breve que hacía sonreír a la pequeña. Se notaba que no interactuaba con ella por obligación o en pos de tratar de agradarle a él, sino por decisión propia y franca atención.

Alina era una joven muy introvertida y su ostracismo se había acrecentado después de que sucediera la tragedia, dos años antes.

No solía relacionarse con nadie y apenas tenía amigas, de hecho ninguna de sus tutoras había conseguido traspasar la férrea coraza que la niña había erigido en torno. El hecho de que de pronto congeniara tan bien con alguien que acababa de conocer no dejaba de sorprenderlo... y a la vez llenaba su corazón de alegría. ¿Cuánto tiempo hacía que no veía a Alina sonreír y abrirse de una forma tan sincera en presencia de otra persona distinta de él mismo?

No se atrevía a pensarlo porque le horrorizaba la respuesta.

No obstante, en aquel momento pareció apreciar una impensable camaradería entre las dos. La pequeña se había confiado a la joven que caminaba a su lado y hablaba y hablaba como pocas veces la había visto hacer antes. Era más que probable que hubieran pasado más de dos años desde la última vez que observara semejante desparpajo en su querida hermana.

Alina antes era una niña muy abierta, sociable y parlanchina.

Antes.

En la actualidad se había vuelto una criatura taciturna y solitaria que sin duda prefería observar cualquier posible escenario desde una distancia segura en lugar de interactuar con el resto del mundo.

En lo que respectaba a la señorita Swamson, posiblemente Alina había apreciado en ella una energía positiva, limpia y leal que la había atraído. Las almas inocentes, según decían, solían tener buen ojo para esas cosas, y de hecho él mismo había distinguido algo en el aura de aquella joven que le había inspirado confianza.

Por ella, siguiendo ese instinto que había saltado en su interior como un resorte, se había decidido a contratar los servicios de El Paraíso Perdido.

***

Aquella niña era un encanto, pensó Emma mientras se terminaba su té y el segundo *waffle* que se había visto obligada a ingerir, en realidad solo por no hacerle un desaire a la pequeña puesto que, aunque en verdad estaban deliciosos, ella no acostumbraba a merendar. Solía estar siempre tan ocupada que tan solo se permitía un té o un café bien cargado a media tarde, entre encargo y encargo. Así, sin nada sólido para acompañar, tan solo un par de tragos rápidos sin siquiera tomarse la molestia de sentarse un instante.

Alina no había dejado de hablar en ningún momento.

Durante el tiempo que se prolongó su estancia en Hollybrook, hablaron de todo y de nada. Mientras se dirigían a la vivienda para merendar, la pequeña fue mostrándole los distintos rincones del jardín, recalcando cuáles eran sus lugares favoritos o aquellos otros en los que los pajarillos solían hacer sus nidos cada primavera.

Después la informó acerca de sus golosinas preferidas para la mesa dulce, y a Emma le encantó descubrir que la niña adoraba los regalices y los malvaviscos de colores, pues en eso coincidían las dos.

La joven Wright también deseaba algodón de azúcar y *fairy cakes*[3] decorados con merengue, virutas de chocolate y ositos de gominola.

Emma se prometió que le armaría la mesa —y la fiesta— más bonita del mundo, y no solo porque era algo que siempre hacía con cada cliente, sino porque en realidad aquella niña que al principio se había presentado tan seria y tan digna era en realidad tan dulce como el bizcocho y tan adorable como una caja repleta de gatitos bebé.

Emma había atendido y atesorado toda la información con gran atención, viéndose en realidad obligada a asumirla en todo momento con el corazón en un puño y las tripas en revolución, puesto que no dejó en ningún instante de ser consciente de la presencia cercana del conde.

Él les había concedido espacio y no se había involucrado en la conversación, no obstante resultaba imposible ignorarlo.

Al menos Emma no fue capaz de hacerlo ni por un solo segundo.

Sentía su presencia, apreciaba su penetrante aroma aun en la distancia; y cuando no distinguía su figura por el rabillo del ojo,

simplemente lo intuía. Sabía que se encontraba allí cerca, vigilante y atento.

En su mente rememoraba su sonrisa, su mirada de obsidiana, la apostura de su figura, su elegancia innata, ese cabello abundante y oscuro, la marcada mandíbula cuadrada o la virilidad que derramaba todo su ser. Y pensar en todo ello la hacía temblar y sacudía sus entrañas, tal vez al darse cuenta de que no se trataba de una ilusión, sino que aquel hombre impresionante se encontraba detrás de ella, a apenas un par de pasos de distancia, atento a su conversación y a cada uno de sus gestos.

Después, una vez en la sala de estar, la misma en la que él las había recibido a Kris y a ella el primer día, Emma se sentó en un sofá de tres plazas al lado de la pequeña, mientras el conde ocupaba un sillón orejero frente a las dos.

La niña continuó hablando de mil cosas distintas que sin duda consiguieron distraer a Emma durante un rato, aunque saber al conde esta vez situado enfrente no consiguió calmarla, precisamente. De hecho, hasta el simple gesto de beber el té resultaba incómodo y un gran engorro, pues parecía que el acto de tragar la infusión se volvía demasiado… ruidoso, vulgar y obvio.

¿Eran imaginaciones suyas o Thomas Wright la miraba todo el rato con demasiada atención?

Debía de estárselo imaginando, desde luego, pues nada podía haber en ella que captara el interés de un hombre como el señor Wright.

De hecho estaba segura de que, si él quisiera, podría tener a cualquier mujer que se le antojara, desde actrices de cine a modelos de pasarela…

Tras asimilar y reconocer como propio este último pensamiento, Emma se mordió el interior de las mejillas a modo de autoflagelación. ¿En qué momento Kristen había poseído su mente para inculcar en ella pensamientos tan impropios de la razonable y aséptica Emma Swamson?

Cuando terminó su té, consideró que era el momento de marcharse. Había gastado toda la tarde en Hollybrook Cottage; y aunque el tiempo se había pasado volando —y ella misma se obligó mentalmente a justificar semejante demora repitiéndose mil veces que

la motivación era meramente profesional—, no estaba segura de si resultaba apropiado prolongar una visita improvisada durante tantas horas sin rozar la mala educación. ¿Existían todavía normas de etiqueta respecto a eso?

¡Oh! Había leído que en el pasado así era y le horrorizaba pensar que los aristócratas del siglo XXI las mantuvieran todavía vigentes, pues en ese caso ella acababa de coronarse como la más transgresora de las mortales.

De las mortales plebeyas, para más inri.

No obstante, en ningún momento ninguno de los dos Wright reflejó incomodidad o disgusto.

Thomas y Alina la acompañaron hasta la puerta.

Emma se disponía a traspasar el umbral cuando la pequeña se adelantó para tocarle el brazo en un intento de captar su atención por última vez.

—Me gustaría mucho que vinieras a cenar con nosotros alguna noche —expresó, sus ojos brillaban de entusiasmo—, di que sí, por favor.

Emma miró de forma sistemática a Thomas, quien también acusaba un leve gesto de sorpresa que poco a poco demudó en conformidad.

—Di que sí —insistió la niña, todavía sujeta a su brazo.

Emma exhaló lento y profundo. Sabía que debería claudicar ante una petición tan entusiasta; sin embargo, su corazón al borde del colapso la alertaba del peligro que la aceptación conllevaría.

—Si al señor Wright le parece bien… —fue lo único que atinó a decir en un balbuceo.

La niña volteó la cabeza hacia su hermano. Sus ojos brillosos enternecerían hasta el corazón de una esfinge de terracota. Hasta a un guerrero de alabastro… y desde luego enterneció a Thomas.

—Es una idea excelente —apuntó este, sonrisa en ristre. Miró entonces fijamente a Emma—, estaremos encantados de recibirla de nuevo, señorita Swamson.

Emma sintió el calor en las mejillas. Debía de estar roja como un tomate maduro. Y sintió también el corazón en la garganta y la respiración apurada. Y las rodillas de gelatina. Oh, Dios, ¿qué más podría sentir capaz de delatarla con mayor descaro?

—Si este viernes se encuentra libre, enviaré un coche a buscarla.

Emma jadeó su desconcierto y abrió la boca sin ser capaz de articular palabra. Un acusado ceño sombreó su mirada cobalto.

—¿Un coche? —Meneó la cabeza en negación—. No… no es necesario… yo…

Thomas la interrumpió.

—No puedo permitir que conduzca usted sola, de noche, durante un trayecto tan largo por una carretera aislada. —Alzó la barbilla. Estaba claro que era un hombre acostumbrado a que no se le llevara la contraria—. Su seguridad no es algo negociable, señorita Swamson, y no pienso claudicar.

# Capítulo 7

Emma, brazos en jarras, ladeó la cintura ligeramente para observarse en el espejo de cuerpo entero de su habitación y, aunque no acostumbraba a perder el tiempo en banalidades como mirar su propia imagen reflejada, debía con gran vergüenza reconocer que llevaba mirándose en aquel espejo algo más de diez minutos —asunto totalmente impensable e inesperado— y que no acababa de sentirse complacida con lo que veía. De hecho, el ceño que sombreaba su mirada azul reflejaba dudas y disconformidad.

A ver: había elegido para la ocasión unos vaqueros de talle alto que ascendían hasta más arriba del ombligo y una camisa entallada de color rosa palo que remetía por dentro del pantalón. Las perneras eran cortas y permitían los tobillos desnudos al descubierto; en los pies, unas Converse bajas.

El característico doble toque en la puerta la sobresaltó y a continuación la voz vibrante de Kristen sonó al otro lado.

—Em, ¿puedo pasar?

Emma resopló. No por el anuncio de la presencia de Kris, sino porque no acababa de encontrarse satisfecha. ¿Qué demonios debería vestir una para cenar con un conde y su hermana pequeña?

—¡Entra! —farfulló agotada.

Kristen no se hizo de rogar y entró en la habitación como un

vendaval, ataviada con una camiseta beisbolera dos o tres tallas más grande de lo necesario y un culote que ni siquiera se distinguía bajo la amplitud de la camiseta.

Después de un rápido vistazo a su socia y amiga, Kris enarcó las cejas hasta el nacimiento de su cabello afro, llevó las manos a las caderas y adelantó una pierna para reposar en ella el peso de su cuerpo.

—¿En serio vas a ir así vestida a cenar con un hombre como Thomas Wright?

Emma, manteniendo el ceño que no había aflojado en ningún momento, se miró a sí misma otra vez.

—No es una cita, Kris —señaló con ahínco, seguramente en el centésimo intento de autoconvencerse de eso mismo—, su hermana, la niña del cumpleaños, me ha invitado a cenar con ellos.

Y esa era la realidad.

Entonces, tratándose de algo tan inocente, ¿por qué llevaba tanto tiempo mirándose al espejo sin decidirse a dar por finalizado el proceso de arreglarse?

—¿Y qué? —protestó Kristen—. Es un hombre soltero, ¿no? ¡Y menudo soltero, por cierto! Es un tío con ojos en la cara y sangre en las venas. Y además, si le has caído bien a la hermana, ya tienes medio camino hecho…

Emma la miró con incredulidad.

—¿De qué hablas? —Jadeó exaltada, sintiendo el calor en sus mejillas. Su voz a continuación sonó apenas en un murmullo—. Es una cena de trabajo, nada más.

Kristen sonrió con escepticismo mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—¿Ah sí? Entonces, ¿por qué no se me ha invitado a mí, que soy socia del negocio?

Emma balbuceó, confusa, sin llegar a decir nada. Tragó seco y acentuó su ceño.

—Ha sido cosa de la niña… —dijo al cabo de un rato, desviando la mirada hacia el espejo.

—Puede ser —concedió Kristen—, pero creo que, sea como sea, no deberías desperdiciar la oportunidad de lucirte ante él.

—Thomas Wright es solo un cliente —dijo, mirando fijamente la

imagen del espejo, la de una muchacha que en esos momentos le pareció demasiado insignificante para el tema de conversación que se abordaba—, nada más. —Su voz descendió hasta casi resultar inaudible—. Un cliente como otro cualquiera.

Kristen se acercó, se situó a su espalda y rodeó la cintura de su amiga en un abrazo de oso, acoplando su cuerpo al de Emma mientras apoyaba la barbilla sobre su hombro y miraba también ella a la joven del espejo, en su caso con suma ternura.

—Yo no diría eso, a juzgar por cómo se te ilumina la mirada y te pones colorada cada vez que hablamos de él —susurró con una sonrisa.

Emma tragó de nuevo y su respiración se aceleró mientras, para su disgusto —y para regodeo de Kristen—, las mejillas se encendían hasta alcanzar un ardor insoportable. No se atrevió a rebatir a su avispada amiga, pues no sabía qué podría decir para desmentir su afirmación cuando sus mejillas ardientes y rojas como granadas escarchadas la delataban sin piedad.

—Creo que tengo por ahí algún trapillo para prestarte, Emma —tras decir esto se despegó de ella despacio mientras depositaba un beso en su mejilla—, no voy a permitirte que te presentes ante un hombre como Thomas Wright con estas pintas.

***

«Esto es horroroso», pensó mientras se sentaba de medio lado, retorciéndose por millonésima vez como una lagartija mientras apenas se permitía apoyar una nalga en el asiento trasero del jeep que había ido a buscarla, para tratar, en vano, de concederse una cierta comodidad.

¿Algún trapillo? ¡Ja! Con aquel vestido podría ir tranquilamente a recoger un Óscar. Aunque, a decir verdad, dudaba mucho que consiguiera hacerlo, pues de tan ajustado como era ni siquiera sería capaz de subir las escaleras hasta el escenario sin parecer un animal reptante herido.

Definitivamente, Kristen se había vuelto loca de remate.

Y más loca aún ella, por hacerle caso y acceder a ponerse aquel endemoniado vestido amarillo de raso. Santo Dios, ¿para qué usaría Kristen un atuendo tan… tan… exuberante?

Cuando se lo probó frente al espejo, la boca se le entumeció un buen rato en el ahogo de un grito. Jamás había imaginado que sus pechos pudieran elevarse tanto y destacar de tal forma, pero aquel escote abierto que se unía al frente en una lazada con frunce parecía gritarle al mundo: «¡Mirad lo que escondo aquí abajo!».

El vestido continuaba en caída ligera desde el busto hasta las rodillas, tan ajustado que imitaba el cuerpo de una sirena. La tela de raso le recordaba a un salto de cama, por lo que durante todo el tiempo se abrazó a sí misma para tratar de cubrir todo aquello que advertía demasiado expuesto. ¿Cómo demonios había accedido a vestirse así?

Por suerte Jamie, que trabajaba de cochero para el señor Wright y había ido a recogerla tal y como estaba dispuesto, intentaba hacerla sentir cómoda hablándole de mil cosas distintas a las cuales Emma no prestaba en realidad demasiada atención, y no por desidia o falta de cortesía, sino porque albergaba preocupaciones mayores a las que dedicar su tiempo y pensamiento.

Desde luego mucho no iba a poder comer, y se vería obligada a sentarse tan derecha como una tabla, era eso o arriesgarse a exhibir demasiado canalillo o reventar el vestido por los lados, así que esperaba que, al menos y en medio de la incomodidad física inevitable, la velada resultara agradable.

Y que el conde de Haworth no terminara de considerarla un bicho raro por acudir a su casa con un atuendo, sin duda, demasiado exótico. ¿Por qué le había hecho caso a la loca de Kristen?

Sin duda en esos momentos añoraba más que nunca sus cómodos vaqueros y sus zapatillas Converse, en lugar de un vestido excesivo y de los zapatos de salón forrados en raso amarillo que Kris le había prestado y que, encima, le apretaban demasiado los dedos.

Apoyó en una mano su cabeza cargada de inseguridades y se dejó caer contra la ventanilla, resoplando por lo bajo mientras Jamie continuaba parloteando, ajeno a sus elucubraciones.

***

Thomas quedó literalmente de piedra cuando vio a Emma descender del jeep ayudada por el cochero.

Aquella diosa ataviada en oro no podía ser la joven florista de aspecto informal que había tratado en días anteriores.

Desde luego, sin aquellos vaqueros rotos, sin las camisetas amplias de algodón y las zapatillas gastadas, cambiaba mucho.

Demasiado.

¿Dónde demonios había ocultado hasta el momento una figura de reloj de arena tan admirable?

Sí, había sido consciente de su voluptuosidad bajo las prendas amplias con que se había presentado antes, pero jamás consideró que aquellas curvas pudieran resultar tan fascinantes como aparecían entonces ante sus ojos. ¿Y desde cuándo aquellos labios, entonces pintados de un rojo fuerte, resultaban tan apetecibles y sensuales como fresas partidas en dos?

El cabello, brillante, sedoso y del mismo tono que el vestido, se recogía engominado hacia atrás, permitiendo ver el rostro en forma de corazón totalmente despejado. Un rostro níveo en el que destacaban, como dos zafiros engarzados sobre armiño, unos ojos enormes.

«¡Vaya, vaya con la señorita Swamson!», pensó, sintiendo la boca seca y la mirada fija e inamovible, imposible de ser retirada, en aquella hermosa criatura.

Fue Alina quien lo obligó a reaccionar, tironeando ligeramente de la manga de su chaqueta.

—¡Qué bonita está Emma! —exclamó la pequeña, sonrisa en ristre, al ser consciente del pasmo de su hermano—. ¿Verdad, Thomas?

Él, que no había deslizado en ningún momento la mirada a ninguna otra parte, dejó que sus pensamientos fluyeran de sus labios sin permiso.

—Lo está, tan bonita como una princesa.

# Capítulo 8

La cena resultó más agradable de lo que Emma había esperado.

Thomas participó esta vez activamente en la conversación, que fluyó ágil y distendida. No hubo lugar a silencios incómodos o momentos de tensión, todo resultó tan cómodo y fluido como si se tratara de una reunión entre amigos que se conocieran de mucho tiempo atrás.

Hablaron de música, de gustos musicales, y a Emma le sorprendió descubrir que Thomas era un gran aficionado al rock; al igual que sucedía con ella, su grupo favorito era Queen. De hecho ambos concordaron en que hubiera resultado memorable poder asistir al Live Aid de Wembley, en el 85.

Hablaron de cine, de sus géneros y actores favoritos, de las series de éxito que ambos habían visto no una, sino hasta dos y tres veces; también hablaron de literatura, de los estilos literarios que solían entretenerlos; y en todos los ámbitos encontraron una impresionante similitud de gustos comunes que hicieron enmudecer a Thomas y provocaron intensos rubores en Emma.

Alina presenció encantada toda la conversación; y aunque apenas se permitió intervenir, pues ella desconocía muchos aspectos a tratar, el hecho de encontrar a su hermano mayor tan entretenido —y fascinado— ante un alma, a todas luces, tan parecida a la suya alegró

enormemente su corazón infantil. Emma le gustaba mucho, y todo parecía indicar que a Thomas también.

Una vez que la niña se hubo retirado a su habitación, habida cuenta de que había rebasado ya su hora límite para irse a la cama, Thomas invitó a Emma a una última copa en el porche trasero, bajo la cascada de glicinias.

Cruzaron juntos y en silencio un largo pasillo que los conduciría al exterior, tal vez asimilando cada cual toda la información que habían intercambiado minutos antes y que, sin duda y de algún modo, había sacudido las entrañas de ambos.

En un momento dado, Emma alzó la vista del suelo alfombrado para descubrir la galería de lienzos que adornaba toda la pared a su izquierda y que al parecer había pasado por alto desde que habían abandonado el comedor. No pudo evitar detenerse ante uno en concreto que captó de inmediato su atención.

El óleo, de al menos seis pies de alto, representaba a una pareja de otra época, posiblemente de principios del XIX, a juzgar por su vestimenta.

La dama permanecía sentada muy erguida en un elegante sillón y se ataviaba con un precioso vestido color rosa palo, de estilo y corte imperio, con las mangas abullonadas y saturadas de encajes que colgaban sobre sus hombros en adorable cascada de blonda. Recogía su melena dorada, rizosa y plagada de caracolillos apretados que enmarcaban un bonito rostro, en un moño sobre la nuca mientras, con la cabeza ligeramente ladeada, observaba al apuesto caballero que permanecía de pie a su lado, con una mano reposada sobre su hombro.

Él, uno de los hombres más apuestos que Emma había visto, lucía generosas patillas que se prolongaban a lo largo de la mandíbula y un tupé que llamaba la atención en un rostro atractivo sobre el que sin duda destacaba una mirada obsidiana como la del señor Wright. Vestía como en las películas: frac oscuro, pantalón caqui, botas altas de cuero y elegante *cravat*.

Además de una mirada de lo más intensa y apasionada, ambos intercambiaban sonrisas rebosantes de complicidad. Estaba claro que entre la pareja existía mucho más que un amor profundo y sincero, sin duda compartían algo mucho más fuerte que el propio mundo y más

intenso que la eternidad.

—¡Ah, veo que ha descubierto a mis antepasados! —explicó Thomas, deteniéndose a su lado para mirar juntos el impresionante óleo—. Los vizcondes de Berwick.

Emma jadeó.

—Usted es su descendiente directo.

—Así es —confirmó. Las manos permanecían recogidas a la espalda—. Se encuentra usted ante Thomas Wright I —una sonrisa juguetona estiró sus labios— espero que su magnífico porte no desmerezca el del II.

—¡Oh! —Fue lo único que atinó a decir. ¿Desmerecer? ¡En absoluto! Ni el mismísimo Henry Cavill en su rol de Superman podría desmerecer a un hombre como el que tenía al lado, tan alto, fornido y atlético. Thomas sin duda había heredado la profunda mirada obsidiana de su ancestro; y aunque el perfil de su rostro era diferente en ambos, podía decirse que la virilidad que rezumaban era similar. Marcada mandíbula, rasgos graves, mirada penetrante…—. ¿Y ella? Era una mujer preciosa…

—Cassandra Bonner —explicó él—. Era una joven plebeya, nada que ver con el mundo fastuoso e hidalgo de mi antepasado. —Thomas amplió la sonrisa—. De hecho era la nieta de su propio *valet*, al parecer una muchacha díscola y sin pelos en la lengua a la hora de manifestar sus opiniones. —Volvió el rostro hacia la joven florista, que observaba el retrato con absoluta fascinación—. Él la amaba con locura.

Emma asumió aquellas palabras como si le pertenecieran y tal vez a causa de ello fue consciente del nacimiento de un agujero en el centro del pecho. Un agujero grande y profundo capaz de acaparar el espacio dispuesto para el corazón y los pulmones.

—Desde el primer minuto se sintió fascinado por su sinceridad y su sencillez —continuó Thomas sin apartar la mirada de la joven—. Posiblemente fuese la primera mujer de todo Hampshire capaz de amarlo por quien era de verdad y no por lo que su título representaba.

Emma sintió cómo las mejillas ardían hasta doler y, en un acto involuntario, se llevó una mano al apretado estómago y la otra al agitado escote. Todo su cuerpo se había vestido de golpe de piel de gallina.

¿Qué la había impresionado tanto? ¿El hecho de saber que un auténtico aristócrata del siglo XIX, perteneciente a una época tan estricta e intransigente en cuanto a las normas sociales como lo había sido la Regencia, había sido capaz de desafiar a la sociedad para desposar a una joven plebeya? ¿A una tan plebeya quizá como ella misma?

—De hecho creo que su título le importaba un bledo. —Esta vez la sonrisa de Thomas se prolongó hasta la carcajada—. Dicen que ella incluso lo usaba para burlarse de él, ya sabe, llamándolo «esnob aburrido y estirado».

Emma no pudo evitar sonreír y, temerosa de que su hilaridad resultara descarada, replegó los labios al interior de la boca mientras los cubría con los dedos. ¡Qué divertida casualidad que aquella mujer compartiera con ella, doscientos años antes, los mismos prejuicios en cuanto a los nobles de rancio abolengo y vetustos blasones, considerándolos a todos ellos esnobs flemáticos y arrogantes! ¡Y qué curioso que, después, la joven transgresora acabara casándose con aquel de quien, al parecer, tanto se burlaba en un principio!

Ese último descubrimiento provocó una violenta cabriola en el corazón de Emma.

—¿Sabe que en nuestra familia existe una leyenda acerca del momento en el que ellos se conocieron?

Emma tragó seco y, esbozando una sonrisa trémula, ladeó el rostro en su dirección. Teniendo en cuenta la elevada estatura del vizconde, se vio obligada a alzar la barbilla y la mirada.

—Supongo que en un baile, como solía suceder en estos casos, ¿no? —comentó, consciente aún de la piel de gallina y del ardor en las mejillas.

—Pues no —comentó enigmático. En su rostro prevalecía una sonrisa encantadora. Thomas se humedeció los labios antes de continuar hablando—. En realidad se trata de una anécdota divertida. Cassandra se presentó en Hollybrook completamente empapada tras haberse caído de bruces en medio de un charco. No le importó en absoluto aparecer, en presencia de un vizconde, sucia y con el barro pegado a la ropa, el pelo revuelto y lleno de hojarasca, y las botas echadas a perder. Su orgullo la llevó a superar el inconveniente de tal forma que hasta se tomó la libertad de burlarse de las cortinas del

salón de mi antepasado para desviar su atención.

Emma jadeó de nuevo.

—¿En serio?

—Así es, ya le digo que era un muchacha de armas tomar y sin pelos en la lengua. ¿Y sabe? Estoy convencido de que, de haber sido de otra forma, no hubiera llamado la atención del vizconde.

Emma desvió la mirada de nuevo al lienzo y analizó a la pareja. Concretamente a él. Al tipo perfecto que se enamoró de la díscola muchacha capaz de plantarle cara. Consciente del atento estudio de la muchacha hacia su antepasado, Thomas regresó también la mirada al lienzo.

—Creo que ambos nos parecemos en eso mucho más de lo que cabría de esperar, tratándose de dos almas pertenecientes a siglos distintos —comentó distraído, en realidad como si expusiera sus pensamientos más íntimos a media voz—. Él era un tipo solitario, aburrido y asqueado de su propia clase social; se revolvía continuamente contra la hipocresía y la conveniencia que todavía hoy rodea nuestro estatus. No quería que le endulzaran los oídos o que se acercaran a él en busca de la sombra augusta de un título nobiliario. De hecho vivió toda su vida en Hollybrook, retirado del bullicio de la gran ciudad y de los eventos que otros con ansia procuraban —suspiró lento y profundo—. Él tan solo buscaba a alguien capaz de ver al hombre por encima del vizconde.

Emma lo miró. ¿De verdad al retratar a Thomas Wright I se estaba retratando a sí mismo?

—¿Tan malo es?

Thomas descendió la mirada a la joven que lo acompañaba, hasta que las pupilas de ambos se encontraron.

—¿El qué?

Emma se encogió de hombros.

—Vivir en su mundo —dijo muy seria—. Estoy segura de que ahí fuera debe de haber mucha gente que lo admire a usted por quien es, en lugar de por lo que representa.

Thomas le sostuvo la mirada con tal firmeza que Emma sintió de inmediato un calambrazo a lo largo de la columna vertebral. En un acto reflejo se acarició un brazo, tratando de aligerar la descarga que la sacudió entera.

—Puede que al conde de Haworth no le falten amistades de conveniencia, desde luego —matizó—, pero le aseguro que Thomas Wright es un solitario acérrimo. De hecho estoy más que convencido de que no vale la pena abandonar la soledad de la que me rodeo mientras no encuentre a nadie capaz de hacerme sentir acompañado de verdad.

Aquellas palabras estremecieron una vez más a Emma, quien sintió el feroz golpeteo de su corazón y el frío acerado, sensorial en realidad, que la envolvía entera. Y aquel vestido tampoco ayudaba demasiado, ni a sobreponerse a él ni a ocultarlo.

Tras una exhalación apresurada, Thomas varió el tono grave que acababa de adquirir la conversación para mostrar una vez más su encantadora sonrisa.

—Vamos, creo que ya nos habrán llevado al porche los gin-tonic que pedimos hace un rato.

## Capítulo 9

—¡Vamos, despierta, dormilona!

Emma no supo qué fue lo que la obligó a despabilarse primero: si la voz vibrante y demasiado alta de Kristen o el frenesí con el que la morena la sacudió en la cama, capaz de despertar a un vampiro en pleno día.

Su amiga se había sentado en el borde del colchón y en esos momentos la sacudía sin ninguna compasión después de, por supuesto, haber levantado de golpe la persiana de la habitación para permitir que el sol de media mañana invadiera sin piedad la estancia.

—¡Creo que tienes mucho que contarme! Jamie me dijo que habías estado muy callada durante todo el camino de vuelta —exclamó Kristen, desbordada por la curiosidad—. ¡Venga, cuenta, no te hagas de rogar! —Emma, todavía soñolienta, puso los ojos en blanco—. ¡No te escuché llegar! ¿A qué hora volviste?

Emma farfulló algo ininteligible mientras tiraba de las sábanas, tratando de taparse la cabeza.

—¿Tuvo éxito el vestido? ¡Porque te aseguro que ningún hombre con sangre en las venas podría ignorar a ninguna chica que lo llevara puesto!

—Y pocas chicas podrían sobrevivir a él, desde luego —masculló bajo las sábanas—, imposible respirar o hacer vida normal llevándolo

encima.

Kristen aspiró una enorme bocanada para, con ella en los pulmones, ahogar un grito.

—¿No me digas que te lo has quitado? —exclamó eufórica—. ¡Dios bendito, Emma Swamson, acabas de convertirte en mi ídolo!

Emma asomó una mirada ceñuda por encima de las sábanas.

—¿Pero qué dices, loca?

La morena sonrió ampliamente.

—Estoy segura de que has triunfado, pequeña, con o sin él; anoche eras la diosa dorada —propinó un cariñoso empujón a Emma —. Dime, ¿te besó?

De un manotazo, Emma bajó las sábanas hasta la barbilla para dejar al descubierto su expresión de perplejidad.

—¿Cómo que si me besó? —Jadeó escandalizada—. ¡Yo no me beso con clientes, señorita Watson! No soy como tú.

Kristen puso los ojos en blanco.

—Por una vez que maté a un perro, mataperros me llamaron…

Emma arqueó una ceja.

—¿Una vez?

—Vale, tal vez fuera en tres ocasiones…

—Y en una de ellas, él era casado.

Kristen exhaló, agotada.

—Pero resulta que no estamos hablando de mí —refunfuñó—. Dime, ¿te besó?

Emma, sin dejar de resoplar y protestar por lo bajo, se incorporó de golpe para mantenerse sentada en la cama, con las sábanas arremolinadas en la cintura.

—¡No, no me besó! —protestó indignada—. ¿Por qué iba a besarme? ¡No era una cita!

—Podría haberlo sido. —Kristen alzó una mano para dibujar en el aire un escenario idílico—. Una noche estrellada, un *cottage* precioso en la campiña, una cena, ese vestido, seguro que además la niña se acostó temprano…

Emma, incapaz de seguir escuchando los desvaríos de Kris —o tal vez afectada al asumir que había mucho de verdad en aquellas palabras y que a ella no le hubiera disgustado para nada, después del segundo gin-tonic, que Thomas se hubiera acercado, la sujetara por la

nuca y la besara arrebatadoramente—, barrió las sábanas a un lado para abandonar la cama de un salto.

—No tengo tiempo para escucharte, tengo mucho trabajo en el almacén. —Y se dirigió al armario para buscar cualquier cosa con que vestirse.

Por un momento, la visión del vestido amarillo arremolinado en el suelo junto al espejo de cuerpo entero despertó la legión de hormigas que no sabía que albergaba en el estómago. Con un zarandeo de cabeza trató de alejar cualquier posible pensamiento, o recuerdo, atribuible a aquella tentación de raso.

—Está bien, está bien —claudicó Kristen—, pero espero que la próxima vez no te las des de remilgada y aproveches la ocasión. Hombres como Thomas Wright no aparecen todos los días.

Emma se volvió, rauda. Sus ojos centelleaban bajo un ceño severamente fruncido.

—¿La próxima vez? —bufó irritada—. ¡No habrá próxima vez!

Kristen se levantó de la cama y cruzó la habitación con hilarante dignidad.

—Yo no estaría tan segura —murmuró bajito—. Ningún hombre cuyos ojos se hayan posado sobre mi vestido amarillo es capaz de permanecer impasible tras intuir los encantos que se ocultan debajo. Y tus encantos, cariño, asomaban con descaro al balcón de raso.

Kristen tuvo que salir corriendo de la habitación para esquivar el oso de peluche que se estrelló contra el marco de la puerta y que, claramente, iba dirigido a ella cual misil letal.

***

Había transcurrido ya al menos una semana desde que cenara en Hollybrook Cottage; y aunque Kristen no había dejado ni un solo segundo de lanzarle indirectas y chincharla respecto a su *relación* con Thomas Wright, Emma era absolutamente consciente de que no había nada a lo que aferrarse en ese sentido.

Y en realidad, si era sincera consigo misma, debía reconocer que no le hubiera disgustado poder aferrarse a algo.

Suspiró en profundidad.

En el fondo sabía que un hombre tan perfecto por dentro y por fuera debía de estar prohibido o, cuando menos, resultar intocable para alguien como ella. ¿Desde cuándo, en la vida real, el príncipe encantador se fijaba en la humilde cenicienta, habiendo cientos de princesas dispuestas a alegrarle la vista? Eso solo pasaba en las novelas románticas o en las películas de corte sentimental que solían echar en televisión los fines de semana por las tardes.

Consciente de tales pensamientos, en realidad auténticos potros de tortura mentales, llegó a un punto en el que decidió que lo mejor sería dejarlos a un lado y continuar con su día a día o de lo contrario acabaría por perder la cabeza. Y perder la cabeza o dedicar demasiadas horas de pensamiento a un hombre era algo que nunca se había permitido hasta entonces y que no deseaba permitirse en el futuro.

Nuevo suspiro.

Aunque Thomas Wright, en las pocas semanas desde que se conocieran, ya había destrozado sus principios y sus propósitos de hermetismo y compostura al cien por cien. De hecho pensaba en él más de lo deseado o permitido. Y a veces no de un modo políticamente correcto.

Aquella tarde decidió cerrar la tienda antes de tiempo.

Bajó la luz, colocó en la puerta el cartelito que anunciaba «Cerrado» y se recluyó en el almacén para poder trabajar tranquila, sin las distracciones y las pausas habituales de tener que pausar su labor para atender a la clientela. A última hora no solía haber demasiada concurrencia, tal vez el enamorado remolón que se pasaba a comprar unas rosas para su novia o esposa, y poco más.

Después de un par de horas de completa dedicación por fin había terminado el arco de alambre, ahora tan solo faltaba trenzar las flores y el verde que formaría el relleno a lo largo de la arcada para dar por concluida aquella parte. «Quedará preciosa», pensó con satisfacción mientras observaba la forma oval sobre la mesa y la visualizaba terminada en su cabeza, cuando el repentino cascabeleo de las campanillas de la puerta de la tienda anunció que alguien acababa de entrar al local delantero.

Emma resopló para alejar del rostro el mechón que oscilaba sobre

su nariz y que, a causa del trabajo y la concentración dedicada a este, se había soltado del recogido.

—¡Está cerrado! —exclamó en un tono alto para hacerse oír.

Escuchó durante unos segundos, pero no volvió a oír el cascabeleo de las campanillas, por lo que era obvio que, quien había entrado, continuaba todavía en la tienda.

No tuvo miedo ni desconfió, pues era un barrio tranquilo y jamás habían tenido problemas de robos o vandalismo; lo que le daba a entender en verdad era que se trataba de un cliente de última hora demasiado cabezota como para aceptar darse por vencido y regresar al día siguiente. También a veces solía encontrarse con alguno de ese tipo, y aunque le fastidiara semejante actitud, debía someterse y claudicar.

Se levantó del taburete en el que estaba sentada y cruzó el almacén hacia la tienda. El Paraíso Perdido se debía a su clientela, aunque esta no respetara los tiempos de cierre y apertura.

¡Cuál no sería su sorpresa cuando, al cruzar el umbral, se encontró en medio de la tienda, observando los objetos decorativos y las plantas expuestas, al único hombre en el que no debía pensar y al que, sin embargo, había dedicado cada uno de sus pensamientos durante las últimas semanas!

La primera impresión la llevó a pararse en seco y colapsar por completo hasta sentir únicamente el corazón zumbando fuera de sí en el pecho y saberse colorada como un tomate. ¿Cómo podía un hombre verse tan apuesto con un ligero jersey negro y pantalón de vestir gris?

—¡Señor Wright!

Thomas la miró de arriba abajo y, tras el rápido escrutinio, sonrió. Pero no había burla en su sonrisa, ni arrogancia o altivez, a pesar de que Emma se sabía desaliñada y era consciente de que su aspecto dejaba bastante que desear con aquel delantal de trabajo y los guantes de cuero. Automáticamente escondió las manos a la espalda, aunque el delantal que exhibía como un parapeto lucía enormes manchas de verdín, por lo que tampoco conseguiría redimirla a ojos de Thomas.

—Señorita Swamson —su voz sonaba tan varonil como Emma recordaba—, espero no haberla molestado, no imaginé que se encontraría trabajando todavía a estas horas.

—¡Oh! —Emma, confundida y sobrepasada por la sorpresa,

consultó el reloj de pulsera, pero ni siquiera llegó a ver la hora, dado lo precipitado de su gesto—. ¿Tan tarde es? —Sonrió con nerviosismo —. Me temo que he perdido la noción del tiempo.

Thomas continuó mostrando aquella sonrisa perfecta repleta de impecables dientes blancos.

—Se ve que disfruta con su trabajo —apuntó—, y cuando alguien disfruta lo que está haciendo es natural que se distorsione su concepción del paso del tiempo.

Emma se encontró con la boca abierta como un pasmarote. Al ser consciente de su gesto la cerró con rapidez. Resultaba inevitable tanto estupor puesto que... ¡qué bien hablaba el conde! Estaba segura de poder permanecer durante horas escuchándolo sin aburrirse, sabiéndose absorta simplemente por su tono de voz grave y seductor. O mirándolo eternamente de tan apuesto como se veía en cada diferente ocasión.

—¿Puedo ayudarlo en algo, señor Wright? —preguntó de pronto tras un rápido parpadeo y su consiguiente sacudimiento de cabeza. Lo mejor era asumir cuanto antes su rol profesional y no dejar paso a la mujer boba e impresionable capaz de boquear y hacer chiribitas con los ojos ante un hombre como aquel.

Thomas asumió el cambio de tono con una sonrisa.

—Lo cierto es que sí —señaló, cruzando los brazos frente al pecho — he venido hasta aquí con intención de invitarla a cenar.

Así, de golpe y sin paños calientes.

Y, efectivamente, la mujer boba e impresionable asomó a la superficie para boquear y hacer chiribitas con los ojos. Si además la ridícula no babeó fue porque Dios no lo quiso.

—Pero... ya me invitó a cenar hace una semana... —fue lo único que se le ocurrió decir. ¡Y menos mal que pudo decir algo! Aunque se tratara de algo tan vacuo y estúpido como lo que acababa de soltar por su boquita titubeante.

—Bueno, eso no es del todo correcto: quien la invitó entonces fue mi hermana —la sonrisa del conde se amplió—, pero en estos momentos me gustaría ser yo quien lo hiciera.

Emma balbuceó, ceño fruncido y corazón en revolución.

—¿Por qué?

Thomas continuó con su pose de brazos cruzados, esta vez

afianzando el peso de su cuerpo al separar ligeramente las piernas.

—Supongo que, al igual que yo, usted tiene por costumbre alimentarse de vez en cuando —explicó con gesto divertido—, y a mí en ocasiones no me importa hacerlo acompañado. —Se humedeció los labios mientras profundizaba su mirada—. Depende de la compañía, claro está. La suya se me antoja magnífica.

Emma jadeó ante el tono hilarante de Thomas y ante su propia incapacidad para recomponerse y mostrarse entera ante una propuesta y una mirada como aquellas.

—Le advierto que no aceptaré un no por respuesta —apuntó, adelantándose a lo que ya veía reflejado en las pupilas azules de la joven—, sobre todo cuando mi propia hermana me ha tomado ya ventaja.

Abrumada, Emma se limitó a mirarse y, a modo de justificación, expuso las palmas enfundadas en guantes de jardinería.

—Le confieso que me ha tomado por sorpresa. —Temió sonar tonta, pero lo mejor a esas alturas, con tal de conservar la escasa dignidad que le quedaba, era reflejar la verdad en lugar de farfullar como una cría o darle vueltas a un tema en el que llevaba claramente las de perder. Porque ante Thomas Wright no había elocuencia que sirviera—. Me siento cansada, señor Wright —descolgó los hombros para reflejar, sin pretenderlo, el cansancio que cargaba tras horas de trabajo en una posición incómoda—, yo la verdad es que hoy tan solo aspiraba a poder ducharme, ponerme cómoda y quedarme tranquilamente en casa viendo una película. No tengo espíritu de salir a cenar a ningún sitio y, créame, no se trata de ninguna excusa.

Thomas reflexionó en eso durante un rato. Descruzó los brazos para aligerar su postura y continuó mirándola con atención.

—¡Oh, bien, entiendo! —dijo—. ¿Vive usted muy lejos?

Emma frunció todavía más el ceño que jamás había permanecido relajado.

—Justo aquí encima.

De nuevo se impuso un silencio que Thomas aprovechó para seguir cavilando.

—¿Tiene usted pasta, tomates, algo de carne, queso y especias?

Emma quedó muda un instante. Tan solo la mirada obsidiana de Thomas Wright la mantenía sujeta a tierra firme.

—S-supongo que sí, algo habrá…

Thomas amplió todavía más su sonrisa.

—¡Perfecto! —exclamó—. Entonces, si le parece bien y me invita a su casa, me ofrezco a prepararle la cena mientras usted se ducha. Así puede relajarse después de un largo día de trabajo.

El corazón de Emma colapsó definitivamente.

# Capítulo 10

No resultaba sencillo ducharse mientras se era consciente de que un hombre del calibre de Thomas Wright se encontraba en la cocina, cocinando para una.

En realidad, el simple hecho de saber que él estaba en su casa, moviéndose entre sus cosas y preparándole la cena, conseguía abrumarla de tal modo que a esas alturas no sabía si el azote rojo de sus mejillas obedecía a los nervios o al calor de la ducha. ¿Relajarse había dicho? ¿Quién podía relajarse ante semejante circunstancia?

Por suerte Kristen no volvería a casa esa noche. Era el día libre de Jamie y pasarían la noche juntos, de lo contrario no quería ni imaginar lo que podría suceder si la loca de Kris aparecía y descubría al conde de Haworth en la cocina, preparando pasta boloñesa.

Emma terminó de secarse la humedad del pelo y se puso tan cómoda como le fue posible sin rozar en la indecencia —resultaría vergonzoso vestir ante Thomas su habitual camiseta de dormir llena de agujeros y el culote que solía acompañarla—. Una chaqueta gris de lana fina talla XXL sobre una camiseta blanca de tiras y un pantalón ligero de pijama gris resultaba un conjunto lo suficiente sobrio y discreto para mostrarse ante él, conservando a su vez la comodidad que necesitaba.

Asomó a la cocina sin hacer el más mínimo ruido, asunto que

resultó sencillo debido a que se encontraba descalza, y por un instante se concedió el lujo de apoyar un hombro contra la pared, cruzarse de brazos y observar —y adorar— la escena que tenía ante sus ojos.

Thomas no se había percatado de su presencia y se veía atareado y entretenido entre fogones. Se había puesto el delantal de corazoncitos de Emma y, sobre su torso musculado, se veía tan ridículamente pequeño que Emma no pudo evitar reprimir una sonrisa. Aquella sonrisa, y el ser consciente de qué o quién la motivaba, despertó un ejército de hormigas en el estómago de Emma.

¡Qué escena tan memorable componía Thomas en aquella diminuta cocina en la que se movía con comodidad y seguridad, sabiendo perfectamente lo que hacía en cada momento, como si perteneciera a aquel lugar desde siempre!

Como si no resultara lógico imaginarlo en otro sitio distinto.

Había puesto la pasta a hervir en una olla que debió de haber encontrado en alguna parte —Emma ni siquiera recordaba dónde la habían guardado Kris y ella mil años antes—. En esos momentos preparaba en una cazuela aparte la carne picada con la salsa y resultaba gratificante observarlo remover, añadir orégano y probar la sal con el cucharón grande de madera.

No pudo evitar liberar un suspiro y tal vez fue ese liviano sonido el que la delató.

—Justo a tiempo —anunció Thomas, sonrisa en ristre—, la pasta ya está *al dente*.

Emma descruzó los brazos y caminó hasta él para situarse del otro lado de la pequeña isla tras la que Thomas cocinaba. Se sentó en un taburete alto y probó la salsa con un dedo. Estaba… deliciosa.

—Espero que le guste mi pasta boloñesa, señorita Swamson.

—Desconocía esta faceta suya —reconoció sorprendida, paladeando el dulce sabor del orégano y el tomate—. De hecho jamás imaginé que un hombre como usted supiera cocinar.

Thomas arqueó ambas cejas.

—¿Un hombre como yo?

Emma se puso colorada como tomate maduro.

—Un aristócrata, quiero decir…

—Bueno, yo jamás he enarbolado mi título nobiliario, como acostumbran a hacer muchos otros; de hecho podría pasar fácilmente

desapercibido, de tal forma que usted podría tomarme por cualquier simple ciudadano si se cruzara conmigo antes de haberme conocido.

Emma exhaló en silencio.

«Lo dudo muchísimo. Usted no es para nada un simple ciudadano capaz de pasar desapercibido, precisamente…».

—Por su expresión me da a entender que esperaba que fuera un niño mimado.

Emma se humedeció los labios, avergonzada y confusa.

Pero bueno, lo cierto era que sí, Thomas llevaba razón.

«Y un ermitaño barrigón y colorado rodeado de sabuesos y trofeos de caza, bebiendo brandy a todas horas y fumando asquerosos habanos», tal y como le había dicho a Kris hacía ya… ¿cuánto? Por lo menos mil años.

—Pues ha de saber que cuando estudiaba en Eton debía apañármelas por mí mismo —explicó con una sonrisa—. Mis padres jamás me permitieron gozar de ningún privilegio entre el resto de mis compañeros. —La sonrisa se acrecentó—. Aunque reconozco que hubo muchas noches de *fish and chips* y pizzas recalentadas.

Emma le devolvió una sonrisa rebosante de hilaridad. Le encantaba descubrir al hombre sencillo, ocurrente y normal en lugar del estirado aristócrata que, erróneamente, había imaginado al principio. Thomas, sin su título y su maravilloso *cottage*, era un hombre normal —si se obviaba su físico imponente—, con una actitud deliciosa y un carácter de lo más agradable.

—Me encantaría haber compartido esas noches de *fish and chips* con usted… —El pensamiento huyó sin permiso de sus labios, coloreando de forma inmediata sus mejillas.

Thomas la observó largamente y en profundidad antes de responder.

—Y a mí me habría encantado, señorita Swamson, invitarla a cenar por aquel entonces.

Por primera vez desde que irrumpiera en la cocina, y tal vez buscando un pretexto para desviar la mirada de las negras pupilas que la volvían loca, se observó a sí misma y a su atuendo. ¿A cuántas modelos supersexis les habría preparado la cena aquel Adonis? Seguro que a ninguna que hubiera aparecido en su presencia vestida de un modo tan… vulgar. Estaba convencida de que, como mínimo, las

mujeres que habían compartido algún instante de intimidad con Thomas Wright lo harían en ropa interior de marca o con un salto de cama digno de Victoria's Secret. Sintió de inmediato que necesitaba justificar su apariencia.

—Espero que no le importe que me pusiera… cómoda —dijo, estirando las mangas de la chaqueta hasta ocultar las manos y llevárselas después enlazadas a la barbilla— aunque supongo que tampoco esperaría un vestido como el de la última vez.

Thomas se permitió continuar observándola durante un largo minuto. El pelo ligeramente húmedo, el rostro sonrosado tras la ducha, los labios carnosos en una boca pequeña como capullo carmesí, sus curvas voluptuosas insinuándose bajo la camiseta de algodón…

Sencillamente preciosa.

Y sensual.

—No me atrevería a poner ninguna objeción a que volviera a ponerse aquel vestido, señorita Swamson —confesó. Sus ojos negros brillaron como ascuas en reposo, derramando sensualidad—. Pero lo cierto es que no quiero máscaras ni artificios, de eso ya me siento en verdad agotado.

Emma replegó los labios al interior de la boca e inclinó la cabeza, avergonzada al recordar su llegada a Hollybrook con el vestido de raso.

—Resultó excesivo, ¿verdad?

Thomas sonrió y su gesto provocó una descarga a lo largo de la columna vertebral de Emma.

—Estaba usted preciosa.

En esos momentos, las mejillas de Emma ardían, debían verse tan rojas como la salsa que chisporroteaba en la cazuela.

—¡Oh, pero no debí hacer caso de Kristen! —insistió—. El vestido era suyo y me convenció para ponérmelo.

—Pues me alegra que le hiciera caso. Parecía usted una diosa dorada.

Las pupilas negras del conde parecían abismos insondables cuando Emma alzó su mirada para sentirla de inmediato atrapada en la órbita imantada de aquellos brillantes ónices.

—Una encantadora diosa dorada.

—Pero esa no era yo —admitió—. Ni siquiera podía respirar. La

verdadera Emma viste habitualmente vaqueros y zapatillas.

Thomas adelantó una mano y la alargó sobre la isla para apartar un mechón suelto que revoloteaba sobre un pómulo de Emma y recogérselo suevamente por detrás de la oreja. En el proceso se demoró aposta para rozar con los nudillos la ardiente mejilla.

—Me gusta mucho más esta Emma, la de los vaqueros y zapatillas.

Ella tragó seco mientras permanecía rígida, tiesa como una tabla, demasiado consciente del movimiento de Thomas, del roce apenas insinuado tras remeter su pelo por detrás de la oreja, consciente y abrumada por la consiguiente caricia que el contacto de los dedos contra su mejilla había provocado. Estaba segura de que si tan solo Thomas se detuviera a escuchar medio segundo podría oír el bombeo violento de su corazón.

¡Bum bum! ¡Bum bum! ¡Bum bum!

—Y a estas alturas, después de esta segunda cena, usted vestida de forma informal, y yo con un precioso delantal de corazones...

Emma no pudo esconder la risa que huyó de sus labios.

—Que le sienta estupendamente, si me permite el apunte.

—De acuerdo, un delantal de corazones que me sienta estupendamente —Thomas compuso una hilarante expresión de concentración—, me aseguraré de pedirle a mi ama de llaves que me consiga uno igual. —Emma ya reía con total confianza y comodidad, sin molestarse siquiera en ocultar las carcajadas detrás de los dedos—. A estas alturas, decía, me gustaría proponerle algo.

En ese punto, Emma se tornó seria de golpe, a la espera de que Thomas Wright continuara.

—¿Qué tal si dejamos a un lado los formalismos y empezamos a tutearnos? —Sonrisa fascinante—. Detesto ser el «señor Wright», de veras que lo odio, y me gustaría escuchar de tus labios mi nombre de pila. ¿Qué te parece, Emma?

¿Qué le parecía? ¡Un sueño, desde luego! ¡Un sueño desde el momento en el que él había puesto un pie en su casa y pasado a formar parte de su mundo! ¡Por el amor de Dios, estaba sentada en pijama frente a un conde vestido con un delantal de corazones! ¡Todo un conde que le estaba preparando una cena deliciosa!

—Me parece perfecto, Thomas.

***

Emma alzó con disimulo la copa de vino para situarla ante sus ojos y observar a través del cristal el rostro de Thomas.

Habían cenado —una cena, por cierto, sabrosísima—, y en esos momentos se encontraban sentados juntos en el sofá, Emma perfectamente acurrucada en un extremo con las piernas recogidas sobre el asiento mientras Thomas miraba con atención el álbum de fotos que ella le había dejado.

En la televisión, las escenas en blanco y negro de *La Dolce Vita* de Fellini se sucedían dulcemente, aunque ninguno de los dos prestaba en ese momento demasiada atención al maravilloso clásico.

¿Cómo habían alcanzado de pronto un grado de intimidad semejante? Tal vez como suceden las mejores cosas en la vida: sin buscarlas, sin pretenderlas, sin pensarlas...

Mientras cenaban, la conversación surgió de nuevo fluida y animada, como en la última ocasión en Hollybrook Cottage en la que las palabras se sucedieron como el curso de un arroyo en primavera; otra vez, como entonces, las aficiones comunes tomaron partido y monopolizaron gran parte de la charla.

Después, ya en la sobremesa, sentados juntos en aquel pequeño y modesto sofá de dos plazas, animados seguramente por las copas de vino que alegraron sus corazones y liberaron las cadenas de la timidez, continuaron conversando de temas más personales.

Thomas mencionó el acento de Emma, que en modo alguno le pareció británico nativo, y ella le explicó que efectivamente procedía del otro lado del océano, concretamente del estado de New Jersey. Esto dio para un nuevo y animado tema de conversación, pues ambos encontraron divertido, a la par que curioso, que Emma Swamson tuviera el mismo lugar de origen que el mismísimo Bon Jovi.

Continuó Thomas profundizando en su conocimiento de la joven empresaria y preguntó, por tanto, por su familia; si continuaban viviendo en los Estados Unidos o si habían viajado con ella al Reino Unido.

Llegados a ese punto, Emma se emocionó de golpe y, aunque jamás había hablado con nadie, aparte de con Kris y con la querida tía May, de un tema que prefería guardar en lo más profundo y recóndito

de sus recuerdos, se sorprendió al comprobar que con Thomas resultaba sencillo tocar incluso las materias más delicadas y sensibles. De ese modo, liberada de la bruma espesa que siempre se cernía sobre la evocación fatal de lo sucedido seis años antes, le habló de cómo sus padres habían fallecido en un horrible accidente de tráfico cuando ella tenía diecisiete años y de cómo tras su pérdida había acabado completamente sola en el mundo.

Thomas entonces se tornó serio de pronto, cerró el álbum de fotos y centró toda su atención y cada uno de sus sentidos en lo que Emma le contaba, en realidad como si ambos se hubieran abandonado a un tiempo al caudal imparable de sus recuerdos.

—Vivíamos en una casita de dos plantas a las afueras de Hoboken —explicaba Emma, y su nariz se había enrojecido en base a la emoción que la embargaba durante su *flashback* mnemotécnico—, teníamos un jardín pequeño rodeado por una pared alta de madera. No era gran cosa, y desde luego nada comparado a Hollybrook —sonrió a desgana—, pero a mí me encantaba dejar pasar las horas allí fuera, tumbarme en la hamaca que habíamos colgado entre dos árboles y escuchar los sonidos de la naturaleza.

Thomas sonrió al imaginársela de ese modo.

—Mi abuelo había plantado un magnolio en un extremo sur del jardín. Lo plantó el mismo día en que yo nací. —En ese punto, Emma aspiró una breve bocanada de aire que retuvo tras una sonrisa forzada—. Era un árbol precioso, de hermosísimas flores de color rosa; imagínate lo enorme y bonito que podía verse diecisiete años después, en la plenitud de su existencia. Si cierro los ojos todavía puedo recordar perfectamente el intenso olor a magnolia que reinaba en el jardín.

Thomas perpetuó su sonrisa en tanto la miraba con ternura.

—Un día mi abuelo enfermó; una enfermedad terrible que nos lo arrebató apenas en unos meses. —Emma se tomó un minuto para controlar la respiración, exhalar profundo y continuar—. Pues no satisfecho con ese golpe inesperado, el destino quiso que durante una tormenta de verano un rayo fulminara a nuestro bonito magnolio. Lo quebró en dos, destruyéndolo hasta las raíces, no hubo forma de recuperarlo jamás…

»Yo me sentía destrozada —confesó, sintiendo que resultaba

sumamente sencillo abrir su alma ante Thomas como se abre una ventana a una mañana de sol—. Me dolía la pérdida de mi único abuelo, me desgarraba el alma; pero me dolía también pensar que el árbol que él había plantado en mi honor el mismo día de mi nacimiento desaparecía casi al mismo tiempo de la faz de la Tierra. Era todo tan dolorosamente simbólico…

»Un buen día mis padres decidieron darme una sorpresa —Emma se pausó para exhalar profundo sus emociones. Sus ojos se tornaron brillosos—, mandaron arrancar el viejo magnolio calcinado y en su lugar decidieron plantar otro. Un nuevo renacer para todos, decían. Cogieron el coche y viajaron hasta el pueblo vecino donde había un enorme vivero de árboles ornamentales —un sollozo repentino la quebró en dos—, de esto me enteré después, por supuesto, de haberlo sabido… —Al primer sollozo siguieron varios consecutivos, que Emma trató de apaciguar cubriendo la boca y hasta el rostro con ambas manos—. Volvían a casa con el arbolito cuajado de magnolias en el maletero…

A la vista de que Emma se había roto de forma definitiva, Thomas se apresuró a acercarse a ella para cobijarla entre sus brazos.

No hicieron falta palabras, tan solo un abrazo silencioso y el amparo necesario para que Emma se liberara de todo el dolor que regresaba al evocar el trágico momento. Allí, acurrucada contra el pecho acogedor de él como un pajarillo en su refugio, Emma lloró todo el dolor acumulado durante años, un dolor que creía ya sanado y que acababa de asomar de nuevo a la superficie, como las algas que ascienden de las profundidades y se quedan a flote, resistiendo el paso del tiempo y de las mareas.

Thomas trató de apaciguar las leves convulsiones que sacudían los hombros de la joven en medio del llanto, siseando paz y tranquilidad al alma rota, permitiéndose acariciarle el cabello en un mimo rebosante de terneza mientras, ceñudo y taciturno, él mismo se dejaba envolver por sus propios recuerdos.

***

Emma lo acompañó hasta la puerta.

Parados ambos en el pasillo, se miraron largamente en silencio.

Había sido una noche sin duda cargada de emociones.

Y entre tanta emoción, entre lágrimas vertidas y sentimientos revelados, entre silencios necesarios y abrazos reconfortantes, de forma curiosa Emma no se sintió expuesta o vulnerable; en realidad debía reconocer que, tras compartir con Thomas Wright aquella parcela privada de su vida, se sentía… liberada.

—Muchas gracias por la cena —dijo tras una sonrisa trémula—, por tu tiempo y… por todo…

Thomas alargó la mano derecha y, con un gesto pausado y rebosante de ternura, recogió un mechón dorado, corto y rebelde, tras la oreja de la joven. Sostuvo eternos segundos la mano contra su pelo para deslizar después los dedos a lo largo de la mejilla en una caricia apenas insinuada. Perpetuando la mirada intensa que sostenía a ambos, le regaló una sonrisa.

—Gracias a ti por esta noche, ha sido la mejor que recuerdo desde hace mucho tiempo —dijo; midiendo sus movimientos se inclinó muy despacio para rozar apenas con sus labios los labios de Emma y depositar sobre ellos un beso casto y fugaz.

Emma, quien anticipó el beso ante los movimientos delicados y reveladores de Thomas, lo recibió cerrando los ojos y siendo consciente del zumbido loco del corazón, que había ascendido hasta la garganta, de la sangre pulsando en las sienes y de las tripas en revolución.

El beso le supo a demasiado poco; por ello, en cuanto notó de nuevo el frío del abandono en los labios tras haber sentido la confortable calidez apenas unos segundos, abrió los ojos para mirarlo de forma intensa, ceñuda y casi que interrogante.

—Me gustaría que esta noche no terminara nunca, Emma Swamson, me gustaría atrapar cada minuto, cada segundo compartido contigo, y atesorarlo para siempre en mi memoria —murmuró Thomas mientras sostenía la mirada de Emma y le acunaba la mejilla bajo la palma de su mano grande y cálida—, pero me conformaré con que me garantices una segunda cita y nuevos instantes para atesorar.

Emma jadeó. Temblaba como un junco a merced del viento.

—¿Esto… ha sido… una cita?

Por respuesta, Thomas sonrió de forma enigmática.

—Cena... beso... —Frunció el ceño con hilaridad para perpetuar su sonrisa—. Yo diría que una primera cita estupenda. La primera de muchas, espero. —Divertido ante la mirada confusa de ella, continuó —: Buenas noches, Emma Swamson.

Y tras depositar un último beso sobre su frente, se dio la vuelta para bajar despacio las escaleras.

# Capítulo 11

«¿Qué estás haciendo, Thomas?».

Mientras conducía durante el trayecto de vuelta, tratando de prestar obligada atención a la carretera, la voz de su cabeza, su propia voz trasformada de golpe en un Pepito Grillo incansable, repetía aquella pregunta una y otra vez, como un repiqueteo incesante que, si bien no importunaba, lo cierto era que resultaba imposible de obviar.

¿Y qué estaba haciendo en realidad?

Se sentía atraído de forma inevitable por su físico.

Al fin y al cabo, y por más próximo que se encontrara a las emociones en lugar de a las pasiones arrebatadas y sin sentido, no podía autodefinirse como un santo precisamente; era un hombre de treinta y dos años en plenitud de vigor y energía, tenía necesidades, ojos en la cara y buen gusto para apreciar la belleza.

Y Emma Swamson, aunque trataba constantemente de ocultar la suya bajo la sencillez de sus ropas, era una joven voluptuosa en la que se destacaban sus bonitas curvas y un rostro que destilaba sensualidad.

La deseaba. ¿Para qué negarlo? Se moría por besarla, por tocarla, por sentirla. Toda ella derramaba sensualidad por cada poro de su piel y él no era capaz de obviar semejante reclamo. La miel resultaba tan dulce que resultaba imposible no lanzarse a probarla una vez

percibida.

Pero más allá de esa atracción física fulminante, esa que resultaba absurdo obviar, debía reconocer que se sentía cómodo y relajado en su compañía. Siempre se había considerado un hombre sensible, emotivo incluso, uno que se dejaba guiar especialmente por la intuición… y con Emma Swamson había sentido un pálpito.

A su lado resultaba sencillo ser simplemente Thomas, y no el conde de Haworth.

Ella no pretendía adularlo constantemente, de hecho parecía muy poco interesada en tratar de deslumbrarlo a cada paso, en tratar de ganarse su atención a base de sonrisas lisonjeras y miradas cargadas de promesas. Emma era una muchacha natural, tímida, sencilla y trabajadora, fresca como la brisa vespertina de la primavera y reconfortante como un rayo de sol en la mañana. Una muchacha que no pretendía acercarse a él con el propósito de ganarse un hueco en la sociedad. Si se acercaba lo hacía simplemente porque quería hacerlo, porque le agradaba Thomas Wright, a secas.

La última que lo había intentado —hacerse un hueco en la sociedad y hasta en su cama—, Caroline Hawke, y que de vez en cuando todavía se pasaba por Hollybrook para ver si cambiaba su suerte, había resultado demasiado obvia.

Siempre sonriendo, siempre dejando entrever una felicidad y un positivismo que, de tan constantes, resultaban sospechosos.

Y hasta empalagosos.

Y más falsos que un penique de madera.

Era una joven bonita, sí, y de buena cuna. De hecho su padre era un lord de abolengo y ramificado árbol genealógico.

No obstante, su corazón no transmitía la misma belleza que ella tanto pretendía resaltar a través de un exterior exageradamente adornado.

Había algo en su aura que llamaba a la desconfianza. Una especie de bruma grisácea que podía percibirse a simple vista y que hasta Alina había llegado a vislumbrar.

Thomas no dudó de la presencia de dicha bruma la primera vez que ella mencionó, así como al descuido y como si pretendiera con ello hacerle un favor en realidad, que lo que mejor podría hacer en calidad de hermano mayor era enviar a Alina a un internado en lugar

de costearle tutoras privadas para que la instruyeran en casa. Tuvo de inmediato la sensación de que lo que Caroline pretendía era deshacerse de la pequeña, y era ese un trance por el que Thomas no estaba dispuesto a pasar.

Alina era lo único que le quedaba.

Sin embargo, Alina había mostrado un inmediato afecto por Emma, una extraña camaradería desde el minuto primero en el que se conocieron. Cierto que esta era una muchacha joven, y al destilar naturalidad por cada poro de su piel —y no la estudiada pose que siempre reflejaba Caroline—, resultaba sencillo que una niña se sintiera identificada con ella y hasta cómoda en su compañía.

Lo mismo le sucedía a él.

Con la salvedad de que él había probado, además, sus labios y era consciente de que, aunque el roce apenas había sido insinuado, necesitaba volver a saborear ese néctar en profundidad.

Lo mismo sucedía con los dioses después de probar la ambrosía, ¿no?

Ningún otro néctar volvía después a resultarles apetecible.

***

—¿No me digas que para una noche que no vengo a dormir a casa ese bombón ha estado aquí?

Kristen parecía tan disgustada como emocionada, y en realidad Emma no sabía a esas alturas si reír o llorar. A la vista de la reacción de su amiga estaba claro que podía desencadenarse una hecatombe en cualquier momento, por lo que debía controlar sus repuestas.

—Y además me preparó la cena… —añadió, rozando seguramente una vehemencia peligrosa mientras fingía concentrarse única y exclusivamente en su labor de limpieza matutina.

Kristen abrió mucho la boca para formar una O mayúscula y alzó las manos al cielo en un ruego silencioso.

—¡Oh, Dios bendito! —exclamó, fuera de sí.

Emma replegó los labios al interior de la boca. En esos momentos ciertamente le apetecía más inclinarse hacia el lado de la hilaridad.

—Y se puso mi delantal de corazones... —apostilló, osada.

La morena abrió esta vez los ojos como platos para fulminarla con la mirada.

—Dime, por favor, que no llevaba nada debajo.

Emma, por respuesta, le arrojó el paño de cocina que llevaba en la mano.

—Dime entonces, al menos, que esta vez sí te besó.

El silencio de Emma sumado a sus inmediatamente coloreadas mejillas resultaron lo suficientemente reveladores.

—¡Oh, Dios bendito! —repitió Kris, cubriéndose esta vez la inmensa abertura de su boca con las manos—. ¿Eres consciente de lo que pasa? ¡Te estás ligando a un conde inglés!

Sabedora del peso de aquellas palabras, Emma se puso seria de golpe y de inmediato empezó a negar con la cabeza.

—¡No, no, nada de eso...! —farfulló nerviosa, tan empeñada en justificarse y demostrar indiferencia que provocaba justo el efecto contrario—. Fue tan solo un beso de amigos...

Kristen arqueó una ceja en una mueca escéptica.

—De amigos —repitió perpleja.

—Sí, de solidaridad —aclaró Emma—, acababa de contarle lo de mis padres.

Kristen replegó los labios al interior de la boca y esta vez fue ella quien empezó a negar con la cabeza muy despacio mientras luchaba por contener la risa.

—De eso nada, monada —dijo—. ¿Un beso de amigos? ¿Y cómo son ese tipo de besos? ¿En la frente? ¿En la mejilla? ¿Te besó en la mejilla, cariño?

Emma negó despacio. Apenas había sido un roce en los labios... aunque luego sí que besó su frente...

—¡Ja! —exclamó Kristen con demasiada escandalera—. ¡Ni tú misma te lo crees! A ese bombón le gustas, te lo digo yo, que entiendo bastante más que tú de hombres y de relaciones.

Emma cruzó los brazos sobre el pecho y esperó a que Kristen continuara. Porque estaba claro que iba a continuar.

—Te apuesto una cena a que antes de una semana tenéis otra cita, y esta vez estoy convencida de que habrá mucho más que un besito de amigos, como tú dices.

Emma negó con la cabeza muy despacio, aunque en su interior un ejército de hormigas inició su propia revolución espoleado por las palabras de Kristen.

# Capítulo 12

—Deberíamos invitar a merendar a Emma.

Thomas alzó con rapidez la mirada de su taza de café para mirar a Alina en profundidad. Aquella niña le leía el pensamiento… y no resultaba apropiado que lo hiciera, pues Emma Swamson había ocupado dicho pensamiento con demasiada intensidad durante las últimas horas. Y además no de un modo conveniente para el entendimiento de una niña a punto de cumplir los diez.

—Por lo que sé se encuentra demasiado atareada organizando la fiesta de cierta cumpleañera —añadió con una sonrisa.

Antes de continuar con su alegato, Alina se limitó a mordisquear en silencio la galleta de mantequilla que acababa de atrapar de la fuente del desayuno mientras miraba a su hermano de forma sesgada.

—¡Oh, pero estoy segura de que aceptaría encantada la invitación! —Nueva pausa para saborear la pasta, mirada perspicaz dirigida a su hermano y sonrisa traviesa pintada en el rostro. Un conjunto harto delator para una niña más inteligente de lo que cabría de esperar—. Yo creo que le gusta Hollybrook.

—A todo el mundo le gusta Hollybrook.

—Pero no de la misma forma —apostilló la pequeña—. A ella le gusta del mismo modo que nos gusta a nosotros.

Thomas dejó la taza sobre la mesa, se repantigó en la silla, cruzó

una pierna sobre la otra a la altura de la rodilla, enlazó las manos sobre el estómago y miró a su hermana con largueza.

—Y estoy segura de que también le gustamos nosotros —remató con una sonrisa.

—¿Ah sí? ¿Y se puede saber cómo ha llegado a esa conclusión, señorita Wright?

Divertida ante la repentina expresión de desconcierto de su hermano, Alina se reacomodó en la silla, hombros erguidos y espalda recta, tal como se acomodaría una señorita de encumbrada posición y rancio abolengo, al fin y al cabo lo que era ella en realidad.

—Porque cuando habla conmigo no me trata como a una insignificante niña. —Ante semejante alegato, Thomas no pudo hacer otra cosa que enarcar una ceja y componer una expresión de asombro —. Y cuando te mira a ti, sus ojos brillan y se pone colorada.

Esta vez y de forma sistemática, Thomas boqueó.

Y el hombre maduro, sensato, asentado y juicioso fue consciente de pronto del inesperado azote en el corazón, de cómo este cabriolaba de repente y ante las palabras de una niña como tan solo podría hacerlo el corazón de un adolescente.

—¿Eso crees? —se limitó a decir.

Aunque en realidad lo que su cabeza, y ese corazón tonto que de pronto saltaba bajo el esternón como un muelle defectuoso, pretendía preguntar era: «¿Has notado tú eso de verdad? ¿Sus ojos brillan y se pone colorada por mí?».

—Lo creo —dijo la niña—. Y por eso insisto en que deberías invitarla a merendar. —Y acto seguido, recuperando la inocencia correspondiente a su edad, agregó—: ¿Sabes que las golondrinas han anidado otra vez bajo el alero del cobertizo? Me gustaría enseñárselo, sé que le gustaría verlo.

***

Caía la noche cuando Emma echó por fin el cierre a la tienda.

Había sido una jornada larga y por vez primera tediosa, y no solo debido al trabajo, sino más bien a la falta de concentración que le

impedía dedicarse con ahínco a sus obligaciones. Había algo —*alguien*, en realidad— asentado con firmeza en sus pensamientos, y al parecer muy dispuesto a no apartarse de ellos ni media pulgada. Y cuanto más empeño ponía Emma en quitarlo de su cabeza, más fuerte y más firme parecía arraigarse Thomas Wright en cada parcela de su mente y de su corazón.

Nada más poner un pie en la calle, y mientras aseguraba la cerradura, levantó la mirada y un cielo cuajado de estrellas pareció sonreírle desde las alturas. El descubrimiento le provocó una inmediata sonrisa. Al menos un fugaz instante de evasión en medio del caos que habitaba su mente.

Pero no había demasiado tiempo para distracciones, debía pasar por el supermercado, antes de que también ellos cerraran, para coger cuatro cosillas que faltaban en la despensa y organizar la cena, una cena que volvería a hacer en soledad, pues Kristen había sido invitada a una fiesta que posiblemente se alargara toda la noche; resignada ante la simpleza de su existencia, suspiró y se dio la vuelta para continuar, cuando se percató de la presencia de un coche de alta gama aparcado frente a la tienda.

Descubrir al conductor, apoyado en el capó con una pierna doblada sobre la otra y los brazos cruzados en el pecho, heló la sangre en sus venas y volvió loco su corazón, que empezó a sacudirse como un colibrí atrapado en una jaula demasiado pequeña.

Thomas Wright parecía más que nunca un actor de Hollywood.

Tan alto, tan atlético, tan elegante con una ligera cazadora corta azul, vaqueros oscuros y camiseta blanca…, y tan extremadamente apuesto con el cabello ondulado y engominado hacia atrás, y una leve sombra de barba oscureciendo su rostro.

A Emma se le secó la boca y se le cortó el aliento. Y, por supuesto, se anuló por completo su capacidad de reacción, obligándola a permanecer allí quieta, en medio de la acera, parada como una estatua de sal.

—Buenas noches —saludó él con su maravillosa sonrisa. Con su resplandeciente sonrisa capaz de derretir hasta los casquetes polares del norte.

Emma, quien no era precisamente ningún casquete en esos momentos, le respondió con otra sonrisa, pero la suya sin duda menos

maravillosa y más trémula.

—Supongo que todavía no has cenado —dijo Thomas, y no se trataba de una pregunta.

Emma se limitó a balbucear sin emitir sonido alguno.

—Han abierto un bistró aquí cerca, si no tienes inconveniente y no te encuentras demasiado cansada, me gustaría invitarte a cenar. —Thomas descruzó brazos y piernas y se levantó del capó, mostrando toda su elevada estatura y la apostura que lo caracterizaba—. Dime, ¿me concedes esa segunda cita prometida?

Los balbuceos de Emma cesaron cuando ella cerró la boca de golpe. Ladeó el rosto y lo miró, tan confusa como fascinada. Tan enmudecida como al borde del colapso. Sus mejillas, por supuesto, debían verse tan encarnadas como tomates maduros.

¿Una segunda cita?

—Será un honor, Thomas —consiguió farfullar, escoltando sus palabras con una sonrisa nerviosa que apenas consiguió disimular el temblor de su voz.

# Capítulo 13

El bistró que al parecer Thomas conocía *allí cerca* se encontraba en realidad a hora y media de distancia, aunque teniendo a disposición un BMW de alta gama como aquel, ni el tiempo ni los trayectos podían tener importancia alguna.

Emma permanecía tiesa en el asiento del acompañante, con la mirada al frente y las manos acurrucadas en el regazo, siempre enlazadas y apretadas, tan apretadas como sentía las entrañas en el interior de su cuerpo. Thomas manejaba a la perfección aquella máquina de gran cilindrada y estaba claro que le encantaba la velocidad, y que la dominaba sin problema alguno, pues Emma pudo perfectamente comprobar por el rabillo del ojo, a cada tanto, que en algunos tramos había incluso superado el límite permitido.

—Supongo que esta costumbre de trabajar hasta tan tarde se debe al amor innato que sientes por tu profesión y no a un empeño desconocido de saltarte comidas y arrebatarle horas al descanso —apuntó Thomas en un momento dado, sin apartar la mirada de la carretera.

Emma exhaló con una sonrisa y volvió el rostro en su dirección.

—Es probable que se deba al amor a mi profesión —concedió sin dejar de mirarlo—, y tal vez también a un sentido innato de la responsabilidad.

—Pero la empresa pertenece a una sociedad, ¿qué sucede con la otra parte, la señorita Watson, creo recordar?

Emma mantuvo la sonrisa, aunque los rubores de sus mejillas se incrementaron. Relajó la pose erguida que había mantenido desde que se subiera al coche para volverse ligeramente hacia él, casi acurrucada esta vez en el asiento. Le gustó mirarlo; tan seguro, tan atento a la conducción, tan formidablemente apuesto…

—Bueno —comenzó diciendo—, Kristen actúa, en realidad, como la relaciones públicas de El Paraíso Perdido, a ella se le da mucho mejor interactuar con las personas y todo eso… —Se silenció porque en esa ocasión a ella le estaba dando también pena tener que justificar, precisamente ante Thomas, su tremenda incapacidad para socializar—. De las dos yo soy la que sin duda prefiere las plantas —jadeó con una sonrisa—, sí, sin duda me quedo con las plantas. Ellas son más agradecidas que la mayoría de las personas.

Thomas permaneció en silencio durante lo que a ella le pareció una eternidad. En realidad lo que la joven no podía saber en modo alguno era el innegable instinto de protección que despertaba en él y el deseo infinito, imparable y devastador que enervaba todos y cada uno de los sentidos de aquel hombre perfecto.

—Entiendo lo que dices —dijo al fin, la mirada fija en la carretera, las manos ancladas con firmeza al volante—, me has contado la historia de tu familia y es absolutamente comprensible ese apego innato.

Emma contuvo la respiración durante unos segundos, inevitablemente conmovida ante la mención a su pasado cargado de recuerdos emotivos.

—Además es muy cierto que la mayoría de las personas resultan desagradecidas e interesadas, en ese sentido concuerdo por completo —Thomas hablaba muy serio, sin desviar su concentración de la carretera—, también puede suceder que los dos nos hayamos topado hasta el momento con personas por completo inadecuadas.

Emma frunció el ceño. ¿Se estaba refiriendo Thomas Wright a su propia experiencia personal de un modo disimulado? Al fin y al cabo nada sabía de él, de su historia y de su pasado.

—Cuando llegué a Inglaterra, la tía May, mi tutora legal, ayudó sin duda a que esa pasión no permaneciera aletargada. Deberías ver su

casa —una sonrisa entrañable estiró los labios de la joven e iluminó su rostro—, imita a un bosque atrapado entre cuatro paredes.

—Me gustaría conocerla.

Emma sonrió en amplitud, complacida ante la imagen que su cabeza recreaba de Thomas Wright en la casa en la que ella había hecho el tránsito a la adultez.

—Pues estará encantada de enseñártela, te lo aseguro; le pediré que te invite a tomar el té.

—Solo si tú me acompañas.

—Por supuesto.

Thomas permanecía con la mirada inamovible en el asfalto y un ligero ceño sombreando su semblante.

—¿Sabes qué? No me creo que no se te den bien las personas —dijo de pronto—, mi hermana simplemente te adora y apenas te ha tratado en un par de ocasiones.

Emma se sorprendió por el repentino giro de la conversación.

—Alina es una niña encantadora.

—Que al igual que yo sabe reconocer a las personas que merecen la pena de entre todas las demás. —Thomas desvió la mirada para fijar por vez primera sus pupilas de brea en Emma, quien recibió su atención con un sacudimiento extremo, de la coronilla a los talones, recorriendo toda la columna vertebral como una sierpe eléctrica—. Tú eres una de esas personas, Emma, y sin duda agradezco al destino que te pusiera en el camino de los Wright.

Ninguno de los dos dijo más.

Tras algunos segundos de atenta observación, Thomas devolvió la mirada a la carretera y permitió que el silencio imperara en el interior del vehículo. Necesitaba ese silencio, necesitaba esa calma para tratar de aliviar la tensión sensitiva que le producía saber a Emma Swamson tan cerca de él.

***

La cena transcurrió una vez más de forma amena, pero en esa ocasión distó bastante de la sencillez otorgada a una pasta boloñesa casera.

Thomas pidió por los dos y se decidió por entrantes a base de marisco y un plato principal de pescado con patatas hervidas y confitura. Acompañaron la cena con una botella de vino que Emma consideró sin duda el mejor que había degustado jamás.

Después de dos deliciosos *coulants* de chocolate y helado, abandonaron el restaurante para dar un paseo por los alrededores, aprovechando la estupenda climatología y un cielo cuajado de estrellas sobre sus cabezas.

Durante un buen rato caminaron en silencio, acompañados por el cántico vibrante de los grillos y la tranquilidad que les brindaba pasear por un entorno situado muy próximo a la campiña.

—Espero que hayas disfrutado la cena —comentó Thomas en un momento dado. No le incomodaba el apacible silencio instaurado entre los dos, pero sin duda prefería sentir la voz de Emma por sobre todo lo demás.

Ella suspiró y escoltó su exhalación con una sonrisa.

—¿Cómo no hacerlo? Sin duda Thomas Wright sabe cómo deslumbrar a una chica.

Él la miró divertido, ceja arqueada y sonrisa ladeada. Tras un jadeo ahogado por la risa, espetó:

—¿Acaso te he deslumbrado, Emma Swamson?

La joven le devolvió una sonrisa traviesa, aunque los rubores de sus mejillas no transmitían la seguridad que ella hubiera deseado reflejar.

—Bueno, debo confesar que no tanto tú como el salmón con patatas, a decir verdad. —Thomas compuso una expresión de fingida decepción que provocó una breve carcajada en ella—. En serio, todo estaba delicioso, muchas gracias.

—Gracias a ti por concederme esta segunda cita.

Ella mantuvo la sonrisa.

—No hay de qué —exhaló—. Además, en la primera se quedaron muchas cosas en el tintero.

Thomas detuvo el paseo, obligando con su gesto a que ella hiciera lo propio. De forma inevitable, al verlo parado muy cerca, su mirada fija en ella, Emma rememoró el momento del beso y un sacudimiento salvaje zarandeó sus sentidos.

—¿Como por ejemplo?

Emma se humedeció los labios muy lentamente, paralizada por aquella mirada obsidiana que la mantenía sujeta. De pronto las azules pupilas descendieron hasta los labios de él, hasta aquellos labios carnosos que la besaron en su día y que desde entonces no pudo alejar de su mente, recreando una y otra vez otro tipo de beso más profundo y apasionado. De forma rauda trató de apartar de su cabeza aquellas ensoñaciones para regresar, no sin cierta precipitación, al mundo real.

—No me has contado nada acerca de ti o de tu pasado —soltó de corrido, obligándose a desviar la mirada de aquellos labios sensuales a las pupilas de brea—, ni de tu familia.

—¿Qué deseas saber?

Ella replegó los labios al interior de la boca y sopesó la cuestión. Quería saberlo todo acerca de él, pero no podía lanzarse a un interrogatorio demasiado obvio que la mostrara como una loca obsesiva.

—Mmmm, no sé —dudó—, ¿cómo es ser miembro de la aristocracia, por ejemplo?

Thomas se cuadró; y tras largos segundos de observación silenciosa, exhaló despacio.

—Una condición sobrevalorada —respondió tajante—, de hecho pocas veces hice uso de un título que me parece obsoleto e innecesario. ¿Para qué sirve, en realidad? —dijo, retomando el paseo. Emma lo reanudó también al momento para caminar a su lado—. Hace siglos puede que te concediera un cierto prestigio entre quienes te rodeaban, pero hoy en día la mayoría de estos títulos heredados han ido a parar a manos de descendientes que son incapaces de mantenerlos con la honorabilidad de antaño. ¡Si supieras la de jóvenes vizcondes y condes cabezas locas que uno puede encontrarse por ahí, presumiendo de casas solariegas que no pueden mantener y que emplean para ocultar carretadas de deudas!

Emma agrandó mucho los ojos, encajando la información.

—Aunque sin duda en muchas ocasiones, el poseer este título y ciertas propiedades me ha servido para realizar una criba y poder conocer mejor a la gente que me rodea. La mayoría se acerca atraída por la sombra alargada que desprende el conde de Haworth. A muy pocos les interesa lo que siento, lo que pienso o necesito en cada momento, solo les preocupa lo que necesitan ellos de mí o pueden

obtener al acercarse al conde de Haworth.

—Supongo que, como en todo, habrá excepciones —añadió con cautela—. No me puedo creer que Thomas Wright no tenga algún amigo de verdad… —volvió el rostro con timidez para observarlo de forma sesgada—, o una novia… —Y no pudo evitar ponerse colorada hasta el nacimiento del cabello, temerosa de haber resultado demasiado obvia.

Thomas esbozó una sonrisa leve.

—No hay novias, hace mucho que no hay novias —sentenció divertido—, y muy pocos amigos a los que pueda considerar como tal.

Emma trató de mostrarse indiferente ante aquella confesión, aunque la certeza de saber que no había ninguna novia a la vista sin duda le alegró el alma. Demasiado, a decir verdad.

—¿Y tu familia? ¿Dónde viven tus padres? ¿Están aquí en Hampshire?

Emma fue consciente del instante que se tomó Thomas antes de responder. Apenas unos segundos en realidad, pero que supusieron toda una eternidad silenciosa que cuajó entre los dos como velo de escarcha en pleno invierno. Cuando al fin él habló, sus palabras sonaron en un registro bajo y especialmente grave.

—Mis padres fallecieron hace dos años en un accidente de tráfico. De hecho yo heredé el título a la muerte de mi padre.

De forma sistemática, Emma se paró en seco para llevarse ambas manos a la boca, abierta en el ahogo de un jadeo contenido. Un accidente de tráfico… otro maldito accidente de tráfico que arrebataba vidas…

—¡Oh, lo siento! —farfulló entre los dedos, ligeramente llorosa—. No tenía ni la menor idea, lo siento muchísimo…

Y ciertamente lo sentía, lo sentía en el alma; cualquier ser humano con un mínimo de empatía hubiera experimentado la congoja y la compasión que ella misma estaba sintiendo en aquellos momentos. Y aunque Thomas era el que se encontraba en aquel instante delante de ella, sin duda evocando recuerdos que no deseaba traer al presente, era Alina quien le inspiraba toda la ternura y la piedad del mundo.

Cuando ella se vio obligada a afrontar la brutal pérdida de sus padres era adolescente, su mentalidad por tanto había de ser sin duda más madura y resignada a la realidad; no quería ni pensar lo que la

pobre niña debió haber pasado —y seguiría pasando— a la tierna edad de ocho años.

—Ambos tenemos en común la misma fatalidad, aunque quiero pensar que compartimos muchas otras coincidencias que nos acerquen de un modo distinto.

Emma cabeceó despacio.

—Alina y yo nos tenemos el uno al otro y siempre será así —continuó Thomas—. Existen otros descendientes de la familia Wright, y de hecho en la actualidad mantenemos contacto eventual con uno de esos descendientes directos, Robert Thynne, undécimo duque de Grafton.

Emma dio un respingo. En aquella familia desde luego no existían las medias tintas; aunque por supuesto resultaría descabellado tratar de encontrar un Wright fontanero… o un electricista.

—¡Vaya! Un duque…

Thomas sonrió a desgana.

—El duque de Grafton descubrió recientemente el parentesco que nos unía debido al linaje común de los Wright; el que yo comparta nombre y apellido con mi antepasado, el vizconde de Berwick, y que continúe a día de hoy viviendo en Hollybrook sin duda resultó una pista fiable para los investigadores que Robert contrató con el propósito de estudiar ciertos documentos de sus antepasados en busca de familiares. Hoy en día somos los únicos que mantenemos contacto, aunque tanto él como su esposa pretenden reunir en Thynne House, su residencia privada, al resto de los descendientes de los Wright que sigan con vida.

—Eso es maravilloso, Thomas…

—Pero los Thynne viven demasiado lejos, en Harewood, completamente al norte; aquí, en Hollybrook, nos encontramos Alina y yo solos. —Ante la expresión compungida que descubrió en Emma, añadió—: No pretendo que te preocupes, Emma, y mucho menos que te compadezcas; Alina es una niña fuerte y muy madura para su edad.

Emma lo miraba con los ojos brillosos de la emoción; la propia y la que una inevitable empatía despertaba en lo más profundo de su ser.

—Lo sé, y tiene un hermano que la adora.

Thomas exhaló lento y profundo.

—Y que cuidará de ella siempre.

En un acto reflejo y en realidad por completo vehemente —de haberlo razonado muy posiblemente no lo hubiera llevado a cabo, presa de la palpitante timidez que siempre la rodeaba—, Emma alzó una mano para acunar bajo su tacto la mejilla de Thomas, acariciando la piel rasposa por la barba de varios días que sombreaba su mandíbula.

—¿Y quién cuidará de Thomas? —murmuró, prendida de su mirada, sintiéndose emocionada por completo.

Durante un eterno segundo sus miradas se mantuvieron enlazadas, ancladas la una en la órbita imantada de la otra. Los ojos de Emma permanecían velados por un llanto emotivo e inminente; los de él, bajo un ceño sombreado por la contención de mil emociones diferentes.

Ambos corazones latían al unísono, a la par de las respiraciones agitadas que se entrelazaron en el momento en el que Thomas se inclinó despacio hacia ella para sujetar su cuello con ambas manos, atraerla hacia sí y asentar sus labios sobre la boca entreabierta y receptiva de Emma.

Y esta vez el casto roce de labios de la primera cita se sostuvo apenas una fracción de segundo para dar paso de inmediato a un beso apasionado en el que ambos parecían pretender devorarse de una vez, aspirar el alma del otro y compartir un dolor idéntico que ambos habían conocido para tratar así de aliviar esa aflicción común, ese martirio que durante años había sido eterno compañero de viaje.

Thomas, conmovido por la pasión que descubrió en ella, la rodeó con sus brazos con fuerza para apretarla contra su cuerpo, corazón contra corazón, un brazo alrededor de los omóplatos, el otro rodeando por completo la fina cintura, sin permitir siquiera un mínimo espacio entre ambos, como si el deseo común fuera el de fundirse a la vez en el otro.

Emma rodeó con los brazos los amplios hombros de él y enlazó las manos en su nuca mientras deslizaba los dedos entre los gruesos mechones oscuros, dejándose moldear en el abrazo que la mantenía anclada al cuerpo fornido de Thomas, el bastión imperturbable que la sujetaba a la realidad.

Cuando al cabo de interminables minutos ambos fueron

conscientes de la fuerza imparable del volcán que acababa de desatarse en su interior y de que la marea de lava ardiente se encontraba a punto de desbordarse y comprometerlos a los dos, permitieron a un tiempo que el mínimo atisbo de cordura todavía vigente en su ser se impusiera a la pasión. A la desenfrenada pasión que los devoraba.

A disgusto, se separaron muy despacio, como si hacerlo tras aquel ardiente instante de intimidad doliera; mantuvieron las frentes apoyadas la una en la otra y las manos acariciantes, anhelantes de mantener el contacto, ancladas al cuerpo del otro mientras dejaron correr los segundos en esa posición.

—Debería llevarte a casa —dijo Thomas por fin.

Emma, por respuesta, asintió con la cabeza.

Pero no era eso lo que su cuerpo reclamaba en silencio, atacado de un temblor desquiciante.

Su cuerpo lo quería a él.

## Capítulo 14

Hicieron el camino de vuelta en completo silencio.

De vez en cuando se miraban, siempre de forma fugaz y furtiva; y cuando sus miradas se encontraban durante breves segundos se limitaban a sonreírse y a desviarlas con premura hacia un lugar, cualquier lugar, menos comprometido.

La hora y media de trayecto se hizo por demás demasiado larga.

Emma trató en todo momento de controlar las emociones que confluían en su interior, auténticos tornados en revolución y descontrol. Sentía tantas cosas a un tiempo y todo ello resultaba tan difícil de asumir y contener que se encontraba terriblemente frustrada. Deseaba a Thomas, lo deseaba con toda su alma y con cada poro de su piel, y a juzgar por la respuesta de él, por la pasión que transmitió su cuerpo acerado, todo parecía indicar que tampoco ella le era indiferente.

Desde el asiento del conductor, obligándose a mantener la concentración en el asfalto, Thomas luchaba a su vez contra lo que bullía en sus entrañas, auténticas olas embravecidas estrellándose impías contra las rocas. Había besado a Emma y había sido muy duro obligarse a detenerse cuando su cuerpo y cada uno de sus sentidos exigían más de ella. La deseaba como nunca antes había deseado a ninguna mujer. Aquella joven rubia de aspecto sencillo, mirada azul y

voluptuosas curvas derretía su alma y hacía zozobrar sus sentidos, llevándolo a sentirse como un niño indefenso.

Thomas aparcó justo enfrente de El Paraíso Perdido. Como no podía ser de otro modo, descendió primero del coche para abrirle la puerta y, acto seguido, la escoltó hasta la entrada. No habían intercambiado ni una sola palabra durante el trayecto de vuelta, por lo que el momento de la despedida tomó un cariz ligeramente tenso y comprometido.

¿Qué debían decir? ¿Qué se esperaba que dijeran?

Emma introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta con suavidad, permitiendo apenas una breve rendija que dio paso a la penumbra interior; Thomas fue entonces el primero en romper el hielo.

—Debería disculparme por lo que sucedió esta noche. —Su voz mantenía la gravedad de siempre, aunque en esta ocasión sonaba estrangulada, producto de un evidente padecimiento interno.

Emma le miró con fijeza; sus pupilas reflejaban angustia, reflejaban miedo, reflejaban inquietud. ¿Acaso se arrepentía del beso que habían compartido? ¿Acaso todo había sido un sueño, o un error que Thomas, ahora en frío y con la mente despejada, lamentaba? ¿Se avergonzaba de su impetuosidad, de la impetuosidad de ambos? Por fuerza debía de ser así, un hombre tan perfecto como él jamás...

Thomas interrumpió sus pensamientos.

—Debería, pero no puedo hacerlo...

De nuevo se inclinó sobre ella para, con apasionada brusquedad, devorar sus labios en un beso feroz que Emma supo acoger y responder en el acto. Esta vez el abrazo de Thomas se volvió más intenso, más posesivo, pura flama ardiente. Las manos volaron hasta el trasero de la joven para izarla con ímpetu y, en un único movimiento, apoyarla contra la pared para tenerla más pegada a su cuerpo y así sentirla mejor; ella enredó las piernas alrededor de su cadera y lo estrechó con fuerza, alzando a su vez los brazos para rodear su cuello y deslizar los dedos entre los largos mechones ondulados de su cabello y volver a bajarlos acariciando su espalda y estrechándolo más fuerte contra ella, dolorosa y desesperadamente fuerte.

Thomas liberaba muy de vez en cuando los jugosos labios de

Emma para dedicarse a su cuello, a sus orejas, a cada parcela de piel que descubrió durante su avance sensitivo y a ciegas, uno guiado tan solo por la avaricia de unos labios que deseaban saborearla a toda ella en profundidad.

—Dime que me detenga, Emma, y me detendré ahora mismo, aunque me cueste la vida… —susurró entre jadeos.

Inclinando la cabeza hacia atrás, Emma expuso su cuello para que Thomas bebiera de él hasta saciarse.

—No deseo que te detengas, Thomas… —gimoteó.

Thomas no necesitó mayor aliento.

En realidad se sentía devastado por la pasión.

De una patada empujó la puerta entreabierta y, con Emma enlazada a su cuerpo, entró en la vivienda en penumbra para cerrar la puerta tras de sí.

***

Kristen se levantó de la cama en modo autómata empujada por el delicioso aroma del café recién hecho, y como una autómata —en realidad y a tenor de sus pelos, de las ojeras que sombreaban sus ojos y de la disposición que la acompañaba, más que autómata parecía un auténtico zombi renqueante—, abandonó la habitación para dirigirse a la cocina. Seguramente y como siempre, Emma había madrugado, había preparado el café para las dos y dispuesto las tostadas con mantequilla sobre la mesa. Era un sol aquella chica, y una vez más se lo agradecía en el alma. Había sido una noche larga de fiesta y sexo salvaje con Jamie, por lo que en aquellos momentos necesitaba con urgencia un reconstituyente.

No obstante, y nada más cruzar el pasillo y adentrarse en la cocina, quedó parada en seco como un estandarte que alguien hubiera clavado en mitad del suelo de terrazo. Kristen abrió la boca hasta que casi se le desencajó la mandíbula, y por su vida que ya no fue capaz de volver a cerrarla.

Porque no era Emma quien estaba en la cocina preparando el café, sino un auténtico dios romano, hebreo, egipcio… ¡o a saber cuál era su

maldita procedencia, pues estaba claro que una escultura semejante no podía pertenecer a este mundo!

Vestido simplemente con un bóxer negro ajustado, luciendo tableta abdominal, pectorales dignos de cualquier escultura de Miguel Ángel, bíceps considerables y hombros demasiado bien torneados, Thomas Wright, conde de Haworth, era quien se ocupaba de la cafetera en aquellos momentos.

Al descubrir a la joven morena parada en mitad de la cocina, Thomas le dedicó una sonrisa.

—¡Buenos días! —saludó tranquilamente—. ¿Café?

Kristen, todavía boquiabierta y ojiplática, se limitó a negar muy despacio con la cabeza.

Thomas rellenó entonces dos tazas y, ante la mirada pasmada de Kristen, cruzó la cocina para desaparecer tras la puerta de la habitación de Emma.

—Eres mi ídolo, pequeña… —fue lo único que Kristen atinó a decir, falta de aliento e incapaz de cerrar la boca.

***

—Creo que la señorita Watson acaba de sufrir un síncope.

Thomas se deslizó sobre el colchón para sentarse al lado de una remolona Emma. Le tendió la taza de café y él mismo dio un sorbo prolongado a la suya. Ante la información recibida, Emma se despabiló de golpe, incorporándose de medio cuerpo hasta quedar sentada, apoyada la espalda contra la pared.

—¿Kristen te ha visto? —Jadeó, llevándose la mano libre a la frente—. ¡Oh, no, ahora no me dejará en paz hasta que se lo cuente todo con pelos y señales!

Thomas dejó la taza en la mesita y reptó sobre la cama para alcanzar a Emma y dedicarse a sus labios, a su cuello, a sus clavículas desnudas…

—Bueno, yo que tú me abstendría de brindarle demasiada información a riesgo de que colapse del todo… —farfulló, perdido en los elevados montículos de nieve que asomaban bajo las sábanas.

Emma no pudo silenciar la carcajada que huyó de sus labios y que sonó como ramillete de cascabeles. La barba incipiente de Thomas le raspaba la piel y le producía cosquillas, sus besos desperdigados por doquier conseguían erizarla y le provocaban escalofríos de placer, y la tibieza que derramaba el cuerpo de Thomas enervaba sus sentidos y despertaba ese fuego todavía latente en su interior, un fuego que había gobernado soberano durante toda la noche.

—Creo que debería irme —susurró Thomas contra la oreja de Emma—. Alina está acostumbrada a desayunar con su hermano mayor y le resultará extraño no encontrarme.

Thomas se separó apenas, las manos apoyadas a ambos lados de las caderas de ella, para mirarla a los ojos. Emma le sonrió con ternura mientras acariciaba los bucles oscuros desperdigados sobre la frente de Thomas. El siempre impecable conde de Haworth lucía despeinado… y aun así era simplemente perfecto.

—Sí, además es muy probable que Kristen esté del otro lado, con la oreja pegada a la puerta.

Ambos rieron al unísono.

—Por cierto, Alina me ha dicho que te invite a merendar un día de estos. Por lo visto desea mostrarte los nidos que las golondrinas han hecho en el alero del viejo cobertizo.

Emma tornó seria de golpe, el corazón golpeaba en su pecho con un eco rotundo.

—¿Vendrás?

Ella dejó escapar un leve suspiro.

Ante la sombra de duda que descubrió en la hermosa joven de ojos azules, Thomas intensificó su mirada.

—Alina desea que vengas a Hollybrook… y yo también lo deseo.

Resultaba estúpido tratar de resistirse a aquella mirada, a la sonrisa ladeada que concedía un esbozo de picardía al atractivo rostro masculino; resultaba estúpido simplemente tratar de resistirse a Thomas cuando Emma era consciente de que una sola de aquellas miradas, una sola de aquellas sonrisas, conseguía derretirla cual mantequilla al sol. Y como la mantequilla, ella se encontraba en esos momentos con los sentidos por completo licuados.

—Te esperamos cuando gustes, a la hora del té —Thomas se levantó de la cama tras depositar un beso en la punta de la nariz de

Emma y comenzó a vestirse—, y no olvide la importancia de la puntualidad británica, señorita de New Jersey.

# Capítulo 15

Emma se sentía terriblemente confusa.

Y angustiada.

Y asustada.

Era consciente de que Thomas le gustaba. Le gustaba mucho.

¡Oh, no, si debía atenerse a la realidad tenía que reconocer que el hecho de admitir que Thomas le gustaba *mucho* era una definición que se no se ajustaba a la verdad de sus sentimientos!

La realidad era mucho más grande, más intensa y más potente. Absolutamente devastadora.

A esas alturas se sentía por completo enamorada de Thomas Wright. Tanto y de forma tan irremediable que podría compararse a una adolescente ante su inalcanzable ídolo musical, aquel que jamás soñó encontrar más allá de sus sueños más intensos y prohibidos y que de pronto la sube al escenario para permitirle un beso y un abrazo ante el resto del mundo.

Y si bien sucumbir ante el físico de un hombre como Thomas resultaba tan inevitable como entendible, lo cierto era que Emma adoraba, además y en especial, su forma de ser.

Thomas era un hombre absolutamente normal a pesar del fabuloso halo que lo rodeaba, a pesar de su título nobiliario y de sus numerosas posibilidades, a pesar de... cielo santo, a pesar de ser Thomas Wright.

Era dulce, generoso, noble, amoroso con su hermana pequeña y por demás divertido, se comportaba en todo momento de un modo caballeroso, galante y educado. Y era supersexy y apasionado además. En definitiva, el príncipe que todas las chicas soñaban con encontrar al menos una vez en la vida.

Sin embargo… ¿qué era ella para él? ¿Qué podía ella aspirar a ser en la vida de un hombre como Thomas?

Los sueños… los sueños son solo eso: sueños; y fantasías como la que estaba viviendo tan solo se sucedían en las novelas y en las películas románticas.

Él siempre la había tratado bien, la había hecho sentir en todo momento como una auténtica reina, pero ¿y si el alcance de los sentimientos de Thomas se alejaba dolorosamente de sus propios sentimientos? ¿Y si en realidad para Thomas no existía emoción alguna? ¿Y si Emma era un simple pasatiempo? ¿Y si él la veía como un escarceo sexual, como un entretenimiento temporal?

—¿Y qué pretendes, boba, que te convierta en su prometida? —La pregunta resonó en el interior del coche con evidente tono burlón—. *Prometida*, qué palabra tan… anticuada.

Por respuesta, tan solo un prolongado suspiro que desinfló despacio los pulmones de Emma.

No sabía lo que ella era para él, sin embargo para ella…

Se habían visto cada día a lo largo de la última semana; Thomas había aparecido por sorpresa en la tienda a la hora del cierre para invitarla a cenar o simplemente para dar juntos un paseo bajo las estrellas, hablando de todo y de nada a un tiempo. Compartían risas, compartían confidencias, compartían mimos y la complicidad fluía entre los dos como un manantial bullicioso en primavera.

Casi en cada ocasión se habían acostado y cada vez resultaba tan dulce como la primera. Sus cuerpos se reconocían de inmediato, el deseo despertaba en los dos ante un simple roce fortuito, una mirada o una sonrisa. La pasión que compartían resultaba tan tangible como ardiente.

Aquello parecía ir encaminándose hacia alguna parte, o al menos ella en su mentalidad romántica e ingenua consideraba que, a esas alturas, debían ser algo así como *novios*, aunque él jamás había mencionado dicha palabra. Tampoco le había pedido salir de forma

explícita, pero Emma no estaba segura de si eso seguía estilándose. La última vez que un chico le pidió salir ambos estaban en primer curso del instituto.

Con un suspiro resignado se bajó del coche, dispuesta a ofrecer una tarde entretenida a su encantadora anfitriona.

Había sido puntual, así que el anfitrión tampoco podría quejarse.

***

La merienda en Hollybrook transcurrió una vez más de un modo encantador.

Los Wright la trataban como si formara parte de su familia y tal certeza apretó aún más el nudo ya existente en el estómago de Emma. Formar parte de aquel reducido círculo familiar era un sueño, pero temía, porque sabía que existía una potente posibilidad, que la burbuja bucólica le colapsara en la cara en cualquier momento. Y cuando eso sucediera… ¿estaría ella preparada?

Alina parloteaba sin parar y Emma recordó lo que Thomas le había ya contado en alguna ocasión: desde la tragedia familiar, la pequeña se había encerrado en sí misma con una porfía imperturbable y de hecho Emma era la única que había podido traspasar su coraza en dos años.

Saber aquello, aparte de hacerla sentir privilegiada, alegraba el corazón de la joven, pues estaba convencida de que Alina era una niña maravillosa que se merecía todo lo bueno que pudiera sucederle. Si estaba dispuesto a que fuera ella la artífice de despertar de su letargo a la pequeña, Emma se sentía más que orgullosa de asumir la tarea.

Después del té y los bizcochitos caseros, Alina se disculpó un momento con el pretexto de cambiarse de ropa y ataviarse de un modo adecuado para salir al exterior a enseñarle a Emma los nidos anuales de las golondrinas. Thomas también se vio en la obligación de excusarse un instante, siendo requerido por uno de sus empleados domésticos para atender una cuestión rutinaria; Emma se encontró, por tanto y de pronto, sola en aquella preciosa sala de estar.

Recordó los retratos que acompañaban cualquier mirada a lo lardo

del corredor y decidió salir a echar un vistazo, más que nada para dejar correr el tiempo mientras permanecía a la espera; y especialmente porque resultaba una delicia contemplar a los antepasados de Thomas y Alina como quien observa el pasado a través de una ventana de lienzo. Sus vestiduras, sus peinados, el tratar de adivinar sus emociones a través de la expresión que asomaba a sus rostros...

Se detuvo por fuerza ante el magnífico retrato de los vizcondes de Berwick, Thomas y Cassandra, para contemplar desde la realidad del suelo firme la hermosa pareja que ambos formaban. Un sentimiento muy próximo a la envidia sana aceleró su corazón al tiempo que originaba un pequeño agujero opresor, del tamaño de un penique, en el centro de su pecho, bajo el esternón.

Un amor como el suyo, tal y como Thomas le había referido, resultaba digno de una novela romántica, y parecía capaz incluso de traspasar las barreras del tiempo. Estaba convencida de que allí donde sus almas permanecieran, debían de seguir amándose como al principio de su apasionado romance. Y aquella certeza, de algún modo y por algún motivo, despertó el ejército de hormigas que sabía presente, a veces y por fortuna aletargado, en las profundidades de su vientre.

Después de un largo instante de observación en conjunto, la mirada de Emma se deslizó hasta Cassandra Wright, y un inevitable suspiro huyó de sus labios. La admiraba, con toda su alma; admiraba a aquella hermosa mujer de mirada segura —tan diferente de la suya, plagada de dudas e inseguridades—; admiraba a la mujer valiente y sin miedo a nada capaz de hacer caso a su corazón y apartar a manotazos las telarañas de las indecisiones que, por fuerza, debieron de surgir en torno a su relación con el vizconde.

Cassandra Bonner había sido una plebeya como ella misma, la nieta del ayuda de cámara del propio vizconde, y sin embargo este no había dudado un solo instante en apostarlo todo a ella, a su persona, a entregarse en cuerpo y alma a los mandatos de su propio corazón enamorado. Desafió a la sociedad, desafió a su propia familia y a los estándares de su clase... con tal de saberla a su lado.

—¿Cómo se consigue enamorar a un Wright? —preguntó en un susurro a las verdes pupilas de la vizcondesa—. ¿Cómo puedo

hacerme un sitio en el corazón de Thomas? —Tragó saliva con aspereza, su ceño se frunció de inmediato—. ¿Y cómo sé si soy merecedora de ese sitio que reclamo, cuando no soy ni la mitad de valiente o segura de lo que tú has sido?

Deslizó la mirada hacia el otro Thomas, el primero, aquel que vivió entre aquellos mismos muros dos siglos antes, y descubrió en sus ojos un calor similar al que palpitaba en la mirada obsidiana de *su* Thomas.

—Me gusta mucho Thomas… —le susurró al vizconde—, y estoy segura de que lo quiero. —Un suspiro huyó de sus labios tras ser consciente de que le hablaba a un retrato pintado al óleo, a uno con más de dos siglos de antigüedad, y que con su silencio y sus pausas parecía esperar que los vizcondes le brindaran desde la eternidad algún tipo de respuesta—. Ojalá supiera qué hacer…

El sonido ronco de un motor en el exterior desvió de inmediato su atención para devolverla al presente, a la certeza de estar manteniendo una conversación —un monólogo en verdad— con dos personas que vivieron en el XIX.

Entonces y de repente, gracias a la rotundidad de aquel sonido exterior, la realidad se abrió paso en su cabeza; todas las miradas de las damas y caballeros de antaño —excepto las de los vizcondes de Berwick— parecían haberse centrado en ella para observarla desde sus atalayas de lienzo bajo el ceño del desagrado. Todos parecían preguntarse qué diablos hacía aquella *intrusa* en la residencia de su descendiente, un noble de rancio abolengo y arcaico ramaje genealógico.

Emma empezó a sudar frío. Una angustia extraña ascendió desde el centro mismo de su pecho hasta su escote para abrasarle el cuello y las mejillas y orillarla a un punto de fusión extrema. Ansiedad, una ansiedad extraña, agobiante y demoledora socavaba su alma…

Un coche acababa de aparcar en el atrio, era un dato notorio a juzgar por el áspero ruido que provocaron sus ruedas al marcar con sonoridad el patio de grava, por tanto los Wright tenían visita, programada o no, y estaba claro que la suya debía darse por finalizada.

No podía tratar de meterse con calzador en la vida de Thomas y de Alina.

# Capítulo 16

Caroline Hawke observó el mini azul aparcado frente al *cottage* y un gesto de desagrado transformó su expresión en una mueca mezcla de fastidio, disgusto e incomodidad.

¿Thomas tenía visita?

Posiblemente; aunque tratándose de un modelo de coche como aquel, tan poco prestigioso y de un color tan ordinario, no podía tratarse de nadie importante. Nadie que ella conociera, al menos, y, por tanto, nadie que contara con la posibilidad de arrebatarle la atención del querido Thomas.

Descendió del vehículo para comenzar a caminar hacia la casa, haciendo sonar sus tacones de aguja sobre el suelo de grava. Aquello resultaba tan incómodo... con el tiempo esperaba poder convencer a Thomas para que sustituyera la vulgar grava con pavimento. Sin mirar atrás y utilizando el mando a distancia, hizo sonar el sistema de cierre automático del magnífico Volvo gris que la había llevado hasta allí.

¡Cuál no sería su sorpresa cuando, justo en el momento que se disponía a hacer sonar la aldaba de la puerta principal, esta se abrió sola, sin necesidad de requerimiento alguno!

La imagen de una muchacha joven, vestida de modo informal y a simple vista ni siquiera bien peinada, asomó bajo el umbral. Caroline no disimuló la mirada censora que le dedicó, recorriéndola sin tapujos

de arriba abajo; tampoco reprimió la exclamación de sorpresa que formó en sus labios una extraordinaria O mayúscula.

Vaqueros rotos, camiseta suelta, media melena revuelta, cara lavada...

—¡Vaya, no sabía que el señor Wright tenía nueva doncella! —dijo con arrogancia, aprovechando la ocasión para alzar la barbilla y observar a la desconocida a través de las pestañas postizas.

Emma también la miró, aunque desde luego no se permitió tanto tiempo ni semejante desdén.

—¡Oh, no, yo no...! —balbuceó de forma inconexa, sin saber bien cómo sacar de su error a la recién llegada. Algo en el rostro de la exuberante pelirroja, en sus achinados ojos azules enmarcados por enormes pestañas falsas y en el exagerado maquillaje que mostraba a media tarde despertó en Emma mil y una señales de alarma y precaución, alertándola de inmediato de que aquella mujer no merecía explicación alguna de su parte. Seguramente ni siquiera la esperara—. Yo ya me iba.

Y sin ofrecer mayor aclaración, rebasó a la mujer para abandonar la casa con bastante urgencia.

Caroline la vio cruzar por su costado, subirse al ridículo cochecito azul y arrancar como una delincuente en plena fuga, y de inmediato interpretó su actuación como una respuesta absolutamente vulgar por parte de una jovencita por supuesto también absolutamente vulgar.

—¡Oh, ridícula muchacha!

Pocos segundos después, la hermana de Thomas apareció corriendo desde el interior de la casa para pararse petrificada bajo el umbral nada más ver a la alta y acicalada pelirroja, de hecho en su ímpetu desagradable poco faltó para que se chocara de bruces con ella, gesto que provocó un inmediato retroceso en Caroline, que no deseaba ningún tipo de contacto físico. Pero Alina Wright, aparte de ese inesperado encontronazo que también había de resultar indeseable para ella, ni siquiera concedió a la recién llegada ni una pizca de su atención; Alina simplemente observaba el patio con la desesperación pintada en la mirada.

—¿Se ha ido? —preguntó la niña, sus ojos vidriosos y las cejas aproximadas en un ceño de contrición reflejaban su disgusto.

—¿Quién? —Caroline, incómoda ante la emotividad mal

reprimida de la pequeña, se expresó con cierto espanto.

Alina suspiró y, tras encogerse como un gatito asustado, la cabeza hundida entre los hombros, murmuró gimoteante:

—Emma; se ha ido sin despedirse…

***

—¿Quién es Emma?

Alina suspiró de nuevo, la tristeza invadía su ser y quebraba su voz.

—Es amiga mía.

Caroline abrió unos ojos como platos. ¿Pudiera ser que aquella piltrafilla con la que acababa de cruzarse fuese alguna suerte de niñera que Thomas contratara para el cuidado de su hermana pequeña y que por eso entonces la tontita la considerara su *amiga*? ¡Ah, si Thomas hiciera caso de sus sugerencias y enviara a la mocosa a un internado de una vez por todas!

—Y de Thomas.

Aquellas palabras obligaron a Caroline a fruncir el ceño y observar a la niña de forma sesgada. ¿Amiga de Thomas?

La pregunta que estaba deseando formular se truncó en sus labios rojo fuego ante la repentina aparición del propio conde. Al igual que sucediera con su hermana, él tampoco prestó atención a la recién llegada para centrarse únicamente en mirar al exterior, como buscando algo… o a alguien.

—¿Dónde está Emma?

Caroline exhaló en profundidad y sin disimulo alguno. ¿Otra vez la dichosa Emma?

—Se acaba de ir —murmuró Alina adelantando los labios en un mohín de desolación mientras la barbilla temblaba en la clara contención del llanto—, ¡no he podido siquiera enseñarle los nidos del cobertizo!

Y ante la perplejidad de Caroline y el disgusto de Thomas, Alina salió corriendo para perderse en el interior de la vivienda.

Aprovechó entonces Caroline para hacerse notar y meter siquiera

alguna baza en una conversación que se le escapaba por completo.

—Buenas tardes, Thomas —su sonrisa amplia, llena de dientes perfectos, estiró su rostro de porcelana—, yo también agradezco que me presten alguna atención, ¿sabes?, en lugar de que me traten como parte del decorado.

Por vez primera Thomas se fijó en ella y su rostro demudó en una expresión de resignación que, por supuesto, Caroline no identificó como tal.

—¡Ah, Caroline, no esperaba tu visita! —se limitó a decir.

Ella suspiró.

—Ya lo veo, todo el mundo parece demasiado preocupado por la repentina desaparición de esa tal Emma como para ocuparse de nada más. —Enarcó una delineada ceja con desdén—. Por cierto, ¿querrías contarme quién es Emma?

Thomas suspiró.

No debía ninguna explicación a Caroline, por más que ella pretendiera que le fueran ofrecidas cada vez que las exigía —y que venía a suceder demasiado a menudo—. Hacía tiempo que Thomas era consciente de las pretensiones de la joven, así como de su dedicación monopolizante, pero lo cierto era que no estaba interesado en ella del modo en el que Caroline Hawke esperaba.

Cierto que se conocían de mucho tiempo atrás y que en un pasado remoto habían compartido cama en más de una ocasión, pero ahí terminaba todo. Ambos se lo habían pasado bien cuando eran dos jóvenes sin ataduras ni responsabilidades, pero en esos momentos de sus vidas no podían andar jugando ni perdiendo el tiempo en lugares en los que no tenían pensado permanecer.

Al menos él.

—Entra —dijo Thomas haciéndose a un lado—, pediré que nos dispongan el té.

***

Caroline se sentía profundamente escandalizada.

¡Una florista! ¡Una vulgar florista!

No podía entender cómo Thomas podía perder el tiempo —o siquiera dedicar un mínimo de ese tiempo— con una vulgar florista.

Por supuesto, ella no era tonta ni había nacido dos días antes, por lo que no se le escapaba que grandes hombres como Thomas Wright solían procurarse amantes pertenecientes a estratos sociales muy diferentes al propio; a menudo se trataba de mujeres del mundo de la farándula o de la rancia clase obrera que por algún extraño motivo despertaban un incomprensible morbo en los elegantes prohombres.

Y dentro de su intolerante y despótica concepción del mundo y de la vida, Caroline podía llegar a comprender la necesidad de desfogue que hombres con semejantes responsabilidades a sus espaldas podían precisar de vez en cuando; lo que ya no resultaba de recibo eran esas ansias estúpidas que dichas mujeres acababan alimentando con el paso del tiempo, esperanzas vanas que tan solo mentalidades presuntuosas e idiotas eran capaces de concebir.

No obstante, en el árbol genealógico de Thomas ya había habido un precedente. Muchos sabían que existió un cierto vizconde que hizo oídos sordos a las normas sociales de su tiempo para desposar… ¡oh, horror, a una inútil plebeya, nieta ni más ni menos que de su propio *valet*!

¿Dónde habría de verse que una señora vizcondesa alcanzara sin merecerlo semejante estrato social procediendo del eslabón más bajo de la pirámide?

—Oh, Thomas, debes tener cuidado. —Precisamente pensando en la antigua vizcondesa de Berwick, aquel pensamiento tomó forma enseguida en los labios de Caroline, quien mostró su intolerancia disfrazada de precaución—. Sabes que hay personas que en cuanto ven por primera vez el cielo, creen que las estrellas les pertenecen. Y las estrellas, por supuesto, no están al alcance de todos, querido.

Thomas la miró muy serio. Conocía de sobra a Caroline y su pensamiento elitista e intolerante, y sabía perfectamente que aquellas palabras iban dirigidas en exclusiva a Emma Swamson.

—¿Por qué no? —Su tono ácido no admitía porfía, y Caroline, con gran espanto, así lo entendió—. El Creador puso el cielo sobre nuestras cabezas para disfrute de todo el mundo.

¿Había de ser aquella una batalla perdida? Caroline no iba a consentirlo.

Llevaba demasiados años detrás de Thomas, contentándose con las migajas que él tenía a bien concederle y espantando en el proceso a cualquier posible rival en las atenciones del apuesto conde, como para permitir que una insípida florista llegara a Hollybrook y se llevara, por la cara, el premio gordo: ni más ni menos que el propio conde de Haworth.

—Pero no todo el mundo puede apreciar su belleza —argumentó con su maravillosa sonrisa siempre presente—. Piensa qué sentido tiene permitirle al necio tocar una estrella una vez en su vida, sabiendo que después de esa primera vez ya nunca más podrá volver a hacerlo.

Thomas la miró de forma sesgada. El volcán de las emociones empezaba a borbotear en su interior y su lava amenazaba con desbordarse en cualquier momento y arrastrar a todos en el proceso.

—Por supuesto estamos hablando en sentido figurado, ¿verdad, Caroline?...

El tono de Thomas no dejaba lugar a dudas; se mostraba molesto, desconfiado y extrañamente alterado, asunto que avivó todas las alarmas en la astuta Caroline. Debía manifestarse con precaución o de lo contrario sus advertencias obtendrían un efecto indeseado. No quería molestar a Thomas y alejarlo de ella, mucho menos ponérselo en bandeja a la boba florista.

—Hablamos de que no deberías conceder falsas esperanzas a nadie —comentó en tono pausado, sonrisa zalamera todavía en ristre—. Emma Swamson no pertenece a nuestro mundo —procuró enfatizar precisamente el término *nuestro*—. No le permitas subir y asomarse si no va a poder permanecer en él.

—Y no puede, claro está...

Caroline amplió su sonrisa. Thomas empezaba a comprenderlo.

—¡Claro que no, pobrecita! —Jadeó, risueña, como si sus palabras reflejaran una obviedad—. Se la comerían viva.

Thomas exhaló lento y profundo; tras palmearse ambos muslos en un intento de insuflarse contención y pasar página —la página actual empezaba a enervarlo—, se levantó del sofá para dirigirse a la ventana, alejándose lo más posible de aquella esfinge de porcelana cuya conversación lo alteraba hasta un punto intolerable.

—Concuerdo contigo —dijo, ofreciéndole la espalda a su invitada.

La mirada permanecía perdida en el exterior, en la abundante profusión de parterres florales y arbustos que coronaban el atrio.

Caroline asintió, confiada en el poder de su persuasión.

Ojalá Thomas entrara en razón y olvidara esa tonta porfía de frecuentar a Emma Swamson.

—Nuestro mundo no es apto para cualquiera —continuó Thomas—, es como… nadar constantemente entre tiburones o pirañas despiadadas.

Caroline dio un respingo. Aquella no era la conclusión a la que esperaba que llegara el conde después de su cuidada exposición.

—No deberías decir eso cuando tú precisamente no eres de los que se lanzan al agua. —Por vez primera el tono de Caroline resultó poco o nada adulador. Su ceño fruncido evidenciaba la contrariedad que sentía y el miedo —pánico en realidad— a que Thomas escogiera el camino más inapropiado.

Thomas se giró hacia ella, su rostro mostraba de pronto una sonrisa ladeada.

—¿Qué sentido tendría hacerlo cuando no siento ningún apego por los tiburones o las pirañas?

# Capítulo 17

Emma suspiró, agotada.

Acababa de poner término a un encargo de última hora y suma urgencia que la había mantenido ocupada los últimos días. Y agradeció que tal ocupación, urgencia y apremio tuvieran lugar o de lo contrario estaba segura de correr un serio peligro de perder la cabeza a base de pensar tonterías y dejarse ahogar por las dudas.

Habían pasado tres días desde la merienda en Hollybrook, tres días desde que, de repente y sin causa aparente —o quizá las causas se desplegaran a su alrededor en todo momento, tan solo fue necesario abrir los ojos de golpe y darse cuenta de ellas—, abandonara el lugar sin siquiera despedirse.

Posiblemente se había comportado como una estúpida, asunto normal procediendo de ella, pero lo cierto fue que de pronto sintió la necesidad de hacerse a un lado y realizar un mutis silencioso. Se sentía fuera de lugar. Toda ella estaba fuera de lugar en Hollybrook Cottage. Sus vaqueros rotos, su cabello corto y revuelto...

¿Cómo explicarlo?

De pronto se sintió una intrusa, como si aspirar a formar parte de la vida de Thomas y Alina fuese un sueño demasiado grande para ella.

¿Y acaso no lo era?

Thomas era un conde, a pesar de que no hacía uso del título

nobiliario y su comportamiento era el de un hombre adulto normal y corriente del siglo XXI, lo cierto era que pertenecía a la aristocracia y ese era un dato que ni uno ni otra debían olvidar.

Por ello aquellos tres días se dedicó en cuerpo, mente y alma —más que de costumbre— al trabajo que le habían propuesto con apremio, aferrándose a él con absoluta desesperación. Era eso o pensar en Thomas a cada minuto de cada hora, día tras día.

Había recibido llamadas de Thomas, un par de wasap y, *a posteriori*, seguramente en vista de su falta de respuesta, también un mail.

Pero no se sentía con ánimo de enfrentarse emocionalmente a él y justificar su estampida.

Emma se sabía enamorada, demasiado, y se sentía como esa niña tonta a la que le han entregado un caramelo demasiado bueno para ella. Uno que, aunque le gustaría conservar, sabe que no debería comerse.

Se habían acostado, cierto, pero eso no implicaba ningún tipo de compromiso y mucho menos la esperanza de una posible relación. En la actualidad todo el mundo se acostaba con todo el mundo, Kristen era el mejor ejemplo aplicable a esa teoría; la promiscuidad se encontraba a la orden del día y las relaciones ya no albergaban la formalidad de antaño. ¿Quién en su sano juicio esperaba a un Darcy o a un coronel Brandon en pleno siglo XXI?

Seguramente solo ella, boba romanticona, que desde el minuto uno había visto a Thomas como un perfecto caballero decimonónico, digno de novela de época.

¿Cómo se había atrevido siquiera a aspirar a algo más cuando Thomas Wright, conde de Haworth, era precisamente inalcanzable, y no un caballero de novela, sino un hombre de esta centuria?

La presencia de aquella escultural pelirroja en Hollybrook era viva muestra de ello, una cruda bofetada de realidad.

No podía competir en modo alguno con el séquito de maniquíes que, a buen seguro y muy a pesar de lo que él dijera, desfilarían por la vida del conde de Haworth. Jamás.

El sonido de la campanilla en la puerta de la tienda la trajo de vuelta a la realidad, a una realidad que no era bonita, pero en la que al menos podía aspirar a ser alguien: al menos Emma Swamson, la

florista y socia de El Paraíso Perdido.

Emma suspiró una vez más; debía de haberse olvidado de echar el cierre y en esos momentos se encontraba demasiado agotada tanto física como emocionalmente para atender a cualquier cliente rezagado. Esperaba por lo menos que, quien fuera, se contentara con su rostro ojeroso y su humor sombrío, porque no podía ofrecer en esos momentos nada mejor.

Resignada, abandonó el almacén para asomarse a la tienda.

La persona que se encontró allí de pie, con la mirada fija en el umbral por el que sabía que aparecería, fue la que ella más deseaba encontrar..., pero la que al mismo tiempo más temía enfrentar.

Su descubrimiento la obligó a detenerse en seco y aspirar una amplia bocanada que se truncó antes de alcanzar los pulmones.

—Siempre trabajando, señorita Swamson... —Thomas se expresó con cautela tras observar las reticencias de ella, aunque una sonrisa dócil estiraba sus labios.

Emma exhaló. No estaba preparada para asimilar el sacudimiento que acababa de experimentar en el corazón después de haberse autoimpuesto durante días la ausencia de aquel hombre maravilloso.

—¿En qué puedo ayudarte, Thomas?

Él avanzó un paso en su dirección. La penetrante mirada obsidiana, fija en una temblorosa Emma.

—Si Mahoma no va a la montaña... —Otro paso más para acortar distancias y una sonrisa confiable para despejar brumas—. ¿Por qué no has respondido a mis llamadas?

Emma fue consciente del momento exacto en el que el corazón sufría un repentino estrangulamiento. Sintió la presión, sintió el dolor punzante, y sintió especialmente cómo la víscera que de pronto se semejaba al cristal corría serio peligro de quebrarse en mitad del pecho.

—He estado muy ocupada —respondió.

Thomas sostenía su mirada, la buscaba en todo momento, y Emma supo que no podría permanecer durante mucho tiempo más orbitando alrededor de aquellos maravillosos ojos de brea sin desfallecer.

—¿Por qué te marchaste sin despedirte?

El corazón... el corazón dolía de forma insoportable. Seguramente ya se había agrietado. Ahora solo faltaba el estallido final.

—Me di cuenta de que tenía mucho trabajo atrasado.

Thomas dio otro paso, ya se encontraba separado de ella la ineficaz distancia que concedía un hálito entrecortado.

—¿Así, de pronto, te diste cuenta en mitad de la merienda?

Emma jadeó.

—Así, de pronto, sí. Soy una mujer trabajadora y tengo un negocio que sacar adelante.

Thomas cabeceó despacio, sin dejar de mirarla. Y Emma a duras penas era capaz de continuar prendida de aquellos negros orbes que la mantenían imantada sin remedio ni vía de escape posible.

—Alina se entristeció mucho por no poder mostrarte los nidos de las golondrinas.

Emma exhaló de nuevo. Alina...

—Lamento mucho haberle causado pena a Alina —jadeó, llevándose una mano al agitado pecho—, me disculparé con ella personalmente, te lo prometo.

Entonces Thomas, sin previo aviso —o quizá su mirada invariable fuese ya aviso suficiente de sus propósitos—, adelantó una mano para recoger detrás de la oreja de la joven un mechón dorado que había descendido travieso sobre la mejilla. Se demoró a posta en el proceso, aprovechando la retirada para acariciar con los nudillos el elevado pómulo.

—Me gustaría saber de verdad por qué te has ido.

Un suspiro femenino, más próximo al gemido en realidad, se hizo eco en la atmósfera de la tienda.

—Ya te lo he dicho: tengo mucho trabajo por delante y un negocio que no va tan bien como a Kristen y a mí nos gustaría.

—Emma, quiero la verdad...

Y esta vez de los labios entreabiertos de Emma escapó un gemido perfectamente audible. Ya no podía más, aquello era una tortura.

La fuerza brutal de su mirada, el calor que desprendía el cuerpo de Thomas, el simple tacto de su piel contra la mejilla... no podía soportarlo sin flaquear, por tanto decidió hablar con la verdad.

—De pronto, en aquel corredor, rodeada por los cuadros de tus antepasados, me sentí desplazada y fuera de lugar. Comprendí de golpe que aquel no era mi sitio.

Thomas enarcó una ceja y continuó acariciando el contorno de la

mandíbula de la joven, que asimilaba la caricia con los párpados entornados y el corazón encabritado.

—¿Alina o yo mismo te hemos hecho sentir desplazada en algún momento?

Emma negó con la cabeza, la expresión de su rostro revelaba la cruel tortura interior que la devastaba.

—No, no lo habéis hecho…

—Claro que no, porque ambos adoramos tenerte cerca. *Yo* adoro tenerte cerca…

Emma trató de obviar aquellas palabras que sin duda encabritaron su corazón.

—Después me di cuenta de que teníais visita y sentí una angustia extraña… —hablaba con voz trémula—, cuando vi a la mujer pelirroja en la puerta simplemente descubrí la realidad.

Thomas de repente retiró la mano, y la ausencia de contacto obligó a Emma a abrir los ojos y enfrentarse a la expresión escéptica que descubrió en él.

—¿A Caroline? ¡Caroline no es más que una vieja amiga!

Emma jadeó una sonrisa.

—No tan vieja, Thomas…

Él negó con la cabeza sin dejar de sonreír de forma extraña; sin duda su alma se cargaba de incredulidad.

—Al ver a Caroline descubriste la realidad… —repitió—. ¿Se puede saber qué realidad es esa, Emma?

Emma tragó seco. ¿De verdad tenía que decir aquello en voz alta? ¿De verdad era necesario desenterrar sus demonios y mostrarlos ante Thomas como quien sale al patio a tender la colada en una tarde de sol? ¿Eso quería? ¿Deseaba que admitiera abiertamente sus flaquezas?

—Que yo no pertenezco a tu mundo… —Costó sacarlo, pero una vez fuera las palabras salieron solas y el tono fue ascendiendo tras cada una de ellas, al mismo tiempo que una legión de lágrimas acudía apresurada a empañar las azules pupilas—. ¡Que yo jamás encajaré en él y que… —profundo hipido— no soy ni podré estar jamás a la altura de una mujer tan escultural como esa tal Caroline!

Thomas recibió la estampida de emotividad en toda la cara y en medio del alma. Como una flecha certera que es lanzada en la distancia y a pesar de todo consigue dar en el centro de la diana.

Asimiló despacio cada palabra, cada aliento agitado; la mirada siempre fija en Emma mientras trataba de ordenar los pensamientos que se atropellaban en su cabeza.

—¿Por qué querrías ser como ella? —El tono de Thomas no era tan dulce como acostumbraba a ser—. ¿Crees que yo esperaría algo así? ¿Crees que eso es lo que busco? —Meneó la cabeza, víctima de la frustración—. ¡Eso puedo tenerlo cuando quiera... y sin embargo no lo quiero!

Agobiada por el cúmulo de emociones que la subyugaba, nerviosa por el tono repentinamente disgustado de Thomas y abrumada por el peso imperturbable de sus propios sentimientos, se llevó ambas manos a los labios para tratar de ahogar la cascada de sollozos que le sobrevino.

—Yo no pertenezco a tu mundo —repitió, carente de argumentos, puesto que aquel era en realidad el único que podía blandir—, soy solo una florista, una huérfana de New Jersey a la que el destino trajo a Inglaterra por pura casualidad.

—¡Y yo soy un hombre normal atrapado bajo el peso de un título nobiliario! —exclamó Thomas al tiempo que retrocedía un par de pasos, se llevaba ambas manos a la frente y exhalaba con urgencia su desesperación. Tras concederse unos segundos de respiro, volvió su atención a Emma—. ¿Acaso no eres capaz de verlo? ¿Acaso me equivoqué al pensar que tú sí serías capaz de verme a mí, al hombre por encima de un absurdo título?

Emma fue consciente de la lágrima solitaria que descendió por su mejilla. Una sola, en realidad; tan sola y devastada, tan vacía y opaca como se sentía ella en tales momentos. Lo estaba estropeando todo...

—¿Qué quieres, Emma? ¡Dime qué es lo que quieres!

«A ti...».

Resonó en su cabeza. Solo en su cabeza.

«A ti».

—¿Qué es lo que esperas de mí? —exclamó Thomas, brazos abiertos y palmas expuestas, como expuesta estaba su alma—. ¿Qué quieres de mí?

Ninguna palabra salió de los labios de ella, no porque no tuviera claro lo que quería —quería a Thomas y la posibilidad de una historia con él—, sino porque estaba segura de no contar siquiera con la

opción de que sus peticiones pudieran ser llevadas a cabo.

Por tanto se limitó a inclinar la cabeza, tragar el nudo que oprimía su garganta y aplastar con los párpados los cientos de lágrimas que pulsaban en sus ojos mientras algunas de ellas, bastantes en realidad, descendían de forma silenciosa por sus mejillas.

Frustrado ante el silencio de Emma cuando esperaba en realidad una sola palabra capaz de dar alas a su corazón, Thomas chasqueó la lengua con fastidio.

—Ojalá lo tuvieras claro —musitó entre dientes.

Emma no pudo ver lo que sucedió a continuación, pues en ningún momento levantó la mirada del suelo, pero sí escuchó al cabo de unos segundos el cascabeleo en la puerta de entrada y el posterior portazo; y aquel portazo no sonó tan solo en sus oídos, sino que se hizo doloroso eco en su corazón.

# Capítulo 18

—¿Puede saberse qué demonios pasa contigo? —Kristen aparentaba estar tan disgustada como reflejaba el elevado tono de su voz—. Puede parecer que no me entero de nada, y la mayoría del tiempo es posible que así sea, pero esta vez me doy perfecta cuenta de que hace al menos una semana que no comes como es debido, que apenas duermes y que te pasas las horas encerrada en el almacén.

Emma, efectivamente tan ojerosa, pálida y sombría como su socia y amiga la acusaba de aparecer, suspiró en profundidad. Era cierto que apenas conseguía dormir más de cuatro horas consecutivas, y cuando lo hacía enseguida la despertaba la ansiedad o alguna pesadilla de la que era protagonista. Cierto que no había comido en aquella eterna semana de piedra y ascuas candentes nada de mayor valor nutricional que algún sándwich frío acompañado de café solo, y que su ánimo y su positividad se encontraban por los suelos.

Pero a pesar de todo no precisaba en esos momentos que la expresiva y explosiva Kristen fuera a exponer sus defectos en voz alta y en perfecta hilera. De sobra estaba Emma enterada de todos y cada uno de ellos.

—Dentro de dos semanas es la fiesta de Alina Wright —dijo tan seria y apática como en realidad se sentía por dentro—, y vamos con retraso. Me han llamado del vivero para decirme que no van a poder

servirnos la *paniculata* ni el *limonium* hasta el día anterior y aún tengo que revestir todo el arco —exhaló larga y profundamente—, así que comprenderás que me encuentre bastante intranquila. —Apoyó con indolencia la cadera en la isla de la cocina—. Perdóname si no me siento con todo el relajo del mundo a comerme un chuletón con patatas.

Kristen obvió su sarcasmo y se limitó a observarla al sesgo desde el otro lado de la isla, brazos cruzados sobre el pecho y ceja derecha enarcada en una clara evidencia de su escepticismo.

—Y yo que pensaba que era por Thomas, tonta de mí. —Los ojos de Emma, repentinamente agrandados, actuaron como delatora demostración de la impresión que las palabras de su amiga habían causado en ella. Consciente del dato, Kristen continuó azuzando—: ¿Es por él, verdad? ¿Habéis discutido?

Emma se humedeció los labios mientras trataba de recomponerse de su reacción inicial. El corazón, tonta víscera sensiblera, había reaccionado como una bomba a presión ante la sola mención de Thomas. Pero ella... ella debía mantener la mente fría y el alma impasible.

—Habéis discutido, estoy segura, porque ni él se ha pasado por aquí ni tú has regresado a Hollybrook.

Emma suspiró.

—No te preocupes, cuando algo no puede ser, pues no es y ya está —respondió tajante.

Kristen continuó en su pose de incredulidad, afianzando si cabe todavía más el cruce de brazos sobre su abultado busto. ¿De verdad se creía aquella tonta de su amiga que iba a consentirle una rendición tan temprana como absurda? ¿De verdad se creía que iba a dejar las cosas tal cual, sabiendo como sabía que aquellos dos podían tener su final feliz? ¿Es que tan solo ella era capaz de ver en el horizonte esa posibilidad?

—Pregunté a Jamie por esa tal Caroline de la que me hablaste...

Emma puso los ojos en blanco y de nuevo suspiró, esta vez demostrando un gran cansancio mental.

—No sé por qué te cuento nada...

—¿Porque somos amigas? —En el rostro de Kristen asomó una sonrisa que se agrandó en el acto—. Y yo diría que mucho más que

eso: somos familia, Em, somos hermanas. Y las hermanas se cuentan las cosas, especialmente cuando hay de por medio Barbies estiradas dispuestas a hacerle la vida imposible a una de ellas.

Emma no dijo nada, se limitó a inclinar la mirada y apretar los labios hasta reducirlos a una fina línea transversal, casi blancuzca debido a la feroz presión.

A la vista del silencio de su amiga, Kristen continuó:

—Aunque esta Barbie en cuestión no tiene mucho que hacer… —La sonrisa de Kris, sumada a sus enigmáticas palabras, consiguió captar la atención de Emma—. Jamie me dijo que es verdad que alguna vez se ha pasado por el *cottage* y que es muy probable que aspire a hacerse un hueco en la vida de Thomas, insistencia y empeño no le faltan a la criatura, y no la culpo: aparte de que el caballero en cuestión está especialmente bueno, estoy segura de que la diva cree que a su vanidad y a su tarjeta de presentación les vendría de perlas un título nobiliario —Emma no pudo reprimir una media sonrisa ante las ocurrencias de aquella loca—, pero Jamie también me dijo que todos en el *cottage* están seguros de que esa muñequita de pelo rojo no significa nada para Thomas. ¡Pero nada de nada, mi pequeña e insegura amiga!

Kris exhaló despacio, descruzó los brazos y se acercó a Emma para reposar una mano en el brazo de la joven a modo de silencioso cariño, antes de que ella barajara siquiera la posibilidad de replicar.

—Me dijo también que el conde estos días se muestra especialmente sombrío y taciturno, malhumorado y solitario —replegó los labios al interior de la boca en la contención de una sonrisa traviesa—, ¿no querías un Darcy? ¡Ahí lo tienes! No sé si es dueño de medio Derbyshire, pero te aseguro que por lo demás encaja a la perfección en el papel.

También Emma se esforzaba esta vez en reprimir una sonrisa tímida. Descansó una mano sobre la de Kristen, para devolverle el cariño.

—Olvidas que yo no soy Elizabeth…

Esperanzada por el repentino cambio amable en el carácter de su amiga, Kris sonrió abiertamente.

—Pero eres Emma Swamson y seguramente eso sea suficiente para él, ¿no lo has pensado?

Emma la miró con los ojos preñados de… ¿esperanza? Sí, pudiera ser esperanza por vez primera después del caos de los últimos días.

—¿Cómo podría yo ser suficiente? —susurró.

—¿Por qué no permites que sea él quien decida eso?

Emma meneó la cabeza en negación.

—Yo… Kris… ¡arrgggg, no es tan fácil…!

—¡Y tampoco tiene por qué ser tan difícil! —protestó Kristen—. ¿Por qué te empeñas en tomar decisiones en nombre de los demás? ¿Por qué le atribuyes pensamientos que tan solo existen en tu cabeza? Dime, ¿le has preguntado acaso lo que piensa acerca de lo vuestro?

Emma jadeó.

—No existe ningún *nuestro,* Kris…

—¡Anda que no! —La impetuosidad de Kristen silenció a su amiga —. A mí me parece que a la única que le importa el hecho de que tú seas florista —Kris hizo una pausa para carraspear y aclararse la voz en un intento de otorgar importancia a su alegato—, perdón, que tú seas una empresaria del negocio floral y él un conde es a ti, mi querida Emma. Y deberías dejar todo eso a un lado si aspiras a ser feliz… a su lado.

Emma balbuceó algo que no llegó a alcanzar la sonoridad necesaria para ser tenido en cuenta.

—Al fin y al cabo Elizabeth era la hija de un humilde pastor y se llevó al mayor terrateniente de Derbyshire, haciendo callar por el camino a la odiosa tía Catherine. ¡Y no te creas que Lady Catherine de Bourgh no era harto insoportable de por sí!

Emma no pudo reprimirse por más tiempo y dejó escapar la sonrisa que bailoteaba en sus labios desde segundos antes. Aliviada por el repentino ataque de hilaridad, inclinó la mirada hacia la puntera blanca de sus Converse para hilar sus pensamientos, unos en los que empezaba a vislumbrar una titilante luz al final del túnel en el que se había autoenclaustrado la última semana.

Pero Kristen no tenía en mente permitirle demasiada holgura, no fuera a ser que dichos pensamientos tomaran derroteros equivocados y en lugar de buscar una salida pretendieran hurgar más hacia el fondo.

—Habla con él —aconsejó, dócil—, llámalo, escríbele un wasap o ve directamente a su hermosa casita de campo para hacer las paces. Estoy segura de que te recibirá con los brazos abiertos.

Después de un eterno segundo en el que ambas miradas permanecieron amistosamente enlazadas y tras compartir sonrisas de afecto y complicidad, Emma cedió, descendió sus barreras emocionales y se dejó atrapar en el abrazo que Kristen le brindaba, recibiendo el abrigo que el puerto seguro en el que se había convertido el achuchón de su explosiva amiga le proporcionaba.

—¡Madre mía, la de fuegos artificiales que va a haber en esta reconciliación!

Por fortuna, Kristen no se permitió aflojar ni un ápice el abrazo o, de lo contrario, habría recibido una colleja segura.

# Capítulo 19

Alina observó un instante a Thomas, tan serio y tristón como en los últimos días, y comprendió en el acto el motivo de su amargura.

También ella se había sentido enfadada los primeros días, incluso podía ahora llegar a afirmar que Emma la había defraudado un poco al abandonarlos sin justificación alguna, hasta que comprendió que sintiéndose enfadada, disgustada o decepcionada no iba a conseguir gran cosa y que lo que debía hacer era actuar de una vez por todas si quería que las cosas se arreglaran y que Emma continuara a su lado. Y de verdad quería que Emma continuara a su lado.

Era ella o aceptar otro tipo de realidad más indeseable...

Observó entonces a la señorita pelirroja que se sentaba a su lado y frente a Thomas mientras degustaba con ridícula parsimonia el contenido de su taza de té, dedo meñique en alza y piernas perfectamente dobladas la una sobre la otra a la altura de la rodilla. Aquella tonta presumida no perdía el tiempo y había acudido a Hollybrook cada tarde de la última semana con una insistencia sospechosa.

En verdad Thomas no le hacía ningún caso, pero ella no parecía darse por enterada.

Obligada a formar parte de aquella charada, en realidad estaba más que segura de que Thomas recurría a ella para no quedarse a

solas con Caroline Hawke, Alina decidió que era hora de actuar, en lugar de quedarse en un rincón lamiéndose las heridas o de consentir que Thomas hiciera lo propio.

Ambos llevaban una semana en un estado de aflicción tal que le hacía recordar la temporada posterior a la pesadilla sucedida dos años antes. Y Alina no deseaba revivir aquello nunca más.

—Thomas —comenzó diciendo en un tono más persuasivo de lo habitual. Necesitaba captar la atención de su distraído hermano mayor —, me gustaría hablar con Emma —la primera reacción de Thomas fue arquear una ceja—; necesito hacerle una pequeña sugerencia para mi fiesta de cumpleaños.

Thomas le sostuvo la mirada un buen rato sin reflejar mayor expresividad en su rostro que la mostrada a través de aquel alzamiento de ceja mientras Caroline, muy al contrario, se delataba con sus gestos, como por ejemplo el de deslizar la mirada de un hermano a otro con nerviosismo o abrir unos ojos como platos. Alina se atrevería a jurar que una arruga extraña se había formado además en su estirado ceño.

—Faltan apenas dos semanas para tu fiesta, ¿no crees que es un poco tarde para hacer sugerencias?

Alina no se desanimó; al contrario, exhaló muy despacio mientras esbozaba una sonrisa timorata y absolutamente embaucadora.

—Estoy segura de que Emma aceptará encantada mi propuesta — comentó sin dejar de sonreír y aletear las pestañas—; di que sí, por favor, es mi fiesta de diez y me haría mucha ilusión. —Hizo un puchero mientras dedicaba a su hermano una mirada de cordero degollado. Aquello nunca fallaba y, por supuesto, no falló tampoco esa vez.

Thomas claudicó de forma rotunda. Exhaló largamente por la nariz para regalar después a su hermana una sonrisa rebosante de afecto, sabiéndose derrotado por completo.

—Si eres capaz de estar lista en diez minutos, te acercaré hasta su tienda antes de que cierre, pequeña embaucadora —concedió.

La niña soltó un chillido de alegría que hizo brincar en el asiento a Caroline, quien llevaba un buen rato presenciando el intercambio con la boca abierta en base a su estupefacción. Cuando la niña se levantó del sofá para lanzarse a los brazos de Thomas y colmarlo a

besos, la expresión de disgusto de la mujer era más que notoria; y si cualquiera de los dos Wright le hubiera prestado un mínimo de atención, se hubieran claramente apercibido de ello. Incluso expresión de asco compuso en un momento dado la estirada joven.

—¡Solo necesito cinco! —exclamó Alina, rabiosa de contenta, mientras abandonaba la sala a la carrera.

Y mientras Thomas continuaba observando el umbral vacío por el que su hermana acababa de conducir su algarabía, sonrisa en ristre y corazón contento, Caroline se permitió permanecer en silencio tan solo medio minuto antes de intervenir. No podía continuar callada a riesgo de que le diera un síncope, tales eran su estupefacción… y su disgusto.

—Sigo pensando, tal y como te dije en una ocasión —apuntó con tono firme—, que consientes demasiado a esa niña, querido Thomas. —Depositó la taza sobre la mesa auxiliar con exagerada ceremonia.

Thomas exhaló una gran bocanada antes de apartar la mirada del umbral para dirigirla por vez primera a su invitada. Y al posarla en ella y descubrir —aunque ya lo conocía sobradamente— aquel rostro artificial, reflejo de los continuos retoques estéticos llevados a cabo una y otra vez, su mirada altiva, su pose ególatra y tan estudiada como la de un robot, los ojos negros de Thomas reflejaron una indolencia abrumadora. Llevaba años intentando batallar con aquella mujer, intentando en vano modificar su forma de entender el mundo, la vida y a la humanidad, pero estaba claro que de nada servían sus esfuerzos cuando desde la cuna le habían inculcado lecciones bien distintas.

—Esa niña es mi hermana —apuntó—, y jamás la consentiré lo suficiente. Ella lo es todo para mí.

Caroline soportó el estoque asomando a sus labios rojos una sonrisa más falsa que penique de madera. Aquella niña era *demasiado* para él, eso lo tenía claro.

—Lo comprendo —suavizó su gesto ensanchando la sonrisa, aunque seguía resultando igual de falsa—, pero no me parece bien que la lleves hasta una vulgar floristería por el simple hecho de cumplirle un capricho. Con un mail podrías evitarte la inconveniencia de conducir con este calor; estoy segura de que un correo sería suficiente para que esa… Swamson se dé por enterada.

—Tú llevas una semana conduciendo cada tarde hasta Hollybrook, a pesar del calor.

Caroline jadeó, escandalizada por el ataque directo.

—¡Oh, pero no es lo mismo, querido! —protestó—. Desde el *cottage* de mi familia tan solo invierto veinte minutos en llegar hasta Hollybrook.

«Veinte minutos que bien podrías dedicar a otra cosa o a personas que apreciaran más tu compañía», pensó Thomas, mirándola fijamente y con desidia, pretendiendo no reflejar nada de su disgusto a través de sus oscuras pupilas.

—¿Cuánto necesitas tú para ir hasta esa... *tienducha* perdida en el barrio obrero?

—Permíteme informarte que el negocio de la señorita Swamson no se encuentra en el barrio obrero, sino en una de las zonas urbanizadas más cotizadas de Hampshire. —Estaba mostrando en verdad una gran paciencia porque al fin y al cabo conocía a Caroline y sus ínfulas insondables de superioridad, y lo que menos le apetecía en aquellos momentos y a esas alturas de su vida era intentar suavizar las impresiones de una petulante esnob—. ¿Hace cuánto que no pisas el pueblo, Caroline?

—¿Por qué debería hacerlo cuando dispongo de personal de servicio que lo hace por mí?

Thomas le sostuvo la mirada largo tiempo, consciente de la elevación repentina de barbilla de la joven, de sus párpados entornados y de la resolución que concedía a sus palabras.

—Me da mucha pena que pienses de ese modo, como si todo el mundo debiera estar a tu disposición y rendirte pleitesía.

Caroline, indignada, se levantó del sofá como impulsada por un resorte invisible para cuadrarse ante Thomas, quien por cortesía se incorporó inmediatamente después. Desde la desventaja posicional a la que la sometía la imponente estatura de Thomas, Caroline elevó la barbilla con arrogancia.

—Todo esto es por esa Emma, ¿verdad?

—¿Y qué si lo fuera?

Caroline encajó la mandíbula hasta que los molares restallaron. Sus pupilas azules centelleaban y sus manos cerraban en puños rematados por una manicura extrema que se clavaba en las palmas.

—¿Crees que merece la pena ensuciar tu reputación por un simple revolcón?

Thomas parpadeó, confuso. No sabía qué lo ofendía más, si el hecho de que Caroline catalogara como *revolcón* su relación con Emma o el hecho de que alimentara estereotipos tan arcaicos en pleno siglo XXI.

—¿Qué reputación, Caroline, por Dios? —exclamó airado, llenando el aire de aspavientos—. ¡No estamos en la época de la reina Victoria!

La joven continuaba con la mandíbula apretada, y por ello, cuando habló, a continuación lo hizo siseando y arrastrando las palabras a través de los dientes.

—¡Eres un conde, el conde de Haworth, santo cielo bendito! ¿Crees que puedes permitirte comprometer tu estatus social y a todos los de nuestra clase por revolcarte con una vulgar florista?

Aquello era demasiado y Thomas no estaba dispuesto a tolerar semejante sarta de sandeces y despropósitos, por lo que decidió que había llegado el momento de dejar atrás todo aplomo y corrección con una dama que se consideraba como tal, pero cuya lengua se revelaba tan sucia como la de un corsario.

—¿Era diferente cuando nos revolcábamos tú y yo?

Caroline no había contado con aquello. Una lágrima, una sola en realidad —y más que suficiente para el orgullo herido de una esfinge de hielo—, bailoteó en las artificiales pestañas rojizas.

—Te estás equivocando —susurró, lastimada en su vanidad—, y cuando te des cuenta de tu error será demasiado tarde. Ella no está a tu altura. Jamás lo estará; te dejará en ridículo, te cansarás de ella...

—Eso no pasará.

Caroline esbozó una sonrisa diabólica.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ella es todo lo opuesto a lo que nuestro mundo representa, Caroline. —Thomas sonrió. Y sonrió porque ya no hablaba con Caroline en realidad, sino que simplemente se limitaba a poner en labios sus pensamientos más íntimos y sinceros—. Sus ojos... —la sonrisa se amplió, acompañándose de un suspiro—, sus ojos son océanos en calma y su sonrisa es la brisa fresca de la mañana que arrastra las brumas...

Caroline compuso una expresión de hartazgo, pues tanta lírica y semejante inspiración empezaban a empalagarla; nunca había sido una mujer especialmente sensible, romántica o emotiva, sus credenciales se regían por la practicidad y la conveniencia. Por tanto la exposición de Thomas Wright, conde de Haworth y primordial candidato para arreglarle la vida y concederle un futuro conveniente, holgado y brilloso, resultaba para ella tan exagerada como incómoda, más aún porque ella no era la musa a la que tales palabras iban dedicadas.

Ignorante de lo que su diatriba hacía sentir a la forzosa oyente que lo acompañaba, Thomas continuó reflexionando en voz alta, pues al hacerlo sentía que aquella consigna se instalaba con mayor fuerza en su corazón.

—Y te aseguro que no me asustaría nadar entre tiburones y pirañas despiadadas si ella es el agua y su aliento la brisa que me ha de acariciar.

## Capítulo 20

Lo primero que vio Emma nada más echar el cierre y bajar la verja metálica de la tienda fue el flamante BMW negro deportivo aparcado en la acera de enfrente.

Aquel descubrimiento consiguió acelerar de tal forma su corazón y desatar en sus tripas semejante revolución nerviosa que se sintió a punto de colapsar, tanto cardíaca como respiratoriamente hablando. Eso sin mentar el síncope cerebral que amagó con incapacitarla del todo cuando sus rodillas se doblegaron como si fueran de gelatina. Si no se desmayó allí mismo fue tan solo porque Dios no lo quiso así.

Empezó a sudar y su corazón comenzó a zumbar con violencia a pesar de que las lunas tintadas le impedían observar el interior del vehículo. No hacía falta ver nada: sabía de sobra a quién pertenecía. No había visto ningún coche similar hasta que ella misma fuera invitada a subirse a uno para ir a cenar con el hombre más maravilloso y apuesto del mundo. El hombre al que pertenecía su corazón.

La puerta del acompañante se abrió de golpe y una niña sonriente cruzó la calle a todo correr para lanzarse a sus brazos sin previo aviso y rodearla con un abrazo de cadera que ablandó de forma definitiva su corazón, obligándola a disimular un estremecimiento.

—¡Oh, Emma, te he echado de menos! —sollozó la niña,

afianzando el abrazo en torno a su querida amiga—. Comer *waffles* de chocolate ya no es lo mismo si tú no estás.

Emma no pudo evitar la sonrisa que asomó de forma automática a sus labios. También ella había echado de menos a aquella dulce niña.

¿Y a qué negarlo?

Había echado muchísimo de menos a su hermano.

Todavía abrazada a Alina, que amenazaba con no liberarla jamás de su lazada perpetua, Emma alzó la mirada hacia el coche para descubrir al conductor que se bajaba y rodeaba el vehículo muy despacio para mostrarse y formar parte, aunque de forma distante y respetuosa, de la escena.

Thomas, tan elegante y atractivo como solía estarlo cada día de su vida, alzó la mano derecha a modo de saludo y formó un «hola» silencioso con los labios. Acto seguido agasajó a la joven con una sonrisa prudente.

Emma le devolvió primero la sonrisa, tímida y trémula, y después un «hola» igual de mudo que el que ella había comprendido en la distancia.

Y en realidad no hizo falta una mayor comunicación entre los dos. Aquellos sencillos saludos ni siquiera pronunciados consiguieron romper las columnas de hielo que se habían formado desde hacía días; y aunque el corazón de Emma continuaba bombeando como una máquina fallida a punto de detonar, supo por un instante que todo estaba bien.

—Emma, ¿te apetece ir a cenar con nosotros a algún sitio? —preguntó de pronto la niña, deshaciendo despacio el abrazo para mirar a su amiga con expresión zalamera y un batir de pestañas absolutamente delator.

En la distancia Thomas suspiró, entremezclando su exhalación con una sonrisa incrédula.

Alina era una tramposa redomada y había esgrimido el pretexto de comentarle a Emma algo acerca de la fiesta de cumpleaños con el único fin de reunirse con ella y de ese modo obligarlos a ambos a reencontrarse. Aquella pequeña era más lista de lo que podría esperarse para su edad, aunque en ese caso concreto demostraba una mayor madurez que la revelada por él mismo, quien hasta el momento había actuado como un cobarde silencioso.

—No conozco muchos locales por aquí cerca donde den de cenar —comentó Emma, pero ante la repentina expresión de decepción que apreció en la mirada de la niña, se apresuró a añadir—, pero yo vivo aquí arriba, si te apetece podemos improvisar algo.

La sonrisa de Alina podría tranquilamente iluminar medio Hampshire, sumada la felicidad que transmitía con la potencia radiante de sus ojos azules. De ningún modo escondió su felicidad la pequeña, pues de inmediato empezó a pegar saltitos y dar palmas para exteriorizar su alegría, por si acaso no hubiera quedado ya suficiente constancia de ella a través de su expresión.

—¡Estupendo! —exclamó emocionada, encendido el color—. ¡A mi hermano se le da muy bien cocinar pasta!

De forma inevitable, Emma y Thomas intercambiaron una mirada.

El hecho de que las pupilas se entrelazaran en ese mismo instante, de que sendas sonrisas llenas de complicidad afloraran a un tiempo y de que los momentos compartidos en el pasado, en una situación similar, asomaran de inmediato a la mente de ambos, provocó que Emma se pusiera colorada como un tomate y que Thomas sintiera una repentina punzada en el corazón. Los sentimientos afloraron de golpe y resultó imperativo silenciarlos a riesgo de que acabaran por desbordarse.

—Vamos —dijo Emma, volviéndose en dirección al portal por el que accederían a la vivienda.

Alina la siguió de inmediato, sin deshacer el abrazo que la mantenía sujeta a la cadera de Emma. Un par de pasos por detrás, Thomas escoltó en silencio a las dos mujeres más importantes de su vida.

***

Thomas se vio empujado a cocinar una vez más su deliciosa pasta boloñesa y, de hecho, una vez más se atavió con el delantal de corazones de Emma, para regocijo de su hermana pequeña y gran emoción, con el consiguiente desborde de sentimientos, por parte de la anfitriona.

Durante el transcurso de la improvisada cena, ninguno de los dos dispuso de un momento adecuado para poder hablar de todo cuanto albergaban en su interior y debía ser mostrado, pues en verdad Alina, inocente e inconscientemente, monopolizó por completo la conversación.

No obstante no faltaron instantes de gran intensidad entre Thomas y Emma, como cuando entrelazaban sus miradas mientras Alina seguía desenrollando su carrete dialéctico, ajena a todo, y se veían obligados a apartarlas al cabo de unos minutos debido a la intensidad delatora de estas o al volcán que resurgía y bullía en el interior de cada cual, producto de la emotividad que tan profunda observación provocaba.

También, mientras intercambiaban las fuentes o se pasaban la bebida, se sucedió algún roce de dedos fortuito, o tal vez pretendido, que desataba una fuerte descarga eléctrica en su interior e impelía a apartar la mano con rapidez, como si el contacto hubiera producido un fuerte impacto sensorial a cualquiera de los dos.

Y todo ello debía ser disimulado, contenido y postergado, pues ni era aquel el momento apropiado para asomarlo a la superficie desde las profundidades del alma ni el hielo acababa de romperse del todo. Aunque los sentimientos estaban ahí, y cada cual era consciente de los suyos, había una conversación pendiente que debía tener lugar.

Después de haber cenado y realizado una sobremesa entretenida en la que Alina los empujó a jugar al parchís, y tras haber ganado cinco partidas seguidas, llegó el momento de la despedida. Fue la pequeña la que se demoró especialmente bajo el umbral, postergando el odioso momento de la separación.

—Recuerda que debes venir un día a Hollybrook —dijo muy seria—, todavía quiero enseñarte los nidos de las golondrinas.

Emma miró de forma inconsciente a Thomas y, al hacerlo, descubrió que el gesto de él se vestía de un ligero ceño.

Aquello supuso un inesperado aguijonazo en su corazón. ¿Por qué parecía tan serio de golpe, incluso disgustado y ceñudo, después de las palabras de su hermana? ¿Acaso tal proposición le disgustaba? ¿Acaso había traído a Alina hasta allí simplemente por el compromiso de complacerla? Pero entonces, todas las señales que Thomas parecía haberle estado enviado durante la noche… ¿eran equivocadas? ¿O la equivocada había sido ella por negarse la verdad y ver solo lo que

quería ver?

—Me encantará verlos —respondió, devuelta su atención a la pequeña Wright.

Una vez que Alina se hubo despedido con un abrazo interminable, se hizo a un lado para ceder espacio a su hermano. Thomas se encontró de pronto y frente a frente con Emma por primera vez en toda la noche... y no supo cómo reaccionar.

Ninguno de los dos supo, en realidad, y fruto de semejante incapacidad tuvo lugar un momento bastante incómodo.

Fue Thomas quien se inclinó el primero para dar un beso en la mejilla a la joven, pero antes siquiera de que los labios rozaran su rostro se detuvo, a saber Dios por qué, pero lo suficientemente cerca como para que sus intenciones resultaran indisimulables.

Emma, quien consciente del gesto se había alzado de puntillas al tiempo, se detuvo también.

De ese modo, encontrados a escasa distancia, cada uno movió el rostro en la dirección contraria a la que lo movía el otro, resultando imposible coincidir. Parecía, primero, que fueran a besarse en la mejilla; después, en los labios, pero ningún beso tuvo lugar porque ninguno de los dos supo qué beso debía suceder.

No encontraron, a continuación, la forma de arreglar la situación, por lo que se limitaron a cuadrarse de nuevo frente al otro y alargar las manos a un tiempo para estrecharlas en un gesto demasiado distante para el ardor que ambos sentían en sus corazones.

—Buenas noches —dijo Thomas.

—Buenas noches —respondió Emma.

Thomas se negaba a la despedida, aunque era obvio que a esas alturas no quedaba mucho más que hacer o decir.

—Gracias por la cena.

—Gracias por...

Y Emma no supo cómo continuar. ¿Gracias por rememorar un instante pasado de felicidad que en esos momentos parecía tan distante como la luna? ¿Gracias por regresar a ella, aunque nada más fuera que de forma fugaz e irreal? ¿Gracias por hacerle ver que con su sola presencia y su cercanía ella era absolutamente vulnerable de corazón?

Con un hipido contenido se silenció, poniéndose colorada de

golpe.

Thomas se limitó a esbozar una sonrisa dulce y a cabecear en despedida. Tomó de la mano a Alina y juntos se dieron la vuelta para bajar las escaleras.

## Capítulo 21

Emma no regresó a Hollybrook en los días siguientes.

Sabía que Alina esperaba su visita, pero en verdad y después de su extraña despedida de Thomas no sabía a qué atenerse ni qué pensar.

A ratos quería creer que el conde sí sentía algo por ella y que tal vez fuera posible, después de todo, iniciar algo bonito con él. Después recordaba su ceño fruncido y la indecisión que mostró al despedirse, pues estaba claro que no supo entonces si besarla en la cara o en los labios, y se sentía simplemente ridícula por albergar alguna esperanza.

¿Por qué no se acercaba él solo hasta la tienda, o hasta su casa, sin Alina?

Si estuviera en verdad interesado hubiera ido hasta allí, como otras veces, para sorprenderla y alegrarle el corazón. ¿Se había cansado ya de ella? ¿Había supuesto un pasatiempo cuyo interés ya había prescrito después de haberse acostado unas cuantas veces?

Entonces un día, en medio del mar de dudas y tristeza en el que flotaba inerte y sin esperanza ya de alcanzar tierra firme, apareció un mensajero con un enorme paquete a su nombre.

No había remitente alguno en el exterior de la caja y las dimensiones de esta resultaban lo suficientemente amplias como para atrapar la atención de Emma. Lo abrió con urgencia, primero tratando tan solo de despegar la cinta, pero, a la vista de la grandísima

curiosidad que sentía y empujada por la impaciencia, terminó rompiendo el cartón. Conforme avanzaba en la destrucción de la caja, el corazón latía más y más fuerte, motivado por la sorpresa que generaba aquel paquete desconocido e inesperado.

Cuando el embalaje quedó despedazado a un lado y su contenido asomó al exterior, Emma se vio obligada a llevarse ambas manos a la boca, abierta en el ahogo de una exclamación, mientras caía de rodillas y de sus ojos velados comenzaron a fluir las lágrimas como de un surtidor.

Los jadeos se alternaron con sollozos, los sollozos con gemidos de sorpresa, sentimiento, aflicción y alegría, y las lágrimas continuaban brotando imparables, llenando el rostro pálido de Emma de regueros de humedad. El llanto se volvió entonces sonoro y no pudo evitar quebrarse por completo con un desconsuelo desgarrador.

Frente a ella, en una maceta de barro, un arbolito de magnolio cargado de flores rosadas asomaba en todo su esplendor, tan radiante y lleno de vida como una ventana rebosante de sol. Tan precioso como lo había sido el de su abuelo, muchos años antes, y posiblemente igual que el que sus padres habrían querido comprarle aquel fatídico día.

En medio del llanto descubrió la tarjeta en el sustrato todavía húmedo; y mientras la releía en su cabeza a través de unos ojos por completo velados por el desconsuelo, los gemidos continuaron sucediendo a las lágrimas.

> Me gustaría llenar de magnolias tu vida y tu corazón.
>
> Y colmar tu presente y tu futuro de recuerdos de los dos, de ilusiones y sueños por cumplir capaces de borrar todo el dolor y la soledad del pasado.
>
> ¿Me permitirás intentarlo?

# Capítulo 22

Y por fin llegó el día de la fiesta de la pequeña señorita Wright.

Emma y Kristen se levantaron muy temprano aquella mañana, apenas cuando las primeras luces blanquecinas del alba habían empezado a desplegarse por el lugar como lacios jirones de seda, con el propósito de tenerlo todo colocado y listo para cuando empezaran a llegar los invitados y la propia homenajeada se encontrara con su bonita sorpresa.

Sin duda Emma se había esmerado especialmente con el trabajo, pues, aparte de poner en cada ínfimo detalle todo su buen gusto y profesionalidad, había dotado cada elemento de gran finura, muchísimo cariño y un gran afecto personal.

Alina se merecía lo mejor, y por ello se sentía tan nerviosa como una niña en su primer día de colegio.

Thomas no había dado aún señales de vida a pesar de que Emma lo buscó con la mirada en todo momento y en cada lugar, deseosa de encontrarse con su mirada y dejarse envolver por el hipnótico halo que desprendían sus pupilas de ónice. También deseaba observar su reacción y descubrir complacencia en su gesto.

Agradar a Alina y a Thomas era lo que más le preocupaba en aquel momento.

No…

Mentía como una bellaca…

En esos momentos lo que más le preocupaba, por encima incluso del beneplácito ante un trabajo perfectamente ejecutado, era ver a Thomas para llevar a cabo lo que se había propuesto.

Ese día hablaría con él o se silenciaría para siempre.

Había dispuesto de tiempo suficiente para analizar sus sentimientos, unos que conocía ya muy bien, y había llegado a la conclusión de que debía hacer caso a su corazón o de lo contrario se pasaría el resto de su vida lamentándolo, analizando lo que pudo ser y no fue o percatándose de todo el desperdicio que resultaría dejar dichos sentimientos relegados a un segundo plano.

Tal y como era de esperar, Alina, ataviada con un vestido de seda blanco, se emocionó muchísimo con la organización llevada a cabo por y para ella.

¡Todo resultaba perfecto a sus ojos! ¡Todo digno de un cuento de hadas y princesas! Las plantas que acompañaban a los invitados hasta la entrada principal, los arreglos florales, el arco vegetal y la mesa dulce consiguieron emocionarla hasta el punto de llevarla al llanto. Un llanto, por supuesto, de felicidad y gratitud.

—¡Gracias, gracias, gracias por hacer que este día sea perfecto! —Se abrazó a Emma como si no hubiera un mañana y también ofreció su cariño y agradecimiento a Kristen, que no se demoró en apuntar a Emma por lo bajo que sin duda tendría una cuñada estupenda y muy cariñosa.

Por supuesto, Emma tampoco se demoró en propinarle un codazo de advertencia.

Por petición de la niña, pues de Thomas todavía no había ni rastro, las socias de El Paraíso Perdido se quedaron a la fiesta, así que después de que Kristen se agenciara un par de bebidas y la niña regresara con su grupo, ambas se apartaron a un ángulo oscuro del jardín donde poder observar a la concurrencia con tranquilidad y la certeza de no llamar la atención ni ser ellas mismas observadas.

Así, amparadas tras las enormes hojas de un platanero, observaron cómo los invitados empezaron a llegar; y a juzgar por el lujo que destilaban sus vehículos y sus vestimentas, también por algún que otro acento peculiar que Emma consiguió distinguir desde la distancia, supo enseguida que todos ellos pertenecían a una clase social muy

distinta de la propia.

—Míralos, Em —dijo Kristen, apuntándolos con su copa—. ¿Qué ves ahí delante?

Emma no contestó, puesto que no comprendió el sentido de la pregunta.

—Yo veo muchos billetes andantes y la posibilidad de más trabajo —respondió Kristen—. Creo que no estaría de más alternar un poco para tratar de captar nuevos clientes.

Emma la miró de soslayo.

—Todos tuyos, Kris.

—Déjame terminar este cóctel y me lanzo a abordar al primer ricachón madurito que me encuentre por ahí, tal vez esté interesado en un ramo de rosas, o dos o tres, para cualquiera de sus amantes.

Emma puso los ojos en blanco. Kristen seguía sin tener remedio.

—Deberías andarte con cuidado, *tu* Jamie seguro que anda por alguna parte, ¿o acaso has olvidado dónde estamos?

Kristen compuso una mueca.

—Yo solo procuro mirar por el bien del negocio, malpensada...

—Y quizá él malinterprete tu dedicación profesional, ¿no te parece?

Kristen le dedicó un guiño travieso.

—No te preocupes, después me ocupo de Jamie.

Agotada de la disparatada elocuencia de su socia y amiga, Emma devolvió la atención a la concurrencia. Si bien los presentes no parecían representar el papel de esnobs arrogantes, vanidosos e insoportables, estaba claro que precisamente plebeyos no eran. No hacía falta más que fijarse en su ropa, en sus elaborados peinados, en las joyas que lucían y, en definitiva, en esa pose digna que la mayoría componía ante los demás. ¿Cuántos aristócratas o miembros de la alta sociedad se habrían congregado allí aquel día?

Emma llegó, por un momento, a contar veinte almas de alto copete. Veinte, ni más ni menos; por tanto cuarenta ojos censores que se mantendrían a la expectativa.

Trató de respirar hondo y empujar hacia el fondo de sus entrañas la ansiedad que ya empezaba a tomar forma y ascender en volandas hasta el centro de su pecho.

Aquel era un escollo que debía aprender a dominar si quería que

su historia con Thomas funcionara. Y quería, desde luego, que su historia con Thomas funcionara.

Por fortuna y para gran alivio personal, no encontró ni rastro de la tal Caroline, la esfinge pelirroja. En esos momentos, vestida con vaqueros anchos y una sudadera gris de algodón con el bajo deshilachado, no le apetecía competir con aquella modelo vestida de punta en blanco.

Unos cuantos niños y niñas vestidos con elegancia componían el reducido séquito infantil que acompañaba a Alina; y si lo cierto era que parecía no existir una gran camaradería entre el grupo, estaba claro que se conocían y que se frecuentaban de vez en cuando, a juzgar por el entendimiento que con el correr de los minutos se apreció entre ellos. Al menos poseían algún tema de conversación y Alina participaba de ella; y eso era lo más importante habida cuenta del triste episodio acontecido en el pasado de la pequeña, por lo tanto Emma se sintió feliz por la querida Alina.

Bastante tiempo después apareció Thomas, excusándose con todos los presentes debido a que un asunto de última hora relacionado con trámites legales lo había retenido en el despacho de su administrador.

Cuando Emma lo vio abrirse paso entre los invitados, la boca se le secó en el acto.

Thomas era sencillamente un dios descendido sobre la Tierra.

Vestido con un suéter fino de color beige y pantalón de traje negro, todo ello confeccionado a medida y perfectamente ajustado a su atlética constitución, se movía por entre la gente, saludando a unos y a otros con la seguridad de un líder, siempre sonrisa en ristre y mirada brillante.

En un momento dado, aquella misma mirada se encontró con la de Emma, a pesar de la distancia que los separaba y de que ella permanecía medio oculta, en compañía de Kristen, tras las anchas hojas del platanero.

Era como si sus almas no necesitaran verse para sentirse la una a la otra, como si un sexto sentido los llevara a buscarse a pesar de la inmensidad que los alejaba, como si el universo entero confabulara para que se encontraran, siempre y cada vez, fueran cuales fueran las vidas que hubieran de sucederse a través de los océanos de tiempo que se empeñaran en separarlos.

Caminó decidido a través de la marea de invitados para posicionarse al lado de Emma.

Kristen, consciente de la importancia del momento, se excusó —aunque probablemente ninguno de los dos le prestó atención—, para alejarse y dejarlos solos, alegando con un guiño dedicado a Emma que debía buscar el cliente idóneo para sus ramos de rosas.

Tras unos minutos de forzoso silencio y miradas sostenidas, fue Thomas quien primero habló:

—Gracias por el magnífico trabajo —dijo, observando en derredor—. Alina está encantada, todo ha quedado precioso.

Emma sonrió. El corazón galopaba en su pecho como corcel desbocado.

—No podía ser de otro modo… y Alina, desde luego, no se merece menos.

Thomas cabeceó en asentimiento mientras sostenía la mirada de Emma; de sus labios brotaba una sonrisa que no alcanzaba sus pupilas.

¿Debía hablar? ¿Debía poner las cartas sobre la mesa de una bendita vez, aun a riesgo de espantar a Emma y perderla para siempre?

—Recomendaré El Paraíso Perdido a todos mis conocidos —dijo sin embargo.

Emma jadeó una sonrisa.

¿Aquello sería todo lo que iban a decirse? Después de todo el sentimiento que inflamaba su corazón, después de tantos momentos compartidos entre los dos… ¿su conversación iba a ser tan fría, tan profesional y tan despegada? ¿Era eso lo que Thomas quería? ¿Era eso con lo que ella se conformaría?

—Eso espero. —Emma sonrió, nerviosa y temerosa de que el momento terminara sin más, dejando su corazón tan frío como los casquetes polares del norte y su alma yerma como un páramo desolado—. Nos vendrá muy bien tener muchísimos encargos a partir de ahora, o de lo contrario deberemos cerrar.

—Confío en que así sea —al percatarse de la ambigüedad de su respuesta, Thomas se apresuró a añadir—, ¡el tener muchos encargos, me refiero!

Emma sonrió, en verdad divertida ante la reacción de Thomas.

—Desde luego sería una lástima tener que echar el cierre a vuestra

empresa —continuó él, totalmente serio esta vez—. Eres una gran profesional, Emma, y una amante de tu trabajo que se merece lo mejor.

Emma descendió la mirada sintiendo el repentino picor detrás de los párpados. No podía más. Thomas pondría fin a la conversación en cualquier momento para regresar con sus invitados y la oportunidad de mostrar sus sentimientos, aquellos que ya empujaban desde el fondo de su alma pugnando por salir, se esfumaría como la bruma temprana de la mañana ante los primeros rayos de sol.

Tras una exhalación tan forzada y prolongada que consiguió vaciar sus pulmones, sabiéndose tan colorada como tomate maduro y tan sofocada como el náufrago que asoma por vez primera la cabeza sobre la superficie del agua, Emma alzó sus brillosas pupilas para buscar las de Thomas.

Cuando habló a continuación, su voz sonó tan atropellada como trémula.

—Me preguntaste una vez qué es lo que quería de ti —dijo entre sollozos—, y no te contesté.

Thomas frunció el ceño para observarla muy serio. Bajo su suéter de perlé, el corazón masculino golpeaba como tan solo podría hacerlo un mazo batiendo contra un cepo de madera.

—No lo hice, Thomas, y no porque no lo tuviera claro entonces —su voz se quebró en aras de un sollozo sonoro que Emma disimuló llevándose el dorso de la mano a los labios—, sino porque en modo alguno me sentía merecedora de tener algo así... —tragó seco—, y aún siento que no lo merezco, que no te merezco, pero sin duda eres tú lo que quiero. —Adelantó la mano derecha para acunar bajo su palma la mejilla de Thomas en una caricia sutil—. Te quiero a ti, Thomas Wright.

A su vez, Thomas adelantó su mano para acunar también la mejilla de Emma, que ya aparecía perlada por un llanto que amenazaba con no detenerse jamás.

—Emma...

—Gracias por las magnolias —en medio del llanto, apareció una sonrisa estrangulada—, es el gesto más bonito que nadie podría tener conmigo jamás.

—Representa un nuevo comienzo, mi querida Emma, lleno de

sueños por cumplir y nuevas ilusiones —aseguró Thomas—; si me das la oportunidad de demostrártelo, te aseguro que crecerá y florecerá del mismo modo que lo harán nuestros sentimientos. Te adoro, pequeña. Eres la flor que despierta mis sentidos y proporciona razón de ser a mi existencia.

Emma sollozó una vez más, y sus gimoteos se entremezclaron con sonrisas ahogadas.

—Me temo que ya no tienes excusa: tendrás que conocer a la tía May —aseguró risueña—, de hecho ella está deseando conocerte, señor conde de Haworth.

Thomas enarcó una ceja, divertido ante la hilaridad que concedía Emma a la mención de su título nobiliario.

¿Tal y como hizo en su día Cassandra Bonner?

Sí, posiblemente igual.

Y él estaba dispuesto a adorarla del mismo modo que hiciera antaño el anterior Thomas Wright.

—Bueno, y tú tendrás que conocer a mi pariente Robert Thynne —Thomas le guiñó un ojo—, ya sabes, el duque. Ha venido con su familia desde Harewood al cumpleaños de Alina, y por lo que he podido ver, hace rato que no te quita ojo de encima.

Emma jadeó asustada.

—¿A mí, por qué?

—Quizá porque es obvio y salta a la vista que solo tengo ojos para ti desde que entré al jardín. —Esta vez se movió para alzar ambas manos y enmarcar con ellas el rostro de Emma, acunando ambas mejillas bajo sus grandes palmas—. ¿Quieres empezar una nueva historia juntos? ¿Quieres reescribir el destino de los Wright conmigo?

Y Emma dejó de ser solo Emma, la Emma insegura e indecisa, la Emma cargada de miedos e indecisiones para pasar a convertirse en una sonrisa infinita impregnada a un rostro bañado por el llanto vívido de la felicidad.

—Por supuesto, por supuesto Thomas…

Thomas se inclinó lentamente hacia ella, las miradas de ambos entrelazadas, hasta que la cercanía fue tanta y tan intensa que esta vez fueron los labios los que se engarzaron como dos piezas que ensamblan a la perfección.

Y allí, a la vista de los invitados, sin ocultarse lo más mínimo ni

avergonzarse de sus actos, ambos se besaron con auténtica pasión y devoción, revelando a la vista de todos los nobles y terratenientes presentes una clara demostración de intenciones.

Thomas amaba a aquella mujer; y del mismo modo que hiciera su antepasado dos siglos antes, él también estaba dispuesto a desafiar a quien fuera, a la sociedad entera de ser menester, con tal de alcanzar la felicidad al lado de la joven que él mismo había escogido y que, a su vez, parecía dispuesta a escogerlo a él… por encima del rancio título de conde de Haworth.

# Nota de autora y agradecimientos

Dar forma a la familia Wright ha sido un proyecto maravilloso del que me siento tremendamente orgullosa y emocionada de formar parte, especialmente porque mis adoradas compañeras de pluma en esta ocasión me han propuesto un reto que consideraba casi imposible de llevar a cabo. Soy y me considero una autora de época anclada al siglo XIX, por lo que trasladar mi historia (la narración, el vocabulario y una trama a la que no estoy habituada) a la actualidad ha sido para mí como asomarme al borde de un abismo. Ahora y una vez concluido el manuscrito, he de reconocer que me lo he pasado muy bien y que por una vez cambiar los bonitos landós de antaño por un mini Cooper azul eléctrico ha sido una experiencia memorable y hasta divertida. Gracias, May Bonner, por permitirnos formar parte de tu sueño. Y gracias a las restantes artífices del mundillo Wright: Arlene Sabaris, Claudia Cardozo, Raquel Gil y Julianne May.

Gracias al equipo de Selecta por su profesionalidad, su dedicación y su cariño, especialmente a Lola Gude, por dar alas una vez más a este sueño y confiar en nosotras.

Gracias a mis chicas de ultramar, siempre fieles a mi pluma: Anabel Reyes, Patricia Lodigiani, Lety Aparicio, Beatrice Pinto, Silvana Alayon, Sandra Arredondo, Micaela González, Paula Gardenal, María Florencia Pescetto, Mónic Flores, Annete Rodríguez, Raquel Canavese; y a mis adoradas Lectoras Insurrectas: Marcia, Adriana,

Mabby, Conchita, Débora… Qué gusto saberos del otro lado.

Gracias a Vero RG, a María Teresa RG, a Isabel Mosquera , a Isa Meléndez, Ana Fernández, Marta Luján, a Ana B. Pena y Silvana Vázquez, Sabela y Lucía Mazás, a Laura Fernández, Eva García Carrión, a María José Alcaraz, a Marta Fernández, a Susa Paz y Marisa Paz. Gracias por querer y por buscar siempre mis historias.

Gracias a Diego y a Elizabeth. Siempre.

Gracias a es@sBloggersmaravillos@s que están pendientes de cada una de mis historias, que me animan y me apoyan y esperan con ilusión cada nueva novela.

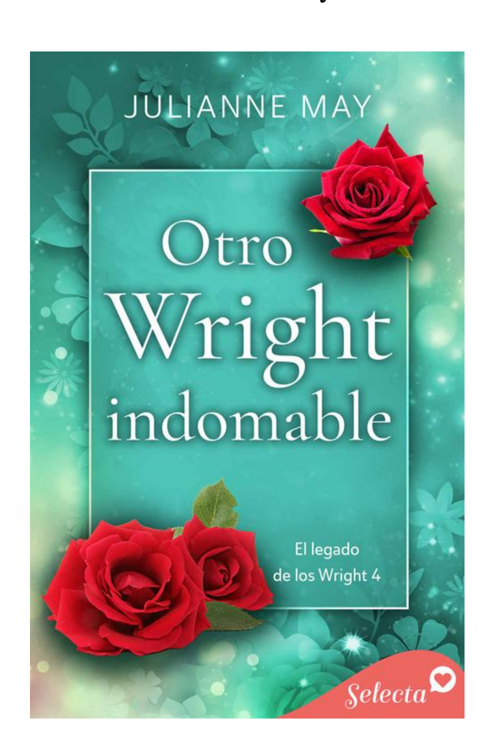
Y gracias a ti, lector, que tal vez me lees por vez primera, ojalá desees continuar conociendo los desvaríos de esta humilde y romántica soñadora. Puede que albergue algunos fallos, pero no dudes en que albergo todavía muchísima más ilusión para dedicar a cada escrito.

## Próximamente

## Otro Wright indomable

Serie *El legado de los Wright* 4

Julianne May



# Prólogo

*Inglaterra, Londres. Junio de 2022*

¡Sorpresa en el cine!

Sé que aman los asuntos de moda y saber si Harry Styles sigue en pareja o al fin está libre para continuar alimentando nuestra esperanza de convertirnos en su cenicienta, pero esta vez siento tener que dejar esos asuntos para la próxima columna, pues la noticia que tengo para desvelarles no tiene desperdicio.

Y es que de verdad les hará soltar más de un lagrimón, quizá de tristeza, quizá de nostalgia. En mi caso, de felicidad, pues se proyectará una única función de ni más ni menos que de… ¡*El show de Benny Hill*!

¡Sí! Leyeron bien: ¡Benny Hill! Ese hombre que nos ha robado risas hasta el cansancio estará de regreso con un compilado de sus mejores *performances* este domingo a las 11 a. m. en el viejo cine comunitario Shakespeare.

No podía dejar de recordárselos, y no solo porque será una única función, sino también porque será la última de este cine que, luego de cuarenta años, dejará de funcionar para ser derrumbado.

¡Espero que disfruten la función!
*Arrivederci!*

June Dreams
Columnista de moda y espectáculos

# Capítulo 1

No voy a mentir. Por un lado, porque no tiene sentido hacerlo. Y, por el otro, porque ya ni sé qué es cierto y qué no. De hecho, ni sé quién demonios soy...

Ok, sí, sé quién soy (tan loca no estoy): June Dreams, soltera, mujer de metro sesenta, rubia (teñida, no me juzguen), con marcadas curvas de las que me siento orgullosa y que estudió siete malditos años del grado de Periodismo para recibirse y conseguir un puesto en la revista de moda más consumida de Londres.

Sí, resumidamente, sé quién soy. Pero ese no es el problema. La cuestión está en que no me gusta. Aunque, para ser más precisa y justa, lo cierto es que no sé quién quiero ser. Y de más está decir que, con la última estúpida columna que acaban de leer, queda más que claro que tengo un severo inconveniente. Al menos respecto de mi profesión, pues solo un suicida escribiría semejante porquería de «noticia» que ni un periódico barrial publicaría. Y no se enojen: amo a Benny Hill, pero es que no sé qué fue lo que se atravesó por mi cabeza que me llevó a creer que esa columna estaría bien para *Spotlight*, la revista para la que escribí la «gran novedad» sobre *El show de Benny Hill*. Aunque, sin necesidad de profundizar mucho, lo cierto es que la insatisfacción fue, sin duda alguna, el motor a este gran desastre y que, por supuesto, no tardó en tener serias consecuencias...

De: Robert Wright
Para: June Dreams
Asunto: Benny Hill

A mi oficina. Ya.

Robert Wright
Director general

«¡Mierda!», pensé al ver el correo. Y necesité leerlo dos veces. Sí, dos veces, pues jamás en la vida había recibido un mensaje de él, de Robert Wright, el dueño y director de la revista *Spotlight* para la que trabajaba desde hacía cinco años.

Unos cinco años bastantes frustrantes a decir verdad.

Pero no tenía tiempo para pensar. Sabía que ese mail no auguraba nada bueno y lo mínimo que podía hacer era presentarme cuanto antes.

«Todo saldrá bien. Todo saldrá bien. Tod…», me susurré nerviosa y con los ojos cerrados, pero no pude continuar, pues la puerta se abrió y, al descubrir la mirada atónita del director, me quedé sin aire.

Con una ceja alzada y la vista celeste hielo, Robert Wright me miró de arriba abajo y, tras hacer una mueca de disgusto, con un gesto de mano me invitó a que entrara.

Casi muero de un infarto cuando este hombre, que me dobla en edad, me fulminó de forma tan severa. De hecho, me sentí como una niña de tres años a punto de ser regañada por su padre.

—Puede sentarse, señorita Dreams, aunque, en su lugar, no me tomaría la molestia.

«Carajo. ¿Me va a echar?». Tragué saliva y, aunque dudé, preferí quedarme de pie. Si me iba a dar una patada en el culo, que al menos fuera lo más rápido posible.

Al entender que no me movería, Robert puso los ojos en blanco y, tras respirar profundo, me dio la espalda, se acercó al enorme ventanal y enfocó la vista en la moderna Londres.

—¿Quiere empezar usted o prefiere que hable yo?

Me aclaré la garganta. Tenía que hablar, decir algo y, por supuesto, que no fuera estúpido.

—Dígame en qué puedo ayudarlo, señor Wright. Estoy a su entera

disposición.

Y en cuanto terminé la oración, cerré los ojos del arrepentimiento.

¿Era en serio? ¿Acaso eso era lo mejor que podía decir?

Abrí los ojos y suspiré.

Robert Wright se giró y, con el ceño hiperfruncido, completamente sorprendido por mi estúpida respuesta, me miró de arriba abajo una vez más, aunque con una rabia que no me pasó desapercibida.

—¿Está hablando en serio, señorita Dreams? —Caminó unos pasos, se aferró al respaldo de su asiento y clavó la mirada en la mía, aunque entrecerrando los ojos de una manera que me dio escalofríos —. Porque si así es, no entiendo por qué demonios no hace lo único que espero luego de pagarle el sueldo que recibe cada mes.

—Lo siento, señor Wright, yo no...

—Usted no ha hecho su trabajo, que es lo único que espero —me interrumpió.

Y claro: contesté al instante, algo que habitualmente yo, June Dreams, jamás haría..., a menos que los efectos del alcohol aún corrieran por mi venas, tal como ocurrió en ese momento (y qué no va al caso explicar... al menos por ahora).

—Bueno, técnicamente sí hice mi trabajo... —solté de forma medio desfachatada, mirando un punto lejano del paisaje de Londres. Pero entonces, cuando mis ojos retornaron al rostro enardecido del señor Wright, tragué saliva—. Aunque entiendo que no le ha agradado, ¿verdad? —Y sonreí con más incomodidad que la que se siente cuando sueñas que estás desnudo en un lugar público.

No sé si solo fue imaginación mía, pero vi cómo uno de los ojos de mi jefe comenzó a temblar. Una muy mala señal, por supuesto.

Despacio pero decidido y sin quitarme la mirada de encima, Robert Wright soltó el respaldo de su asiento, caminó los pasos que lo distanciaban de mí y, tras entrecerrar la vista, observó mis ojos y, acto seguido, me olfateó de forma completamente inesperada.

—Lo imaginé —lanzó dando marcha atrás. Se cruzó de brazos, suspiró y soltó lo último que yo quería oír—: Está despedida.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

No podía ser cierto, pero sin duda alguna lo era. Yo, June Dreams, por una sola noche (patética y en soledad, sea dicho de paso) estaba

echando a perder todo lo que hasta entonces había logrado y que, entendía, era lo que siempre había deseado.

Debía hacer algo. Lo que fuera.

—Señor Wright, por favor, le suplico que me entienda. Yo...

—No me interesa su vida privada, señorita Dreams —expresó mientras retornó a su asiento y lo hizo a un lado para sentarse—. Lo único que quiero es que mis empleados hagan su trabajo, y usted ha incumplido. Está despedida, y es una decisión tomada. Tome sus cosas y retírese del lugar —finalizó con la mirada ya puesta en su móvil.

Y quizá mi yo habitual se hubiera ido sin chistar, pero si el alcohol me había llevado a arruinar todos mis años de trabajo, que al menos también me diera la valentía para agotar las posibilidades de salvarme.

—No —solté a secas y con el corazón en la boca.

Se hizo un profundo e incómodo silencio.

—¿No? —repitió el señor Wright al tiempo que enarcó una ceja.

«¡Trágame, tierra, trágame!».

—Es que... se equivoca, señor Wright —me animé, y mi corazón comenzó a latir de forma desaforada.

No sabía si me acababa de convertir en una *sincericida* o en una atrevida. Pero lo único que esperaba era que el resultado fuera a mi favor.

Él me miró con una mezcla de indignación con curiosidad. Y yo... tragué saliva y me armé con el coraje que pude rescatar del vino asqueroso que aún recorría mis venas y que había tomado la noche anterior para paliar el llanto.

—«No»... —me citó pensativo. Entrecerró los ojos al tiempo que se cruzó de brazos y, tras dejarse caer sobre el respaldo de su silla, continuó—: ¿He entendido mal o acaso se rebela a mi decisión, señorita Dreams?

«¡Carajo!», pensé al darme cuenta de que me estaba metiendo en camisa de once varas, pues si no salía victoriosa de esta discusión, no solo iba a perder mi trabajo, sino que también corría el riesgo de que ni siquiera aceptaran dar recomendaciones laborales.

Como fuera, ya no había posibilidad de dar marcha atrás.

—No, señor Wright. Es solo que, como le dije anteriormente, *técnicamente* he hecho mi labor. Pero entiendo que no le haya

agradado.

Robert Wright entrecerró los ojos una vez más.

—Lo que envió para que sea publicado es una broma de mal gusto, señorita Dreams. Ni siquiera un aficionado sin estudios sería capaz de semejante insulto.

Respiré profundo y me dejé llevar.

—Y lo siento. Créame. Pero no deja de ser un trabajo hecho.

—Mal hecho —reforzó él.

—Sí, mal hecho, es verdad. Pero no creo que eso sea motivo suficiente como para que me despida. Después de todo, nunca le he traído un solo problema, señor Wright. Siempre he cumplido con las expectativas de *Spotlight*.

—Hasta hoy… —completó él, y yo solo asentí con la cabeza. Pensativo, el señor Wright se echó para atrás y, tras meditar sin dejar de mirarme con antipatía, respiró profundo y continuó—: Pues bien. Es cierto que nunca *hasta hoy* había tenido un problema con usted, señorita Dreams. De hecho, nunca habíamos cruzado siquiera una palabra, por lo que le daré otra oportunidad.

Y enseguida me emocioné. Quizá demasiado rápido.

—Le juro que no se arrepentirá, señor Wright. Le prometo que volveré a escribir tal como…

—Aún no he terminado —me interrumpió seco y tras fulminarme con esa mirada de hielo—. Como le decía: le daré otra oportunidad, pero deberá esforzarse, pues tendrá que escribir una columna memorable, digna de *Spotlight*. Una verdadera noticia. Una que a ningún otro medio se le pueda ocurrir publicar.

Y entonces un sudor frío me bañó el cuerpo por completo.

—Pero ¿a qué se refiere? Yo…

—No lo sé. Si tan buena es, si tanto se merece la oportunidad de conservar su puesto de trabajo, entonces ponga en funcionamiento sus dotes periodísticas y traiga una maldita noticia que no solo emocione a nuestro público, sino que también sorprenda hasta al más frío de los lectores, señorita Dreams. Y creo que no hace falta mencionarle que pocas cosas me han movido un pelo en mi vida. *Créame* —resaltó con una media sonrisa llena de cinismo. Bajó la mirada para hundirla en su móvil y soltó unas palabras más—. Ahora váyase y empiece a hacer su trabajo, pues solo tiene un mes para demostrarme que es una

periodista de verdad. Solo un mes.

Asentí con la cabeza y me giré para salir de la oficina, pero su voz me detuvo otra vez.

—Ah, y una observación extra, señorita Dreams. —Su rostro estaba muy serio y lo envolvía un aire en extremo desafiante—. Usted también se ha equivocado.

—Lo sé, la nota no fue lo que esperaba, pero… —quise contestar, mas no me dejó.

—Un hombre rebelde es el que dice «no» a una nueva orden. Usted se atrevió a decir «no» a una decisión mía… Usted es una rebelde, señorita Dreams, y por su bien espero que valga la pena. —Me fulminó una vez más antes de bajar la vista hacia su teléfono y, dejando bien en claro que no quería continuar la conversación, alzó una mano en dirección a la puerta para indicarme que me retirara.

Sin siquiera mover los labios, tragué saliva, salí de su oficina y, al cerrar la puerta, solté el aire que había contenido tras escuchar sus últimas palabras.

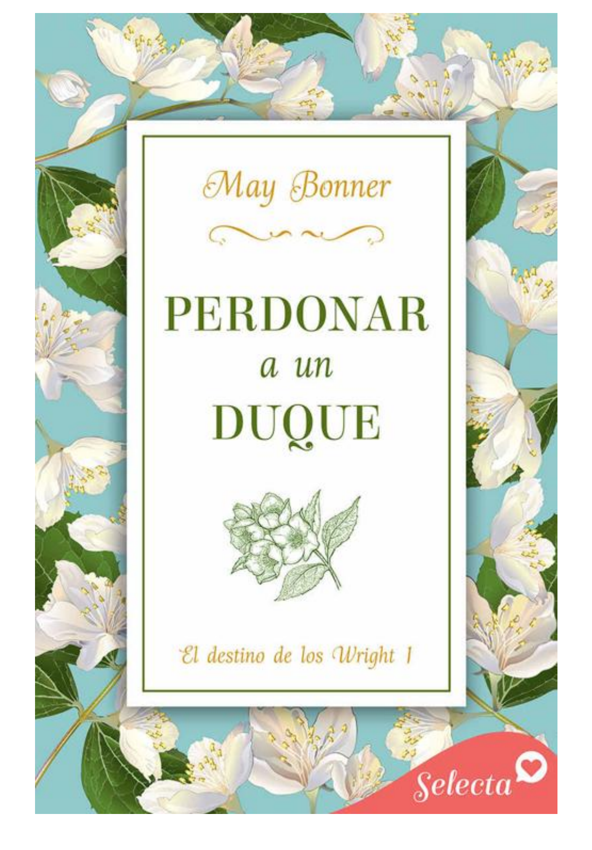
«Estás jodida, June Dreams. Estás jodida…».

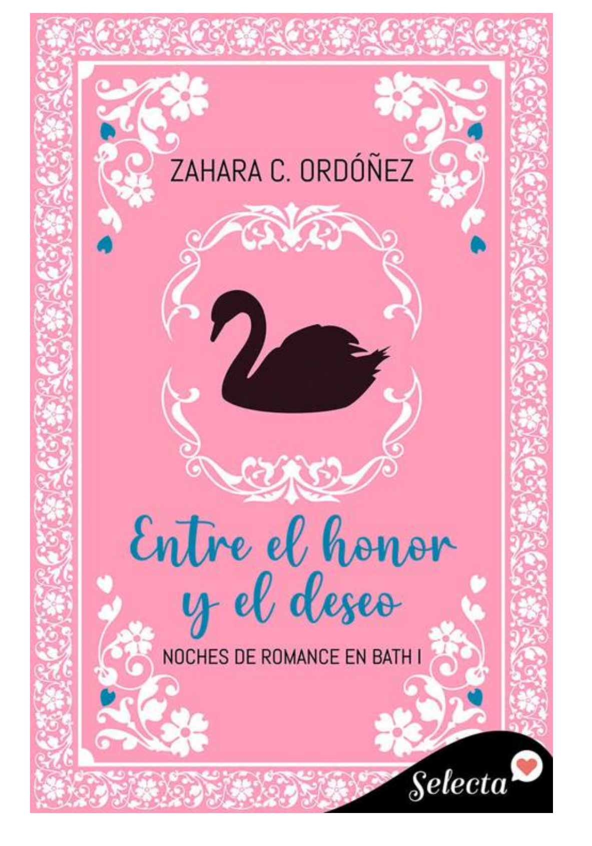
Si te ha gustado

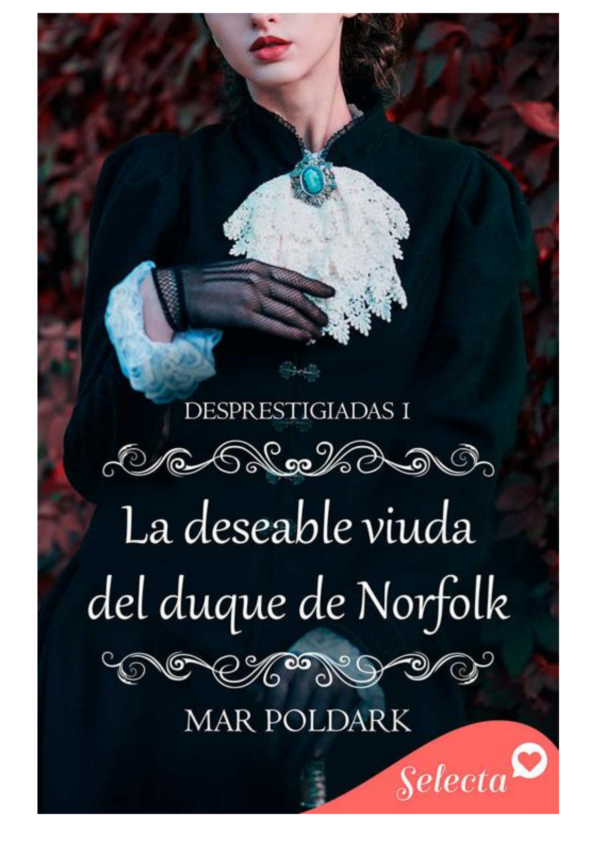
# *Magnolias para el corazón*

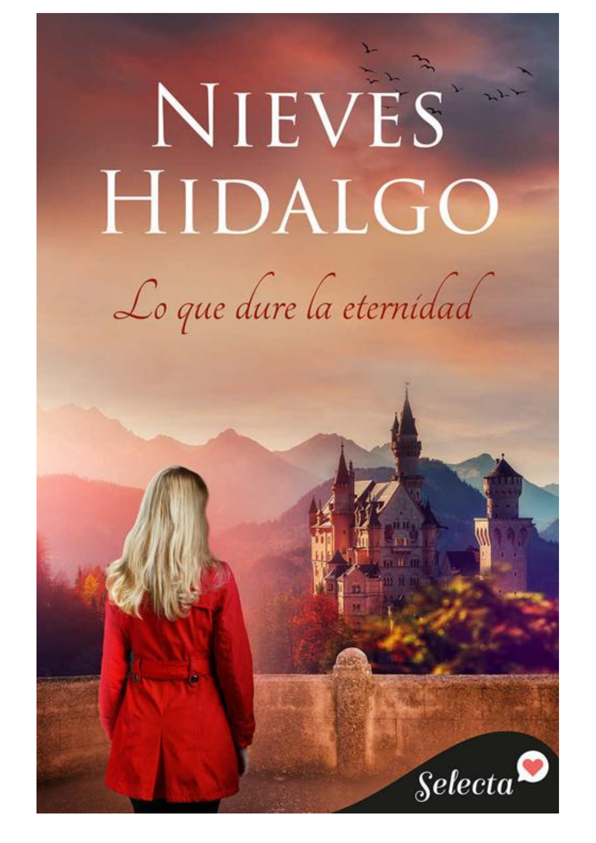
puedes disfrutar de estas




May Bonner
PERDONAR
a un
DUQUE
El destino de los Wright 1
Selecta

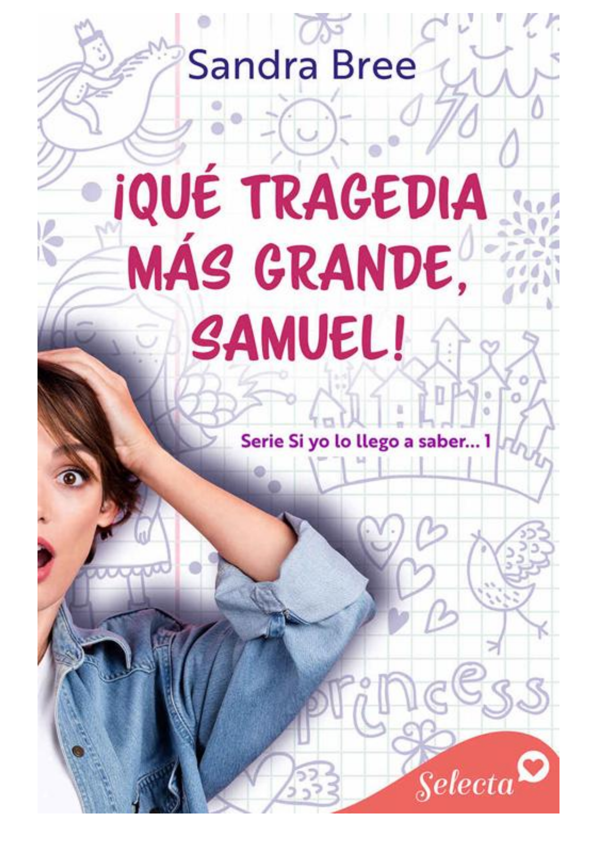

ZAHARA C. ORDÓÑEZ
Entre el honor y el deseo
NOCHES DE ROMANCE EN BATH I
Selecta


DESPRESTIGIADAS I
La deseable viuda del duque de Norfolk
MAR POLDARK
Selecta


NIEVES HIDALGO
Lo que dure la eternidad
Selecta


ANA ÁLVAREZ
Una aventura inesperada
Selecta


A un beso
del pasado
ANA F. MALORY
Selecta


Sandra Bree
¡QUÉ TRAGEDIA MÁS GRANDE, SAMUEL!
Serie Si yo lo llego a saber... 1
princess
Selecta

**Tercera entrega de la apasionante serie El legado de los Wright.**




**Emma Swamson es una joven americana a la que el destino arrastró a Inglaterra tras una horrible tragedia familiar**. Al finalizar sus estudios decidió abrir una floristería en sociedad con su mejor amiga. Las flores son su única pasión, sin citas, sin fiestas, sin romances... a su negocio, "El Paraíso Perdido", dedica en exclusiva todo su tiempo y su atención.

**Thomas Wright es conde de Haworth**. Procedente de un largo linaje nobiliario, Thomas heredó el título tras el fallecimiento de sus padres en un trágico accidente y desde entonces reside en el campo con su hermana pequeña, su única preocupación en el mundo. Al igual que sucediera con sus antepasados, Thomas se siente hastiado de la sociedad a la que pertenece y vive alejado de ese mundillo; tan solo ansia libertad, sinceridad y un soplo de aire fresco en su vida.

Thomas necesita organizar el cumpleaños de su hermana con un

amplio despliegue floral…

Emma desea reflotar el negocio en el que ha volcado sus sueños, sus ahorros y sus ilusiones…

**Dos almas semejantes a pesar de la distancia social que las separa, dos personas heridas que buscan cobijo tras un doloroso pasado y un ramo de magnolias para enternecer el corazón.**

**Elizabeth Bowman**, nació en Galicia la primavera de 1980 y desde niña vivió fascinada por la magia de los bosques gallegos y las leyendas oníricas que encierran sus paisajes.

Cursó estudios sanitarios aunque enseguida descubrió que su verdadera pasión era la literatura. Influenciada por los grandes autores gótico-románticos del siglo XIX (Austen, Poe, Radcliffe, Bécquer…) empezó a escribir sobre lo que hoy se ha convertido en su auténtica pasión: la epoca de Regencia, plasmando en sus escritos los mundos fantásticos, elegantes y apasionados que habitan su cabeza. Mundos plagados de damas y caballeros decimonónicos, vestidos de corte imperio y salones de baile ingleses, siempre con la verde campiña como telón de fondo.

A la edad de diecisiete años publicó un pequeño poemario que apadrinó el poeta gallego Manuel María. Desde entonces colabora ocasionalmente con revistas digitales, webs literarias y foros de romántica.



Edición en formato digital: diciembre de 2023


Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock



ISBN: 978-84-19687-16-6

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

**«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»**

EMILY DICKINSON

# Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



**Penguinlibros.club**



[1] *Corazón delator*, obra de Edgar Allan Poe.

[2] Especies que se utilizan para relleno verde en ramos y centros florales.

[3] *Cupcake*, en Reino Unido suelen llamarse *fairy cakes*.

# Índice

Magnolias para el corazón

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Nota de autora y agradecimientos
Próximamente

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Elizabeth Bowman
Créditos
Notas